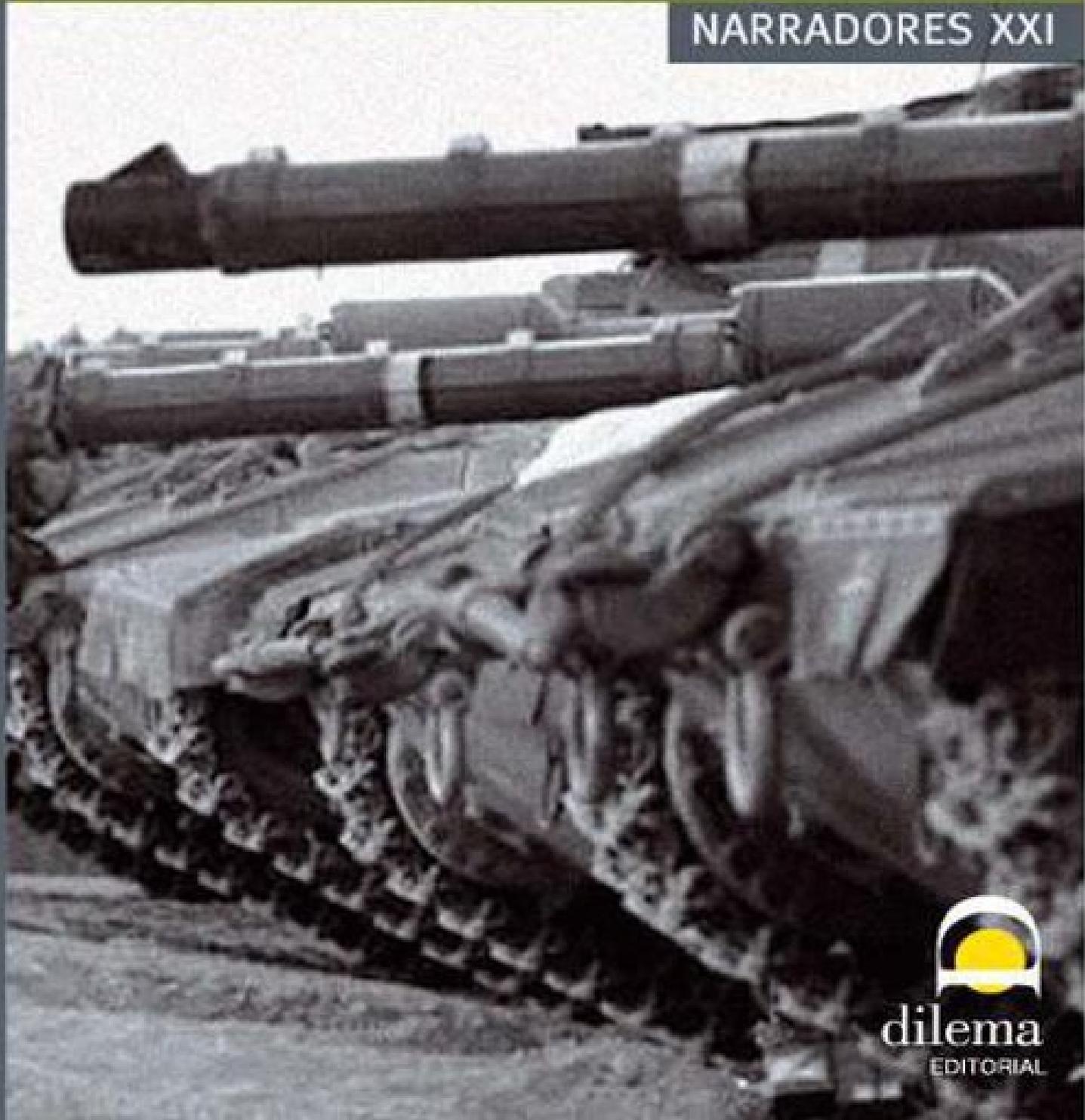


Cinco millones de cerdos

Javier Arriero

NARRADORES XXI



Annotation

Cinco millones de cerdos es un viaje a las entrañas de la paz. Al lugar donde comienzan todas las guerras. No es la muerte, es la tienda de frutas. Qué hay siempre entre dos manos. Cuánto es. Dinero. Una palma barriendo monedas desde una caseta de perro.

Bram, un judío que no cree, es testigo de un crimen que los demás no quieren ver. Puede desviar la mirada hacia el cielo de las piscinas. Pero no es hombre demasiado razonable. Escoge adentrarse en la selva. En ese territorio que aparece en los periódicos, pero del que nunca llegan todas las noticias.

JAVIER ARRIERO

Cinco millones de cerdos

Dilema

Sinopsis

Cinco millones de cerdos es un viaje a las entrañas de la paz. Al lugar donde comienzan todas las guerras. No es la muerte, es la tienda de frutas. Qué hay siempre entre dos manos. Cuánto es. Dinero. Una palma barriendo monedas desde una caseta de perro.

Bram, un judío que no cree, es testigo de un crimen que los demás no quieren ver. Puede desviar la mirada hacia el cielo de las piscinas. Pero no es hombre demasiado razonable. Escoge adentrarse en la selva. En ese territorio que aparece en los periódicos, pero del que nunca llegan todas las noticias.

Autor: Arriero, Javier

©2006, Dilema

ISBN: 9788498270297

Generado con: QualityEbook v0.73

Era el típico lugar donde siempre luce el sol y hay pájaros trinando en las ramas, con porches y buzones amarillos y mecedoras rechinantes. También había hermosas piscinas azules como trozos de cielo líquido. Los periódicos ya hablaban de la guerra. En páginas interiores. Pero si uno hace memoria, en el interior de los periódicos siempre ha habido una noticia de guerra. Únicamente varían los nombres. Estaba pensando también en épocas remotas. Galia, Germania, Britania. Pantanos, bosques, salvajes. Un puesto fronterizo perdido en la espesura al que llega un joven patricio vestido con su toga. Tal vez ha apostado demasiado fuerte y huye de sus acreedores. O quizá ha sido desterrado por alguna oscura afrenta contra la moralidad pública, convertido en ejemplo a través del castigo. Y allí está, masticando el pedazo de carne que acaba de ofrecerle un soldado. Una carne de sabor extraño, casi cruda, no sabe a qué animal pertenece. Otea la espesura por encima de la empalizada de madera. La sensación de que el salvajismo, el salvajismo extremo, le rodea. Toda esa vida misteriosa y primitiva que se agita en el bosque, en el corazón del hombre salvaje. En el periódico de hoy.

Aunque en el periódico de hoy también se anuncia el retroceso de la selva. Cada hora de cada día se pierde cierta cantidad absurda de hectáreas. La cifra es exacta, lo que significa esa cifra resulta extrañamente incomprensible. En realidad, la selva no desaparece. No se esfuma como en un truco de magia. Se convierte en otra cosa. La selva, la guerra, los muertos, el corazón del hombre salvaje, se convierten en otra cosa. Y quizá, sólo quizá, yo pueda decir en qué se transforma.

Creo que debería empezar hablando de los Colani. Su casa, rodeada por una valla de madera, marcaba el comienzo de la zona residencial. Era sólo un poco más grande que las del barrio bajo, con una hermosa piscina que chispeaba en ondas bajo la luz del mediodía y un jardín de setos zigzagueantes en la entrada. Más allá comenzaban las auténticas mansiones, rodeadas de verjas como lanzas y con un vago aire colonial o sureño. Elma solía detener el coche junto a ellas, se apoyaba en esas verjas con una mano sobre la culata del revólver y decía, los Colani podrían comprar esta manzana entera, Bram, y les sobraría dinero para comprar otra más. Luego contemplaba con admiración el jardín y la piscina y la valla de madera encalada, tan baja que podría saltarla un niño.

Alfred señalaba con el extremo de la pipa las montañas verdeantes y los campos amarillentos mientras se mecía, esa tierra, ni siquiera había agua, teníamos que arrancarle cada mazorca y en aquellos tiempos, aquellos tristes años, llorábamos de hambre, tú no puedes entenderlo, los calambres en el estómago. Eso fue antes de que vinieran ellos, los del otro lado. Pero los Colani fueron los primeros.

Alfred podaba el seto de los Colani y cada mañana, con una redecilla atada a un palo, recogía las moscas y las abejas, gordas y húmedas, que iban a morir en el cielo de la piscina. Dolly, su mujer, sacudía el polvo de los muebles, de las vitrinas, de las cabezas disecadas y de las copas que Colani padre y Colani hijo habían ganado cazando esas cabezas. No son como los otros del barrio alto, decía Dolly, como esos que van por ahí pavoneándose, son como nosotros, buenos cristianos que sienten la tierra.

A menudo, desde el interior de la casa, emergía una melodía de violín tan embaucadora que me mantenía quieto junto al buzón. Pero a medida que se prolongaba detectaba en su cadencia una exactitud capaz de anular cualquier

comparación con la belleza. Había en ella una perfección maquinal que me recordaba el mecanismo de una caja de música.

Nadie sabía con seguridad cómo lograron los Colani amasar su fortuna. Según Marvin, el dueño del único bar de la zona baja, descendían de una vieja familia que se remontaba a un famoso pirata. Otros mencionaban a un legendario patriarca que, durante la ley seca, llegó a controlar el mercado del alcohol en varias ciudades del oeste. Según comentaban, su dinero se movía tras el nombre de varias multinacionales, recorría las bolsas de Asia y estaba presente en el champú de baño y en la espuma de afeitar, y también en los huevos. Marvin aseguraba que cada vez que alguien compraba una docena de huevos contribuía con algunos centavos a engrosar sus cuentas. Marvin creía que el barrio alto era un paraíso abierto al que cualquiera dotado de las cualidades adecuadas podía entrar. "Como ese pirata. Un miserable que pasaría hambre en cualquier callejón inmundo, royendo mendrugos y desperdicios, pero tuvo el valor de jugarse la vida, jugársela siquiera una sola vez, en el momento exacto. Esa es la clave. Ver la oportunidad y tener el valor para atraparla."

Los Colani llegaban al comienzo de la primavera, antes que los demás habitantes del barrio alto, y eran los primeros en marcharse con el final del verano. Durante ese tiempo iban y venían, a la ciudad, a las fiestas convocadas en su honor, a las montañas, armados. Colani padre se movía por el pueblo apoyado en un bastón de ébano. Colani hijo lo cruzaba a toda velocidad en un descapotable rojo.

Recibían a diario quilos de correspondencia en varios idiomas. Y entre tantos quilos, cada quince días, llegaba un sobre desde Bonn para Colani hijo. Esa era la única carta que contestaban. Llegaba tanto correo que, en verano, equipaba la bicicleta con dos alforjas de mula que le compré a Alfred. Desentrañar tal cantidad de letras podría ocupar el día entero, por lo que estaba seguro de que nadie en los barrios altos abría aquella enorme cantidad de papel. Cuando se marchaban dejaba la bicicleta y recorría el pueblo a pie, con la saca casi vacía. El barrio bajo, donde cada letra importaba, apenas recibía cartas. Eso me dolía. Creía en mi trabajo. Creía en las palabras.

Era un buen trabajo, el de cartero. Algo que empezaba y acababa cada día. Llegabas a casa con un leve olor a sudor reciente y un cansancio plácido y la mente limpia. Era un buen lugar, también, tranquilo y bonito. Al final de la jornada podías sentarte a la puerta de casa con un tazón de leche caliente entre las manos y contemplar las colinas durante horas, pensando en cosas agradables y estúpidas.

Entonces comenzó esa guerra. En Europa. O eso suponía entonces. Tan lejos que era como si siempre hubiera sucedido una guerra, en alguna parte. Una mañana abrí el periódico y allí estaba. Apareció. En la televisión, en los periódicos, tan súbito, algunas fotografías, imágenes un poco absurdas, dotadas de una turbadora irrealidad, como si faltaran piezas para poder interpretarlas. Era esa carencia lo que las convertía en inquietantes. La sensación más allá de la lógica de que en cualquier momento puede romperse un resorte en la solidez y abrir un agujero como un pozo.

Aquel chico, atado a una valla, ardiendo.

Todas las guerras son la misma. Cambian los nombres. Lo que diferenciaba a esta guerra es que arrasaba un territorio mítico cuyo centro era la casa de mi abuela. Una mujer judía. Y, como todos los judíos, como yo mismo, antigua como el mundo y elegida de dios. Mi abuela desapareció en las entrañas de un campo de exterminio, entre las mandíbulas de un odio falso. Ninguno de sus verdugos conoció a mi abuela. Qué vieron de ella. Su cara. No su propia cara, sino una máscara. Antigua como el

mundo, elegida de Dios. Entre los galos la cara no era el rostro, sino un relato. Una larga enumeración de antepasados, sus hazañas y las afrentas que quedaron por saldar, recitadas espada en mano. El honor, un precio de sangre. La raíz de nuestro pequeño éxodo dentro de un gran éxodo que mi madre remontaba hasta Moisés y su desierto. Gentiles, kosher, talmud. Esa desdichada multitud deambulando durante años sobre un desierto que podía cruzarse en pocas semanas. Sed, hambre, locura, hasta la plena aceptación de las sagradas leyes. Salir de la esclavitud para volver a ella. Quizá porque, en el fondo, deseaban seguir siendo esclavos.

Moisés y su dios, Moisés y su montaña, Moisés y sus tablas. Y su desierto. Dependían tan estrechamente como mi abuela y la guerra. O como mi madre y los gentiles. Qué sentido tenía lo uno sin lo otro.

En algún momento, no sé cuándo, mi madre decidió agarrarse a lo que había matado a su madre, unirse de esa manera a ella, supongo, de un modo tan abstracto, tan épico. Tan desesperanzado. Quizá lo decidió a bordo del barco que la alejaba de Europa, abrazada a las rodillas de su tía, en el balanceo de la marea. No de una forma consciente, creo, era demasiado niña. O a lo largo de la orfandad. Esa carencia, algo que parece amor materno pero no llega a serlo. Decía que la recordaba. El roce largo de la melena negra, joven y hermosa, su voz como una gruta. No lo creo. Moisés probablemente nunca existió, mi abuela necesariamente sí, y ella era incapaz de percibir la diferencia. El resto de su vida formaba parte de aquella primera determinación. Un buen marido judío, atento y pulcro, una vida discreta conforme a los sacros preceptos, la obsesiva inculcación de lo divino en su único hijo. Apretándolo a mi alrededor hasta lograr que se filtrara, empapándome el tuétano.

Llamaba a mi madre dos veces por semana. Comes cerdo, qué porquerías son las que comes, sabes qué estás haciendo de ti, pudiste quedarte en esa universidad con esa chica y mira dónde estás, llevando cartas como si fueras un don nadie en absoluto. Mi padre decía vas a matarla, vas a matarnos, a los dos, qué hemos hecho, di, o dejado de hacer, para que nos trates así, contesta, qué te ha faltado, te pagamos esa carrera, para qué, qué hemos hecho mal. Kosher, goyim, leyes.

Ahora también decía, tienes que ver la casa de mi madre, de tu abuela antes de que, tienes que ir por lo que más quieras, hijo, tienes que verla y traer algo y decirme cómo es, tiene que quedar algo, haz esa sola cosa por mí, lo único que te pido, que te he pedido nunca. Mi padre esperaba a que anocheciera y llamaba, no hagas caso, hay una guerra allí, en susurros, para no despertarla, una guerra.

Algunas mañanas llegaba a considerarlo. Con la mirada pegada al techo, escuchando los primeros sonidos que iban desplegándose fuera, un silencio animal lentamente poseído por la materia abandonada a su inercia; crujido de amazonas, el murmullo de un motor, golpes de hierro, la cadencia sin intención de una maquinaria; una sensación de inutilidad y desamparo amplificadas por la voz eléctrica de las radios. Esas mañanas vacías alentaba la remota intención de ir. La mayoría, no.

Ese verano los Colani trajeron a los niños. Los rescataron de esa misma guerra. Eran musulmanes, huérfanos y rubios. En el barrio alto admiraban que fueran tan rubios

tratándose de musulmanes. Tenían un equipo de cuidadores, médicos, psicólogos, y comían y dormían en una mansión aparte, alquilada por los Colani. En el barrio alto se apresuraron a apadrinar a los huérfanos. Cada fiesta se convertía en una colecta, o las colectas se transformaban en fiestas, no estaba claro; pero lo cierto es que recaudaban fondos, y cada mañana esos pobres niños chapoteaban en una piscina distinta. Cuando por fin los encontraba, en algún punto de mi recorrido, los miraba con lástima. No era compasión, ahora lo sé. Se trataba de esa clase de piedad que se lanza desde arriba como se concede una moneda. También con una veta de resentimiento pulsando bajo aquella capa de piedad, tan cálida como la grasa que recubre a un cerdo. Lástima, rencor. En cierto modo veía a mi madre. Pensaba en mi abuela, en la guerra, tan lejana, en esas dos guerras distantes unidas por el recuerdo o la ficción de una desconocida.

Caían desde la altura de los trampolines, flacos y endebles, manoteando en el aire antes de chocar desmadejados contra el agua. Allí flotaban, inquietantemente risueños bajo la presión de las ondas azul cielo, rodeados por esa angustiosa densidad, suspendidos en ella y me preguntaba, a qué se están agarrando ellos.

En una de esas jornadas el descapotable de Colani hijo me adelantó y frenó junto a la mansión alquilada. Había visto a los chicos, con sus cuidadores, en una piscina a dos manzanas. Del descapotable se apeó una niña rubia con un vestido azul. Se quedó junto a la portezuela abierta. Colani hijo tenía un brazo sobre el respaldo de cuero y le hablaba. El vestido parecía arrugado. Uno de los tirantes colgaba, roto. El borde del escote caía y mostraba el perfil de un pecho blanco leche con un pezón rosado. No trató de cubrirlo. La cinta del vestido simplemente estaba allí. Colgando.

La niña cerró la portezuela y Colani hijo siguió hablándola, veía cómo se movían sus labios. La niña tenía una expresión tensa y extraña que entonces no supe identificar. Ahora sí puedo. La he visto sobre otras caras.

La niña abrió la verja, entró. El descapotable arrancó, alejándose con un chirrido de ruedas. Cuando llegué junto al buzón todavía olía a goma quemada y ella aún no había entrado en la casa. El tirante seguía allí, ondulando sobre el balanceo de sus pasos, largos y lentos entre la sinuosidad de los setos. Caminaba con una suavidad fantasmagórica, como si avanzara sobre nubes. Entró y cerró la puerta a su espalda, con delicadeza.

Dejé el correo en el buzón. Luego seguí mi recorrido, pedaleando. Mientras iba repartiendo el correo como si nada hubiera pasado ella debía estar buscando la cuerda con que se ahorcó.

No sé qué en qué me he convertido, pero en aquel tiempo era un hombre razonable. Ecuánime. Cualquiera hubiera hecho lo mismo en mi lugar. O eso prefiero creer. Conseguí hablar con una de las cuidadoras. Era psicóloga. Joven, delgada. Tenía un aspecto limpio que inspiraba confianza. Quiero contarle algo sobre esa niña, le dije. He visto algo. Necesito su opinión. Me citó en un restaurante del barrio alto. Vestía una falda muy corta. Sorbía el zumo de naranja por una pajita. Miraba hacia la calle a través de la cristalera. Parecía esperar a alguien.

- Han visto morir a sus padres. Vienen de una guerra. Es una experiencia traumática. En un momento tan decisivo para la configuración de la personalidad, además. La confianza en los demás va debilitándose.

Me miró por primera vez a la cara.

- De hecho es algo que nos sucede a todos. En cierta forma. Vamos perdiendo la confianza en los demás.

Bajó las gafas, comenzó a mecer un pie, impaciente.

- Era una niña retraída. Con problemas. Cualquier suceso que a nosotros nos hubiera parecido ridículo pudo conducirla a ese acto. Cómo saberlo. Con semejante pasado. En esas circunstancias resulta difícil establecer unas relaciones equilibradas con lo que nos rodea. Con los demás, con el mundo. No hay valores, referencias.

En ese momento entró un hombre joven, pelirrojo, vestido con lo que en el barrio alto considerarían ropa deportiva, un heredero de mansión. Traía un periódico doblado bajo el brazo y sonreía, caminando decididamente hacia nuestra mesa. La psicóloga le devolvió la sonrisa.

- Es cuanto puedo decirle. Ahora, si nos disculpa.

Alfred acorralaba los últimos guisantes con las puntas del tenedor.

- Ellos los salvaron, esos desgraciados chicos, qué habría sido de ellos sin los Colani, pasando hambre y muriendo en un rincón del mundo.

Los pinchos de acero tintineaban contra la loza.

- Así que más te vale cerrar la boca y no andar por ahí con semejantes calumnias. Yo respeto a esa familia, la respeto de veras.

- Oh, Cristo, esa pobre chica - dijo Dolly, trasladando vasos del fregadero al escurridor.

- Cállate, no muerdas la mano que te da de comer, está en la biblia, no la muerdas, no en mi propia casa.

Dije:

- No. No está en la biblia.

- Vosotros los judíos os creéis mejores que nadie. Y quién clavó a nuestro Cristo, contéstame a eso, también lo sabes.

Levantó el tenedor.

- Calumnias he dicho, y he dicho bastante.

Elma tenía las botas sobre la mesa y la silla en equilibrio, los brazos cruzados bajo el pecho.

- No hay rastros de semen, ni magulladuras, ese volantito roto, pero pudo romperse en el forcejeo. Cuando alguien está asfixiándose forcejea, tiene que forcejear, aunque sea un suicida.

Alzó una mano.

- Y te creo, Bram, pero es lo que me dirá el juez. Qué viste en realidad, dos personas charlando, un volantito descosido, si de verdad ya estaba descosido, tú ibas en bicicleta, había cierta distancia, es un detalle insignificante.

Empezó a columpiarse, apoyada en los talones.

- Podría hacerle algunas preguntas al pequeño Colani, pero imagínate la alarma que causaría en un pueblo como este. Pederastia. No necesitamos ese tipo de rumores, estamos hablando de los Colani.

La culata del revólver golpeteaba la pata de la mesa.

- Un puto trozo de tela que pudo romperse en cualquier momento.

Elma pareció a punto de perder el equilibrio y tuvo que agarrarse al borde de la mesa con un palmoteo resonante. Luego pasó una mano por la nuca, por el pelo, canoso y rapado.

- No podemos juzgar a un inocente por eso, no estaría bien. Esa clase de cosas te lleva a algún sitio donde no queremos llegar, ni tú ni yo. Eres un buen hombre, Bram, sabes que te aprecio. Y porque te aprecio voy a darte un consejo; no te metas en barrizales.

Marvin ya había cerrado las puertas detrás del último cliente. Apagó las luces del bar. Quedaba un charco de luz sobre la barra.

- Qué clase de mierda de pueblo es este. Pobre chiquilla. En cierto modo, tú y yo no formamos parte de esto.

Cogió un taburete, se sentó a mi lado, bajo la luz.

- Viven para servir a los del barrio alto. Sé lo que eso significa. Yo sirvo a los que sirven. Cada día tengo que aguantar sus estupideces y sus borracheras, tengo que verlos babear y arrastrarlos hasta su casa y soportar su aliento en la mejilla, y sonreírles y sentirme agradecido cada vez que dejan un billete sobre el mostrador. Yo puedo verlos tal como son. Es como tener rayos equis en los ojos. Los veo desnudos. A todos ellos. Tú y yo podemos verlos.

Se pasó una mano por la calva. Prefería raparse la corona de pelo. Parecería un empleado de banco, solía decir. Se miró en el espejo que había tras la barra.

- Mírame. Lo llevo escrito en la cara. Cuando abrí el bar tenía una melena y la vida por delante. Y orgullo. No quería trabajar en el campo, no quería trabajar para los del otro lado. El primer barril de cerveza me lo sirvieron a crédito, imagínate. Yo supe hacer algo. Puede que no saliera bien, pero intenté hacer algo.

Se inclinó para atisbar la calle entre las rendijas de las cortinas. Dijo:

- Elma es la ley aquí. Pero no es toda la ley. Que decida el juez. Podemos cruzarnos de brazos o podemos ir a la ciudad y contar allí lo que has visto. Podríamos ir el fin de semana, en mi coche. O somos como ellos o no lo somos. Y este es el momento de demostrarlo.

A lo largo de aquella semana seguí sentándome día tras día con mi taza de leche caliente a la puerta de casa, contemplando las colinas y las tonalidades del cielo mientras atardecía, pensando en esa chica y en Colani hijo y en Elma y en toda aquella gente que formaba un pueblo. Pensaba en toda esa fealdad desde una perspectiva de hombre justo y razonable. No. A mí no me componía la misma materia. En ese momento único, sentado a la puerta de casa, me sentía justo y bello, quizá el único justo, quizá incluso el más bello. Un rey entre enanos.

Olvidaba la verdadera función de los bufones. No es hacer reír a la corte. Un bufón puede ser gracioso o no, pero debe ser siempre grotesco. Su verdadera misión es destacar la grandeza del rey. En aquel momento, en aquel lugar, lo único que me hacía resaltar era la pequeñez de los otros. Me había convertido en una especie de bufón inverso, y a lo largo de aquella semana entendí lo que eso implicaba. Actuaba como si yo fuera el mismo, recorría el pueblo en bicicleta, repartía minuciosamente el correo, trataba de saludar. Pero los mismos habitantes de cada día habían cambiado. Ninguno respondía a mi saludo. Ninguno salía a la calle para recibir su correspondencia. Yo los veía desnudos. Ellos se negaban a verme.

El viernes por la mañana salí a repartir el correo, como cada día. Cornelius Colani me esperaba junto al buzón, las manos en la espalda, meciéndose sobre los talones.

- Llevo tiempo observándole.

Señaló la casa con la empuñadura del bastón.

- Desde la ventana.

Me examinaba de arriba abajo mientras retiraba el único sobre (Bonn, Alemania, Europa). Una carta de Colani hijo.

- Siempre puntual. Amor al trabajo. Y un buen oído, también.

- El violín.

- Vivaldi. No es fácil demorar a un hombre como usted, tan devoto de su profesión.

Fui introduciendo el peso del correo.

- Voy a salir de caza mañana. ¿Por qué no viene conmigo?

- No sé cazar.

- Entonces será una experiencia nueva. Respirará aire puro. El contacto con la naturaleza.

Contemplaba atentamente el movimiento de mis manos.

- Y podríamos hablar de mi hijo. Creo que tiene algo que contarme. Saldremos al alba.

- Tengo algunas cosas que contar de su hijo, pero no se las contaré a usted.

- Así que es cierto. Piensa a ir a la ciudad.

- ¿Quién se lo ha dicho?

- ¿Era un secreto?

Cerré la saca, subí a la bici. Cornelius Colani cruzó el bastón sobre el manillar.

- Le diré lo que pasará si va a la ciudad. Nada.

Retiró el bastón.

- ¿Creía que iba a amenazarle? Puede hablar con quien le plazca. Ni siquiera necesita desplazarse. Podría llamar por teléfono a la comisaría más cercana. ¿No se le había ocurrido? Exagere lo que cree saber. Que envíen a un agente para tomarle declaración.

Volvió a mecerse sobre los talones.

- El problema es que cuanto más tiempo pasa, más se complica este asunto. Hay comentarios. Los nervios se encrespan. Puede llegar a perderse la perspectiva. Es como meter un bizcocho en un horno. Crece. Nunca puedes estar seguro de hasta

dónde crecerá. Y sacarlo del horno ya no es una solución. Pero yo he pensado una salida adecuada. Venga conmigo de caza mañana y se la contaré.

- Primero iré a la ciudad, luego hablaremos de lo que quiera.

Dio unos golpecitos en la saca con la punta del bastón.

- Al amanecer.

Me alejé pedaleando.

- ¡Al amanecer! - repitió.

Por la tarde fui al bar de Marvin. Todos los viernes se llenaba, un agradable calor humano, humo, risas, música, partidas de billar. Pero esa tarde estaba completamente vacío. Marvin bebía en una de las mesas, rodeado de botellas de cerveza vacías. El espejo que había tras la barra había recibido un par de impactos, estaba resquebrajado. En cuanto me vio abrió los brazos.

- Ven, siéntate. Estoy incumpliendo el primer mandamiento del camarero, no te bebas tu propia mercancía. Sírrete tú mismo.

Pasé al otro lado de la barra y cogí una coca cola.

- Esta mañana he tenido una conversación con Cornelius Colani - dije - de algún modo se ha enterado de que queremos ir a la ciudad. Alguien se lo ha dicho.

- Es un pueblo muy pequeño, Bram. ¿Crees que los del barrio alto hablarán también de nosotros? Me han dicho que el tabernero y el cartero van a hundir a los Colani. ¿Te imaginas? Supongo que no. Somos demasiado pequeños para importarles. Sólo les importamos a los que son más pequeños que nosotros.

Me senté a su lado. No parecía estar borracho.

- Te contaré lo que pasó, Bram. Fue el martes. Les dije una serie de cosas. Les dije lo que pensaba de ellos. Creo que incluso les llamé cobardes, a todos los que estaban aquí. Después de tantos años, en fin, me sentía con derecho a eso, no sabes lo bien que me hizo sentir. Les dije que este sábado iríamos a la ciudad y contaríamos lo que habías visto. A partir de ese momento la situación, bueno, se descontroló un poco. Para resumirte, según la mayoría, los Colani son lo mejor que le ha pasado a este pueblo y tú eres un forastero fantasioso y judío. ¿De verdad eres judío?

- Más o menos.

- Caramba. Nunca lo hubiera dicho. El caso es que volaron un par de jarras y se rompió el espejo y algunas botellas. Y nadie ha vuelto por aquí desde entonces.

Abrió otra cerveza.

- Muchos se preguntan por qué sigo soltero. Por qué no me caso y tengo hijos como todo el mundo. Te voy a decir la verdad, Bram. No soporto las responsabilidades. Lo

que realmente supone que otras personas dependan de mí. Creo que cada una de esas personas sería un peso que me ataría más y más a esa barra. Yo tenía ambiciones, Bram. No quiero pasar el resto de mis días ahí detrás. Ni siquiera puedo soportar la idea. Pero, seamos sinceros; ¿qué otra cosa puedo hacer?

Vació la botella, la dejó a un lado. Dijo:

- Supongo que hoy tampoco vendrán. Creo que nos sobra luz, la cuenta corre.

Fue hasta la caja de interruptores. Arrastraba los pies. Apagó todas las luces, excepto la que caía sobre la mesa.

- Tú no dependes de ellos, Bram. Al final de cada mes vas al banco y ahí está tu dinero. No sé cómo explicarte esto, Bram. Te aseguro que decirles lo que les dije vale por una vida. Pero a la mañana siguiente despiertas y resulta que la vida no ha acabado en ese glorioso momento. Tienes que volver aquí y a abrir las puertas y esperar a que lleguen clientes. Pero los clientes no llegan. Y entonces no llega el dinero a fin de mes. Así de simple.

Fue tras la barra, cogió una botella de whisky.

- El mejor escocés. Lleva cinco años aquí, puede que más, esperando su momento. Y ha llegado.

Cogió dos vasos, volvió a la mesa. Dijo:

- ¿Sabes por qué los bares no se han convertido en autoservicios? porque la gente no soporta beber sola. Necesitan a alguien que atienda sus necesidades, y no me refiero a la sed. Las necesidades del alma. Para compartir una botella con un camarero hay que estar hecho de una pasta especial. Y te diré algo. Por fin he encontrado a alguien con quien merece la pena beber.

Llenó los vasos. Dijo:

- Debes ir a la ciudad, Bram. Tendrás que ir solo, pero no me necesitas. Tú puedes hacerlo. Debes hacerlo. Hazlo también por mí.

De vuelta a casa pensé en ello. Todavía tenía en la boca el sabor del whisky que el último hombre bueno había reservado para mí durante años. El sonido de mis pasos crecía en el silencio. Limpio. Puro. Grande. Creo que cuanto más mezquinos me parecían, mejor me sentía. Decepción y dolor, pero también orgullo. Aunque no quisiera admitirlo. Incluso en ese momento, cuando el último hombre bueno acababa de abandonarme. En ese momento era, más que nunca, el único digno y bello. Y desde esa altura, cómo condenar los móviles ajenos. Cómo llegar a condenarlos cuando a fin de mes llega la cifra necesaria al banco. También pensaba en el espejo de la barra, roto. Ya no podía volver atrás. No era algo que llegara a plantearme seriamente, pero aunque hubiera querido ya no era posible retroceder. El bizcocho ya había subido, y seguiría subiendo.

Tendría que pedir el traslado. En cierto modo era lo mejor. Ni siquiera merecía la pena tratar de juzgarlos. Sólo debía cumplir con mi deber. Mantener la única conciencia limpia. Un lugar que podría haber sido hermoso, un retiro ideal si ya has visto demasiado. Y yo había visto demasiado.

Ese chico atado a una valla, ardiendo.

Quizá era una especie de señal. Podía aprovechar para visitar el lugar que ocupó mi abuela. El origen. Y luego tratar de encontrar la paz en algún otro sitio.

Se encendió una luz en una ventana y asomó una cara pálida, poco más que una máscara. Me observaba. De dónde salía esa repentina curiosidad. Repartía su correo cada día, de mano en mano. Qué había en mí que no conocieran. Cuánto tardarían en dejar de verme como un bufón inverso y pasarían a considerarme un hazmerreír. Al fin y al cabo, nosotros somos todos. Somos tantos que no podemos estar equivocados. Somos la razón. Es él, sólo él. Él es el deforme, tiene que serlo. El forastero. El judío. El enano. El loco. Tiene gracia, pero quizá no se trate de un loco inofensivo.

Una punta de luz flotaba en la oscuridad. Había alguien sentado en los escalones de la puerta de mi casa. Un bulto. Quizá debería haber sentido miedo, pero sólo era una mota de luz en la oscuridad. Alfred. Fumaba su pipa.

- Supongo que dirías que es una bonita noche - dijo - sí que lo es. Y te diré por qué. Porque puedes entrar ahí dentro y acabar con ella encendiendo una bombilla.

- Podemos entrar y encender la bombilla, si no te importa entrar en la casa de un judío.

- He estado en sitios peores. ¿No has visto todavía al zarrapastroso? Lleva merodeando por el pueblo desde esta mañana. Un vagabundo o algo así. Un tipejo sucio conduciendo un trozo de chatarra. La clase de pordiosero que Elma echaría de aquí a patadas. Pero no lo ha echado. ¿No te parece curioso?

Señaló con la pipa un punto impreciso en el interior de la oscuridad.

- Lo digo porque el tipejo ha aparcado ahí enfrente, al borde de los maizales. Estaba ahí hace un momento, antes de que anocheciera, y supongo que ahí seguirá.

Avancé un par de pasos. Ni siquiera podía distinguir la silueta de los maizales.

- Te aseguro que está por ahí, pero yo no me acercaría demasiado. Un pordiosero como ese no es de fiar. En cuanto he visto que se paraba ahí enfrente me he dicho, voy a echarle un ojo. Por si le daba por entrar en tu casa, ya sabes. El caso es que no ha entrado, ni se ha ido a otra parte. Yo diría que está esperando.

- ¿Esperando qué?

- Qué sé yo. Tengo la vieja escopeta en casa. Puedo traértela, si la quieres.

- No necesito ninguna escopeta.

- Quizá tengas razón. A estas alturas no tengo ni idea de lo que vas a necesitar. Pero si yo fuera tú, ¿Sabes qué haría? tendría una charla con Cornelius Colani. Es el único que puede arreglar todo este malentendido.

- Ese tipo no estaría ahí enfrente si lo de la niña fuera un malentendido. Lo sabes.

- Yo sólo creo en lo que ven mis ojos.

Se puso en pie. Señaló con la punta de la pipa la parte alta de su casa.

- Desde aquella ventana veo tu puerta. Deja encendida la luz de la cocina. Me sentaré en esa ventana con la escopeta. Si alguien intenta entrar durante la noche, dispararé. No creo que acierte, hay mucha distancia, pero dispararé. Por lo menos te servirá de aviso. Es cuanto puedo hacer por ti.

- Es cuanto estás dispuesto a hacer.

- Ya he dicho lo que haría si estuviera en tu lugar. Haré lo que pueda por ti, pero tú tienes la última palabra.

Parece que nos espera una noche larga, murmuró, oteando el horizonte como si tratara de desentrañar alguna señal en su interior. Larga, larga, larga.

Mientras se alejaba oteé otra vez la masa negra de oscuridad. Esa misma mañana había recorrido el pueblo y no había visto a ningún pordiosero en un coche viejo. Y en realidad, qué peligro representaba yo para los Colani. Con qué pruebas contaba. Un volantito roto. Elma tenía razón, una insignificancia. Quizá Alfred pretendía asustarme. Quizá.

Entré en casa y llamé a Elma por teléfono. No contestó. Tuve que insistir un par de veces.

“No, no he visto a ningún forastero últimamente, Bram. Puede que haya alguien frente a tu casa, bueno, la calle es un lugar público. Creo que debes tranquilizarte. Todos estamos un poco afectados, los ánimos están algo revueltos, y tú no contribuyes precisamente a calmarlos. Puede que no sea culpa tuya, pero así están las cosas. Si vas a quedarte más tranquilo daré una vuelta por allí. Cuando pueda, Bram.”

Encendí la bombilla de la cocina. En la ventana de Alfred también se había encendido una luz. Debía estar allí sentado, con la escopeta sobre las rodillas. El vagabundo podía existir o no, pero en cualquier caso Alfred tenía una escopeta cargada apuntando hacia mi puerta. Quizá no se trataba de que alguien intentara entrar. Quizá se trataba de que yo no pudiera salir. Ridículo. ¿Alfred? No. ¿Por qué iba a hacer algo así? Absurdo. O habría sido absurdo, si no fuera porque un disparo podía matarme.

Calenté el tazón de leche, pero no salí a sentarme en los escalones de la puerta para beberlo. Miré a través de los cristales, hacia donde suponía que comenzaban los maizales. Lo único que distinguí fue mi propio reflejo en el cristal de la ventana.

Podía marcharme. O intentarlo. En ese mismo momento. Ir al bar de Marvin, pedirle las llaves del coche, llegar a la ciudad y seguir rodando carretera adelante. Olvidarlo todo. Un volantito roto, un malentendido. Pero qué clase de extraño habría encontrado dentro de mí si lo hacía. Ahora sospecho que mi móvil no fue el deber o la honradez. Fue ese miedo. Algo horrible dentro de mí.

Había dejado la saca sobre la mesa de la cocina, y allí seguía. La carta de Colani hijo. Bonn, Alemania. Simplemente cumplir mi deber y enviarla a su destino. Lejos, pecado, culpa, traición. Quizá era lo que me convenía, deshacerme de ese sobre y mirar alrededor y encontrar otra vez esa solidez, pero no podía porque algo se había roto ya, definitivamente, un agujero bajo mis pies. Una escopeta apuntaba hacia mi puerta y los mosquitos volaban alrededor de la bombilla borrachos de luz. Algunos se aproximaban tanto que caían muertos abrasados, y cada minuto era un minuto menos para el amanecer.

Abrí el sobre de Colani hijo, sin decisión, sin valor, casi un acto de voluntad, afrontando lo inevitable, porque cuanto había decidido ser, costosamente, paso a paso, me obligaba a hacerlo. Eran dos páginas manuscritas, tinta negra. En alemán. Sólo comprendí una palabra. Una sola. Aislada. Jude. Judío. La perra judía, el maldito cartero judío, la puta musulmana rubia judía. Eso era lo que había estado trayendo y llevando, con fe, con devoción, puntualmente, cada quince días. La sombra se balanceaba, su voz tierna y esos pasos susurrantes, estremecedores, la niña, mi abuela, mi madre abrazándose a sus rodillas y un gemido de terciopelo alargándose, rechinando, oscuridad por encima del abismo, un viento de dios barriendo las aguas.

Cogí un cuchillo de cocina, el más grande, lo dejé sobre la mesa, al alcance. Pensaba en la caza, en mi madre, en cómo había llegado a esa cocina, a ese momento, mirando la oscuridad y la luz y el cuchillo.

Un hombre razonable habría huido de un modo o de otro. Pero yo, lo admito, era un hombre más que razonable.

Creo que ha llegado el momento de contar cómo acabé ejerciendo de cartero en el pueblo de los Colani.

Uno no vive una vida. Vive muchas. No hay una Historia. Hay tantas historias como testigos, y a lo largo de los años acabas siendo muchos testigos. Puedes extraer una especie de verdad, pero nunca es toda la verdad. Escuchas a todos los testigos que has sido, escoges las piezas que en ese momento te parecen más importantes y compones con ello un relato. Pero es un relato con una única certeza; el final. Lo único que sabes a ciencia cierta es dónde acaba. Así que tratas de ajustar su recorrido a esa única seguridad. Este es mi relato:

Una vez, cuando era niño, mi padre me llevó con él al trabajo, una tarde lluviosa. Mi padre trabajaba en una fábrica de armas. Allí colgaba el abrigo de una percha y anotaba números. Luego descolgaba el abrigo y volvía a casa. El señor Katz, contable de segunda categoría, no tocaba las armas.

Me exhibió. Es mi hijo, señor, ¿se acuerda del pequeño Abraham? mire cómo ha crecido. Vaya, pero qué tenemos aquí, si ya es un hombrecito. Hurgó en los bolsillos, ¿quieres un caramelo? como se da un terrón de azúcar a un caballo amaestrado. Ese extraño orgullo.

Filas de hombres sucios y en tensión, tuercas, manivelas, barras. Mi padre, caminando entre ellos, un poco despectivo, frotándose las manos flacas y blancuzcas como si tuviera frío.

Luego me llevó a un bar. Estuvo bebiendo en silencio. Iba al servicio, volvía a la butaca. Rojo y amenazante. La única vez que le he visto borracho. A eso se dedica tu padre, qué te parece. ¿Crees que se puede dormir a gusto cuando te dedicas a algo así? Tu madre, tu querida madre. A tu madre le preocupa el cerdo, eso le preocupa. Alzó un dedo. Pero esas armas nos dan de comer. A los tres.

Cuando llegamos a casa mamá nos esperaba. Mi padre estaba allí de pie, tambaleándose mientras mi madre gritaba, golpeándole con dios y todas esas maldiciones que iban a caerle como se abaten los cuervos sobre los ojos de un cadáver y mi padre dijo cállate pero ella siguió gritando, llevar a la criatura a uno de esos antros repugnantes, quieres dar la espalda a dios, convertirte en uno de esos gentiles, la cara de mi padre iba enrojeciendo más y más, dar la espalda a dios y perder contigo a tu hijo, eso pretendes, contéstame, sin fe, sin alma, como un animal, de repente mi padre chilló cállate ¡Calla! y alzó una mano. Mi madre se encogió un poco, sin miedo, aturdida, mirando con sorpresa aquella mano abierta sobre su cabeza. Mi padre la bajó despacio, asustado, tan asustado que ya no se tambaleaba. Retrocedió un poco, mirándonos fijamente con los ojos muy abiertos antes de marcharse con un portazo. Le oímos bajar las escaleras a saltos y mi madre me abrazó, apretándome contra su carne, ¿ves lo que pasa? ¿lo ves? nunca dudes, nunca dejes el camino recto, ni un instante, nunca, jamás.

Mi padre, tan aterrado de sí mismo.

Cuando volvió sonreía. Traía un pato sujeto por las patas, la cabeza colgando. Parecía muerto, pero cuando me acerqué para tocarlo el pato movió un poco las alas. Mira lo que os he traído, una buena cena, yo lo prepararé, ya verás. Mi madre fijó la vista en la pared. Bram me ayudará, qué te parece, una buena cena kosher. Vamos, hijo.

Primero, sobre la mesa de la cocina, le arrancó algunas plumas del cuello hasta que poco a poco apareció un círculo de piel cenicienta. Luego lo llevó hasta el fregadero, cogió un cuchillo y hundió la punta en ese círculo de piel. El pato agitó un poco las alas. Está sufriendo, dije. Tiene que desangrarse, respondió. Pero está sufriendo. No, no sufre. Miré sus ojillos. Parecían ir convirtiéndose lentamente en vidrio mientras la sangre chorreaba sobre la curva blanca del fregadero. Sí sufre. Tiene que ser así, a veces las cosas tienen que ser así nos gusten o no, tendrás que hacer muchas cosas que no te gusten, te conviene acostumbrarte. Luego, más suave, con una especie de tristeza dijo: anda, ve con tu madre.

Cuando sirvió aquella carne que no parecía haber sido un pato recordé ese lento aleteo, cuando clavó el cuchillo. Mi padre cortaba la carne en pedacitos muy pequeños y masticaba mucho antes de tragarla. Mi madre comía con gula, cogiendo los pedazos con las manos y clavándole los dientes. De vez en cuando mi madre levantaba la cabeza y le miraba casi con cariño, casi una caricia, perdonándole. Pero mi padre ya no sonreía. Había un brillo de cristal en sus ojos, como si también él estuviera desangrándose. Toda esa sangre girando en el desagüe. Me das asco, dije. Cogí la tajada que tenía mi madre entre las manos y la tiré al suelo. Su mirada pasó sobre mí como si fuera algo demasiado doloroso para ser tocado. Se clavó en mi padre. Mira lo que has hecho, dijo. Asco, dije, me da asco. Mi madre me dio una bofetada. Noté las lágrimas agolpándose en los ojos, pero repetí, asco, asco, asco. También ella parecía repugnada. La segunda bofetada fue mucho más dura. ¡Asco, asco! Grité, y siguió abofeteándome con todas sus fuerzas, ¡asco asco asco! déjale ya, dijo mi padre, déjale, tuvo que sujetarle las manos.

Por el modo en que me miraba mi madre comprendí que habría seguido abofeteándome hasta arrancar el horror que había en mí. Apártate de mi vista, dijo, no quiero verte. Notaba que me salía sangre por la nariz pero ese dolor no me importaba, el verdadero dolor no era ese. Corrí hacia mi habitación. Cuando cerré la puerta la oí sollozar al otro lado de la pared. No me dio pena. Estuvo llorando mucho rato. Cuando la rabia se apagó esperé sentir lástima, pero el arrepentimiento no llegó. Fue entonces. En ese momento pensé que quizá era verdad. Quizá había algo horrible en mí.

Algún tiempo después mi padre me quitó el libro que mamá me había regalado. En el libro había una ilustración en la que un hombre muy viejo levantaba una espada sobre el cuello de su hijo, y cuando mi padre lo vio me lo arrancó de las manos, parecía a punto de arrojarlo contra la pared. Pero no lo hizo.

Ese miedo de sí mismo.

Lo dejó a un lado, sobre la mesa, cuidadosamente cerrado. Por qué no vas a la biblioteca, dijo, allí hay muchos otros libros. Puede que te gusten más.

El aroma de las bibliotecas, un poco sepulcral, como muertos a los que nadie visita, una belleza de lápidas. Acabarás loco de tanto leer esas patrañas de gentiles, decía mi madre, en vez de despellejarte las rodillas y correr y pegarte como cualquier niño sano

de tu edad.

Allí descubrí, en un tomo de historia, que Moisés no era real, tampoco Abraham; o lo eran de un modo distinto. Descubrí que hay grados de realidad del mismo modo que hay grados de mentira, y Moisés, Adán, Eva, eran translúcidos. Pertenecían a una región etérea donde la verdad y la mentira se tocan para formar otra cosa. Fantasmas; y a quien no cree en fantasmas no se le aparecen.

Liberador. Un secreto, guardándolo dentro, y ya todas las divinas amenazas parecían irrisorias, porque eran una elección. Quería contárselo a mi padre para que no temiera a esos cuervos que se abaten sobre los ojos, pero intuía que no hacía falta porque él ya lo sospechaba, y cada vez que se nombraba a esos fantasmas él agachaba la cabeza, fingía, para sí mismo o para ella, no sabría decirlo, pero fingía. Y mi madre, ella no lo hubiera soportado. Tenía la verdad a cinco manzanas y era vieja como para haberla tropezado cien veces sin buscarla. Supuse que era feliz así, conociendo lo que se podía y no se podía hacer, sin la menor duda dentro, así de ignorante; así de cobarde.

Historia. Palabras. Cuando llegó la hora de elegir el futuro opté por aquello que me había liberado, aunque también fuera de algún modo fantasmagórico. Qué pasado se puede palpar. Está hecho de palabras.

A veces lo más pequeño decide el curso de lo más grande. O es que para mover lo que está quieto basta un impulso débil. Puede que así fuera también con Sara. La delgadez de sus tobillos bajo la falda larga, el tono de la melena bajo el sol, la forma en que su cara se curvaba en una sonrisa, ese aire distraído y cándido, cualquiera de esas bellezas nimias pudo decidirme. Es suficiente una ligera inclinación; el discurrir del tiempo es lo que acaba convirtiendo los pequeños actos en gigantescos. Y un día te encuentras en una situación que no eres consciente de haber elegido. Sara. Sara era una linda judía temerosa de dios; la única relación que puede sostenerse con dios si uno cree en tantas plagas y diluvios. Recatada. Tímida. Incondicional. No sé si me quería. El apartamento era luminoso y ella abría los brazos allí en medio, entre las paredes desnudas y blancas, girando diáfana y hablando del futuro. A mi madre le gustaba ese apartamento, aplastantemente igual a cualquier otro, y también le gustaba Sara, tan kosher y tan temerosa de dios como un trozo de carne escrupulosamente sacrificado. Parloteaban sin parar. No podría decir qué le parecía a mi padre. Se sentaba y sacudía la cabeza arriba y abajo.

Mi padre, fingiendo. Sara, mi princesa judía, girando y hablando del futuro. Mi madre y su dios. Paz de espíritu.

Cuando sucedió lo de ese chico acababa de terminar la carrera. Una etapa defraudante. Aquello parecía tener más relación con los términos de un contrato que con alguna forma de conocimiento. Tan inútil como memorizar una plegaria.

Cuando quemaron a aquel chico ejercía como profesor en un instituto. Los alumnos

acudían en coches brillantes. Eran fuertes y sanos. A ninguno le interesaba la historia y en los pasillos se lanzaban dentelladas caníbales con sus preciosas sonrisas.

Dos alumnos, durante un fin de semana, pararon en un bar de carretera. En el bar había un chico homosexual. Pasó algo. Se insinuó, o no. Le esperaron fuera, le encañonaron con un revólver de los que no fabricaba mi padre, él sólo anotaba números. Le obligaron a subir al maletero. Luego, en mitad del campo, le ataron a una valla, le rociaron con gasolina y le prendieron fuego.

Mi padre, sacudiendo la cabeza arriba y abajo. Sara y el futuro. Mi madre y su dios. Decían monstruos, dementes, gentiles, apartándolos. Pero yo no podía dejar de pensar en ello.

Una vez subí a un trampolín olímpico. Estaba en la piscina, con Sara. Sentados en el borde, los pies sumergidos. El agua tenía una calidez de bañera. Una mosca subía y bajaba, acunada. Las puntas de los dedos parecían ondularse. Comenzó a envolverme una angustia suave como la tibieza del agua. Como si estuviera hundiéndome lentamente. Vi el trampolín, muy alto sobre nuestras cabezas. Voy a subirme ahí, le dije. Sara me miró extrañada, un poco incrédula.

La piscina parecía pequeña, un rectángulo muy azul desde aquella altura. Pensé en retroceder. Dejar que aquello fuera desvaneciéndose mientras bajaba otra vez por la escalera. Sara riéndose de mí, una tranquilidad ciega bajo la burla.

Avancé hasta el borde. Sentía las estrías de goma, húmedas bajo las plantas, la velocidad de la respiración, el golpeteo del corazón contra el pecho, una nítida conciencia de mí mismo, como si antes hubiera estado hueco o encogido y de repente me hubiera llenado. Me dejé caer hacia delante, sin pensar, por encima del temor.

Gentiles, decían, dementes, como si fuera una explicación.

Decidí impartir auténticas lecciones de historia. Antigua, moderna, de Oriente, de Occidente. De grandes griegos que metían su polla en efebos sin perder humanidad ni grandeza. De judíos, de musulmanes.

El director tenía las manos bajo la barbilla en una actitud suplicante. Aténgase al programa, imparta nuestra gloriosa historia, los padres fundadores, los grandes personajes que han forjado para nosotros esta nación. Esos chicos dirigirán nuestra patria el día de mañana, no necesitan saber más.

De cómo fueron quemadas las brujas de Salem, de las llamas de esa locura y sus rescoldos todavía humeantes, capaces de prender en cualquier momento una nueva hoguera. De matanzas religiosas, de hugonotes, de la inquisición, de que ni un solo resto sostenía a Moisés, atado al desierto del que jamás salió.

Señor Katz, tendremos que sustituirle si no cesa en su empeño de propagar semejantes insensateces entre nuestros alumnos. Lo lamentaría, pero le aseguro que con su comportamiento me está obligando a considerarlo. Recibe un sueldo notable, tengo entendido que va a casarse, piense en lo que realmente le interesa.

Eso hice. Pensé. En Sara, fantaseando la forma del mañana, gobernado por jaurías de chicos sanos. Pensé en lo que realmente me interesaba.

De cómo los griegos se sentaban a cagar en círculo. De cómo Occidente se fundamentaba en el eco de esos diálogos. De la exterminación sistemática de los indios, encerrados en campos de concentración.

Está usted despedido, y me encargaré personalmente, le juro que me encargaré personalmente de que no vuelva a impartir clase en lo que le queda de vida, por dios se lo juro.

Pero aquellos chicos, un puñado, crecieron por dentro. Y yo también crecí con ellos.

Sara dejó de girar, mi madre me cercó de maldiciones, mi padre sacudía la cabeza.

Las palabras. Busqué un puesto de cartero tan lejos como fue posible.

Y fue así como me convertí en un hombre más que razonable.

Hasta ese momento, amanecía.

Algo me despertó. Un ruido. Sonó varias veces antes de que comprendiera que era el sonido de un claxon. Me había quedado dormido sobre la mesa de la cocina, tenía los músculos agarrotados y me dolía el cuello y el sol cegaba.

Tardé en distinguir el lugar donde comenzaban los maizales, un muro verdoso con manchas amarillentas. No había ningún coche allí. El coche estaba mucho más cerca. Junto a la puerta. Era el coche de Marvin. Sonó el timbre. Vi el cuchillo de cocina todavía sobre la mesa y recordé el miedo y me pareció tan desquiciado que sentí vergüenza. Guardé el cuchillo en un bolsillo de la chaqueta antes abrir. Marvin me agarró por un brazo.

- He cambiado de opinión. Vamos a ir a la ciudad y vamos a ir juntos, tú y yo.

No he desayunado, dije mientras me empujaba hacia el coche. Tampoco él parecía haber dormido. Estaba pálido, con ojeras, pero sonreía.

Antes de que arrancara me giré hacia la ventana de Alfred. Estaba allí. Sólo distinguía una mancha borrosa, pero ahí estaba.

- El viejo se ha vuelto loco - dije.

- ¿Qué viejo?

- Da igual. Necesito un café.

- Pararemos de camino.

Conducía a toda velocidad.

- No podía dejarte solo en esto. He estado pensando en ello. Tenemos que hacerlo.

- Si vienes conmigo a la ciudad tendrás que cerrar el bar.

- Voy a marcharme del pueblo. Para siempre. No pienso volver.

En ese momento me di cuenta de que había dos bolsas de deporte en el asiento de atrás.

- Llevo todo lo que merece la pena. El resto del equipaje está en el maletero. Tres maletas grandes y esas dos bolsas. Lo que merece la pena conservar de toda una vida no ocupa más que eso.

- No está mal, Marvin. Yo llegué al pueblo con una sola maleta. ¿Puedes ir más despacio? no tenemos prisa.

Habíamos dejado atrás los maizales. Delante de nosotros se extendía una llanura parda en la que crecían matorrales retorcidos, de un verdor áspero. La carretera estaba vacía, pero Marvin miraba una y otra vez el retrovisor. Detrás de nosotros, muy lejos, distinguí un coche. Era un auto grande, un todoterreno. Marvin tomó una carretera secundaria. Dijo:

- Por aquí llegaremos antes.

- ¿Lo has pensado bien, Marvin? ¿Adónde vas a ir después de esto?

- He estado pensando, sí, lo he pensando mucho. He pensado en ese pirata. El primer Colani, ya sabes. Puedes pasar el resto de tus días peleando por los restos que caen de la mesa, o puedes coger la silla que te ofrecen y sentarte como un puto ser humano. Ahí está la dignidad, no hay más dignidad que esa. Cuando encuentras tu oportunidad tienes que cogerla. Quizá nunca llegue a la altura de un Colani, pero tampoco seré un camarero. Lo he pasado mal, Bram, créeme, me ha costado mucho tomar esta decisión. Pero se trataba de todo. Perderlo o tenerlo. Todo, Bram. Vivir el resto de mis días a un lado o al otro de la barra. Al final sólo se trata de eso.

Tengo que parar, dijo, algo no funciona.

- ¿Qué no funciona?

- El coche. Se ha encendido la luz de la batería. Nos estamos quedando sin batería.

Frenó. Estábamos en una colina, junto a una curva.

- Voy a echar un vistazo al motor - dijo.

Bajó. Abrió el capó. Yo también bajé. Todavía me dolía el cuello. A ambos lados de la carretera había árboles. Me alejé un poco, para mear. Estaba subiéndome la cremallera y oí el golpe del capó. Cuando me di la vuelta Marvin estaba sentado al volante. Tenía el motor en marcha y el rostro desencajado. Bajó la ventanilla y se inclinó como si fuera a decirme algo, pero se quedó allí, mirándome en silencio.

- ¿Te encuentras bien? - le dije.

- Nunca podrías entenderlo. Tú nunca podrías. Sólo tenía que traerte hasta aquí. Lo siento.

Pisó el acelerador y se alejó carretera arriba, a toda velocidad. Fue en ese momento cuando vi el destello en la cima de la colina. El sol me daba de cara, tardé en distinguir el descapotable rojo de Colani hijo. Colani hijo estaba junto al descapotable, contemplándome con lo que parecían ser unos prismáticos. Marvin subía hacia él.

Oí el ruido del motor, en algún punto entre los árboles, muy cerca. Era un sonido chirriante. Metí la mano en el bolsillo, palpando el mango del cuchillo, pero eso no me tranquilizó. Tendría que habérselo clavado, pensé, Marvin, cabrón. Pero incluso en ese momento sabía que no hubiera podido hacerlo.

Aquel trozo de chatarra que ni siquiera tenía color salió de entre los árboles, botando y crujiendo, un modelo muy antiguo compuesto de parches y lleno de abolladuras. En cuanto alcanzó la carretera enfiló directo hacia mí, podía ver las gafas de sol del conductor, unas gafas muy grandes y oscuras en una cara arrugada y pequeña. Así que de eso se trataba. Yo iba a ser otra abolladura en el capó.

Eché a correr tratando de salir de la carretera, pero antes de que pudiera hacerlo apareció el todoterreno. Salió de la nada, noté el impacto en la cadera y volé y caí de espaldas y allí estaba, frenando justo ante mis ojos, dejando las marcas de las ruedas en el asfalto, deteniéndose junto a mis pies, un parachoques enorme.

Cornelius Colani bajó del todoterreno con un portazo. Llevaba la escopeta bajo el brazo. - ¿Se encuentra bien, Abraham?

Sentía el dolor de la cadera como algo muy lejano. Cornelius sacó un teléfono móvil, marcó un número. La chatarra seguía allí delante, pero Cornelius ni siquiera miró al

conductor. Miraba hacia la cima de la colina.

- ¡Idiota! - chilló en el auricular del teléfono. Sonó una voz al otro lado - que se vaya. No. Será a mi modo. He dicho que se vaya.

Colgó, devolvió el móvil al bolsillo. La chatarra dio marcha atrás. Comenzó a subir trabajosamente la colina.

- ¿Puede levantarse? No ha sido más que un pequeño golpe - dijo - sin importancia. Es usted testarudo. Es un maldito demente, Abraham. Va por ahí jugándose la vida. Teníamos una cita. Puede dar gracias de que he venido a buscarle. Suba.

- Primero suelte la escopeta.

- ¿Ahora le preocupa la escopeta? No es para usted, Abraham. Se trataba de ir de caza ¿Recuerda?

Me palpé. No parecía tener nada roto. La cadera me dolía sólo un poco al andar y el roce con el asfalto me había trazado surcos dolorosos en las manos. Cornelius soltó la escopeta en el asiento trasero del todoterreno. Metí la mano dentro del bolsillo, apretando otra vez el mango del cuchillo, había piedrecillas incrustadas en la piel de la palma y se me clavaban, pero no aflojé la presión.

- Es una locura. ¡Están todos locos! ¡Usted también! No van a matarme.

- Nadie va a matarle.

Sonrió. No se había afeitado. Parecía haber dormido poco. Alrededor de sus ojos había una trama de arrugas como una tela de araña y su cara estaba un poco hinchada. No llevaba bastón, pero tampoco parecía necesitarlo.

- Charlemos un rato. Después le dejaré en el pueblo y cada uno podrá ir donde le plazca.

Miré los árboles, la cima de la colina. Una carretera vacía, un bosque. Ningún sitio al que huir, ningún modo de pedir ayuda.

Cornelius hijo ya no estaba en la cima de la colina, ni Marvin, ni el pordiosero con su chatarra. Ni rastro de ellos. Pero estaban cerca. Supuse que Marvin cobraría de todos modos. Lo suficiente como para no volver jamás al pueblo. Cornelius puso una mano en mi codo. Estuve a punto de sacar el cuchillo, pero no lo hice.

- Relájese. Se trata de un grano de arena. Hay que evitar que se convierta en una montaña. Alfred le aprecia sinceramente ¿lo sabía? aprecia su integridad. Usted es un hombre con fuertes convicciones, sé reconocerlo.

Puso una mano en mi espalda.

- Y apreciarlo. Mi hijo es como usted. Probablemente sus creencias son opuestas, pero tienen un punto en común. Son creencias. Ideas. Enormes conceptos. Verdad, integridad, grandeza.

Me miró a los ojos, risueño, un poco despectivo.

- Raza. Suena a algo antiguo ¿verdad? Pasado de moda. Necedades. También usted está lleno de fantasmas. Eso de ser judío, lo de su abuela, también. Sí, he oído hablar de su abuela, Alfred me lo ha contado. Me he informado. Usted era profesor de historia

antes de llegar a este pueblo. Está usted demasiado condicionado por su pasado, por lo que cree ser. Y le diré algo. Usted no es nadie. Yo no soy nadie. Mire a su alrededor. Contemple. ¿No lo ve? La inmensidad de la naturaleza. Nuestra fragilidad en medio de este misterio. Donde en cualquier instante puede ocurrir cualquier cosa. Esa inquietud, ¿Lo siente? Cuando mira a su alrededor, ¿Qué ve?

Levantó el brazo, trazó un círculo, abarcando los árboles, las nubes, las hojas caídas.

- Qué ve. Si piensa en Vivaldi, belleza. Si ha crecido en ella, como Alfred, crueldad. Son posiciones extremas, pero comparten algo. Tranquilizan. Crees saber a qué te enfrentas. Para ser capaces de asumirla necesitamos alguna clase de fe. De orden. Qué clase de orden. Qué tipo de justicia. Ahí es donde dos personas como usted y mi hijo discreparían. Y no sólo discrepar, destrozarse. Pero son palabras. La gente como usted y como mi hijo no suelen ir más allá de las palabras. Y le diré por qué. Porque hablan de lo mismo.

Tiró de la manga como un mago que se dispone a realizar un truco, cerró el puño, lo giró el aire antes de abrirlo; vacío.

- Abstracciones. ¿A que es divertido? Podrían discutir durante días, apuñalarse, y hablan de lo mismo. La matanza de nuestro siglo. Necios como usted y como mi hijo sacrificando su vida por falacias. Siempre hay alguien que se beneficia de las falacias. Créame, sé de qué hablo. Voy a serle sincero. Soy uno de ellos.

- En el caso de su hijo sí son falacias. Yo sólo pretendo evitar que gente como su hijo pueda asesinar, que siga asesinando.

- Pero, mire alrededor, ¿Qué son? Troncos, insectos, la brisa. Ramas moviéndose, agua, estiércol, flores, moscas, alas, picos, guijarros. Pálpelo, huélalo. Saboree. Recapacite. Las ideas pueden cegar. Se pueden cometer atrocidades en nombre de las ideas. Y con integridad, con bondad. Con la sana intención de actuar honradamente.

- No, no hay bondad en eso. Hay un tipo de orden que provoca crímenes, que fabrica esclavos y asesinos. Y les hace creer que son inocentes aunque estén matando, eso es lo más repugnante. Sin piedad, sin remordimiento, qué bondad, qué justicia.

- Le contaré algo. Yo también era como usted y como mi hijo. Cuando cumplí los dieciocho mi padre me regaló esa escopeta, esa misma, la que está ahí dentro, en el asiento. Y me llevó de cacería. No un paseo, fuimos a la India. Tigres. Para no aburrirle, como verá esa vieja escopeta solamente puede realizar dos disparos. Estaba frente a un tigre y tenía dos cartuchos. Erré el primer disparo, estaba aterrado. El tigre corría hacia mí, no puede imaginarse lo rápido que avanzan, cómo se mueven, su tamaño. Entonces oí la orden de mi padre: que nadie abra fuego. Mi padre iba a dejarme morir, se lo aseguro. O eso creí yo. El tigre y yo, frente a frente. Como puede ver, acerté el segundo disparo. Estoy vivo.

Puso una palma contra su pecho.

- Vivo. Eso es lo que importa. Te aseguro que es lo único que importa cuando ves al tigre. Agarré el machete y lo destripé - manoteaba, escenificando, sus ojos brillaban - me embadurné en sus vísceras, de pies a cabeza, como otro animal, cubriéndome de su sangre, supongo que es el miedo lo que te hace reaccionar así. Ahora está en el suelo del salón, con las fauces, esos dientes, abiertas. Toco el violín sobre su piel, descalzo, sintiéndolo bajo la piel. Aquél día aprendí algo. Algo real. Sobre la vida. Mi padre era peor que aquel tigre, se lo aseguro. Pero me enseñó. A no ser como él,

también. Queda en mí parte de aquel chico. Buenos sentimientos. La necesidad de hacer algo como lo de esos niños. Usted cree que mi hijo hizo algo. Se equivoca.

- ¿Así de sencillo? ¿Cree que con eso ya está solucionado? Esperaba algo más.

- Y tendrá algo más, pero no me está escuchando. Creyó ver algo, llegó a conclusiones, pero lo que cree que pasó no fue lo que pasó. Esos fantasmas hablaron dentro de su cabeza. Le hicieron llegar a conclusiones equivocadas. Esos tigres siguen alrededor, por todas partes. Dando vueltas alrededor. De usted y de mí. Al principio pensé ofrecerle dinero.

- ¡No quiero dinero!

- Llegará su tigre, como me llegó a mí, como le llegó a Alfred. Fue él quien me dijo lo que iba contando por ahí. ¿Y por qué supone que lo hizo? ¿Lealtad? No. Es a usted a quien aprecia, no a mí. Pero ese tigre llega, se lo aseguro, y entonces querrá saborear, será lo único que le importe.

Alzó una mano.

- Lo sé. No ahora. No ha llegado hasta aquí por dinero. Lo supe al verle repartir su precioso correo. Que acaba en la basura, por cierto, en su mayor parte. Usted necesita llegar hasta el fondo. O caer al precipicio. La verdad es que consideré la posibilidad de traerle aquí y pegarle un tiro. No se asuste. Desproporcionado, lo reconozco. Esa es la reacción típica de un imbécil como mi hijo. La furia suele ser inútil. Ciega.

Se giró hacia los árboles, aspiró hondo, balanceándose atrás y adelante con las manos entrecruzadas en la espalda.

- El caso es que pensé en desplegar todas mis dotes persuasivas, y aquí estoy, desperdiciando un estupendo día de caza. No estaba al amanecer donde debía, he tenido que salir a toda prisa, seguirles durante todo este trayecto hasta que he logrado darles alcance, pasar la noche sin dormir con todo esto, escuchar lo que se dice de mí y de mi hijo, pensar en usted, y pensar aún más en usted, en qué es lo que podría ofrecerle y ni siquiera sabe de lo que habla, ni siquiera tiene una remota idea de lo que realmente pasó. Para qué. Podría aplastarle, y ni siquiera necesito dejar un cadáver atropellado en mitad de la carretera. Podría aplastarle a usted, a su familia, a la chica de la que aún no se ha enamorado y a los hijos que jamás llegaría a tener. Ni siquiera necesito mentir, ¿No lo comprende? Mi hijo sólo trataba de protegerme, a mí o al nombre de los Colani o a la fortuna que va a heredar, no lo sé. Pero no fue mi hijo quien le hizo algo a esa niña. Fui yo.

Se giró.

- Bien. Ya lo sabe. Pero no se preocupe por lo que sabe. He ideado una solución razonable para todos. A usted le importa el bien. El bien está lleno de luminosos atractivos, lo reconozco. Es tan transparente. Uno sabe lo que está bien y lo que está mal, así que es un camino recto. Evita dudar, evita pensar. Sólo tiene que ir hacia la luz y dormir tranquilo por las noches. El sueño de los justos. El sueño de los imbéciles. El trato es que si no se calla devolveré a esos niños al infierno del que los saqué. Morirán allí. Qué le parece. Uno a cambio de ¿Cuántos son? veinte, treinta. Haga números. Usted salvará a treinta. Se quedarán aquí y le juro que no los tocaré. También a mí me duele lo que pasó, si quiere creerlo.

A cambio se callará y se irá del pueblo. Alfred me comentó que le gustaría visitar la

casa de su abuela. Muy bien. Pagaré su viaje. Irá a ver la casa de su abuela. Cuando vuelva tendrá su puesto de cartero, se lo garantizo. Pero lejos de este pueblo.

Ahora suba al coche. Le dejaré en su casa para que haga las maletas.

Subí. La escopeta seguía allí detrás, el cuchillo en mi bolsillo. Quizá debí hacerlo. Quizá debí renunciar al resto de mi vida y cortarle el cuello. Pero yo no era un asesino. Sólo era un hombre que trataba de alcanzar la luz al final del túnel. Un hombre más que razonable. Cornelius conducía muy deprisa, la cabina se bamboleaba sobre los amortiguadores, parecía que fuéramos a volcar en cualquier momento.

- Es un trato, Abraham, beneficioso para todos. Un negocio, enfóquelo de esa manera, el mejor. El único posible.

Cómplice, de algún modo. Un pozo en la solidez, esa sensación de irrealidad, de absurdo, como si faltara una pieza para interpretar, y dónde podía estar, el origen, retroceder por esa línea. Esa línea de la que partían todos los senderos erróneos, remontarla hasta su origen en busca de un sendero correcto, la casa de mi abuela o vivir desde el fondo de ese pozo.

- Usted no puede entenderlo, Abraham. Tendría que quitarse el velo de los ojos, no puede comprender. Tanta belleza, tanta ternura, apretarla en el puño. ¿Ha tenido alguna vez uno de esos pajaritos en el puño, su corazón batiendo contra la piel?

- Sí, lo comprendo. Algún día le contaré una historia. No es tan buena como la del tigre, pero le servirá.

- Usted no ha vivido nada que merezca ser contado.

- No hace falta vivirlo todo para aprender.

- Si tan importante le parece, cuéntemela ahora.

- Cuando merezca saberla se la contaré. Cuando pueda comprenderla.

- No volveremos a vernos.

- Qué la hizo, Cornelius.

- Qué la hizo. Nada por lo que tuviera que morir. Para usted resulta sencillo. Estar ahí, mirándome con asco, lo siento, siento su asco, supongo que desearía estrangularme, como a una bestia, clavarme lo que quiera que lleve en ese bolsillo una y otra vez y arrancarme el corazón y sentirse satisfecho. Eso crece dentro de ti, está ahí, crees que es fácil para mí, ver a esas niñas y, el poder de ese deseo, el tremendo poder, enloquecedor, enloquecedor. Cree que soy un monstruo. Un monstruo. ¿Ha visto esa escena en la que el monstruo de Frankenstein encuentra a una niña? en el borde del agua, ella tiene una flor. Hay algo en esa imagen, no espero que me comprenda, ni siquiera quiero que me comprenda, pero, hay algo en esa imagen.

La camioneta se bamboleaba como aquella cuerda.

Esto lo leí en un periódico:

“...en cuanto a armamento convencional, en tiempos de paz se fabrican anualmente 16.000 millones de municiones, lo que supone dos balas por cada ser humano.”

Hace falta un departamento de marketing muy poderoso para dar salida a todo ese excedente, recuerdo que pensé.

Olía a humo. Siempre. Una pestilencia envolvente. Tibia. Como si en algún lugar ardiera un fuego constante alimentándose de suciedad y carne. Pero en ese momento, quieto ante la devastación, el hedor resultaba aún más dulzón y blando y se aglutinaba en la lengua con un gusto a melaza y ancianidad.

La casa que cincuenta años atrás había pertenecido a mi abuela era ahora un montón de escombros abrasados. Lo único que se mantenía en pie era un lienzo de pared. En la cal distinguí un rectángulo de palidez. El espacio que había ocupado un cuadro, probablemente. Una marina, árboles y un río. Una estampa ingenua y amigable en mitad del salón. O el retrato enmarcado de alguien grande y querido, un ausente. Ya no tenía forma de saberlo.

- Venir desde tan lejos para esto - dijo Jim el Honrado. Sostenía la cámara a la altura del pecho y pulsaba el disparador una y otra vez. - Mi propia abuela vive a dos manzanas de casa y nunca voy a visitarla.

El chirrido del carrito agitándose en el interior me pareció espeluznante.

- Fotos movidas, es más real - explicó Jim.

Jim era fotógrafo. Nos habíamos conocido en el hotel. Un individuo de mediana edad que vestía un traje azul impecable me había recogido esa misma mañana en el aeropuerto. A pie de pista, en un auto negro con banderas. Dijo ser de la embajada. "Debe usted conocer a alguien muy importante, señor Katz, porque me han obligado a venir a recogerle, y es algo que no hago habitualmente. No tengo tiempo para usted, esto será todo lo que haga. No sé a qué ha venido, pero lo mejor es que se marche. Cuando se harte de hacer turismo vaya a la embajada. Le meteré en el primer vuelo que salga."

Me dejó a la puerta del hotel con la maleta. "Es el único hotel que funciona, aquí se aloja la prensa internacional. Busque a alguien que le guíe por la ciudad o tendré que devolverle a casa en un ataúd."

Jim me había visto entrar en recepción y había sonreído. Supongo que era mi expresión, o mi aspecto, o mi maleta, no lo sé. Fue el único que pareció sentir curiosidad. Accedió a llevarme hasta aquel lugar donde ya no estaba la casa de mi abuela.

Detrás de su volumen, engrosado por los bolsillos repletos del chaleco, vi a una niña y a una mujer corriendo, encogidas, de la mano. La niña tropezó y cayó al suelo y la madre tiró de ella como si pretendiera desencajarle el brazo.

- Cualquier cosa que quedara de su abuela estará ahí abajo. Aunque ¿Cuánto dijo que hacía? ¿Cincuenta años? ¿De verdad esperaba encontrar algo?

Jim me miró fijamente y luego enarboló una sonrisa compadecida y grasieta.

- Venir desde tan lejos para esto - repitió, enfocando la carrera, persiguiendo a la mujer y a la niña con el objetivo antes de disparar. Señaló con un cabeceo el lugar por el que había pasado la niña.

- Salir aquí es casi tan peligroso como hacerlo en Los Ángeles. Por el tráfico, entiende.

Se lamió los labios gordezuelos. Cambió el peso de un pie a otro.

- Era un chiste. Venga, le llevaré de vuelta al hotel.

Mientras recorríamos la masa de ruinas que había sido el barrio sefardí tuve la sensación de que la palabra prensa, pintada en la chapa del coche a brochazos, nos convertía en algo sagrado y sucio. Circulábamos con una lentitud de barcaza arrastrada por la corriente, deslizándonos entre las líneas de cascotes como lo haría una balsa entre dos orillas.

- Esta zona la controla El Capitán - dijo Jim - es un hombre hecho a pedazos. Dirige una especie de cuerpo irregular, ni siquiera lo llamaría milicia. Pero funciona.

Los edificios que seguían en pie estaban horadados por los impactos de la artillería. Tenían una profundidad laberíntica de cuerpo diseccionado. Hubo un retumbar opaco y lejano que me recordó tambores. Otro más cercano pareció contestarle.

- Eso era una sinagoga. Es probable que su abuela rezara ahí.

Sólo quedaba una esquina de ladrillo.

- Dios mío, no querrá que paremos a orar - dijo, alzando las cejas y girando el volante para rodear un madero carcomido.

Una chica con una pierna cortada renqueaba por la acera. Tenía una expresión idiota y un hilo de baba colgaba de su labio. Avanzaba apoyándose en el muro, recorriendo su aspereza con la palma de la mano, con un desvalimiento semejante a la invidencia, aunque sus pupilas se movían de un lado a otro. Parecía mutilada a cuchillo, un tajo limpio, intencionado. No podía apartar mi atención de aquella herida, moviéndose arriba y abajo, abriéndose donde concluía el rasgón de la pernera, ni del espacio donde ese muro acababa, ni de esas pupilas, agitándose como si no encontrarán un punto en que fijarse. Algo se removió en mi mente, buscando como si fuera yo quien hubiera llegado a un borde y tanteara el vacío.

Aquél perro. Estaba sentado en la calle con los demás chicos y el perro, un pastor alemán, llegó gimiendo desde el otro barrio. Lo vimos pasar, dando saltitos con el rabo entre las piernas, dejando un rastro de sangre en la acera. Alguien dijo lo han capado en el tono estupefacto y neutro con que hubiera dicho Mozambique, nombrando algo que pertenece a otra esfera de lo real, aquello en que se cree sin esperar jamás llegar a verlo. No podía soportarlo allí delante, sangrando, sus quejidos, agudos, un lloriqueo de bebé. Me levanté de un salto y empecé a gritar y a mover los brazos hasta que el perro echó a correr, huyendo calle abajo. Sólo entonces, cuando habíamos dejado de verle, repetimos capado capado y empezamos a saltar y a reír.

Qué se puede esperar de los gentiles, dijo mi madre. Y parecía una explicación. Mi padre se refería a los que no eran judíos de otro modo. Decía, los demás, o los otros, o aquellos que no creen, casi como si evitara adjudicarles un nombre. Pero a mi madre le gustaba mucho esa palabra vieja: gentiles.

Gentiles, pensé como pensaría una distancia, la que me separaba de aquel barrio desde el que llegó el perro capado, tan infranqueable y tan falsa como el trazado de una frontera en un mapa.

Cualquiera de ellos es capaz de hacerlo, eso y mucho más, qué se puede esperar de unas gentes que comen cerdo y toda clase de animales inmundos y cuanto se arrastra.

Una apariencia normal, quién habría podido distinguirlos, pero desde entonces no pude evitar un encogimiento.

- Iglesias, sinagogas, mezquitas - dijo Jim - cúpulas de iglesias y minaretes bajo el cielo azul. Eso era Sarajevo. Ahora nadie sabe qué es. Hablan el mismo idioma ¿Puede creerlo? Pero no lo escriben igual. Alfabetos distintos. Quién sabe, quizá sea esa la clave. Había una luz aquí - susurró aproximándose, como dispuesto a una confesión - pero se apagó.

En la esquina se alzaba una fachada tan acribillada a balazos que el cemento parecía mordisqueado. Por alguna razón habían disparado miles de balas contra aquel muro.

- Cada bala es dinero - dijo Jim.

Algo sibilante impactó en la altura de la fachada, levantando un pellizco de polvo. Detrás, al doblar la calle, nada. La pared vertical elevándose sobre túmulos de ladrillo, con cuadrados regulares de azulejos blancos donde hubo cocinas y una taza de váter suspendida en el vacío, colgando de una cañería retorcida.

Un poco más adelante, sentada en la acera, había una anciana en albornoz y zapatillas, con la cabeza de lado y los ojos abiertos. El albornoz tenía un enorme círculo de sangre a la altura del estómago. Estaba allí, pero de algún modo no me pareció verdadera. En una estación de metro había visto desplomarse a un hombre de repente, trataba de respirar con una mano en el pecho y me quedé mirándole durante unos segundos, paralizado por la misma sensación de falsedad.

En uno de los agujeros de la pared opuesta comenzó a definirse una forma grande y sólida, emergiendo lentamente como si ascendiera desde una profundidad abisal. Vestía una chaqueta militar y pantalones de pana y el fusil parecía una prolongación de su cuerpo. El hombre se quedó mirando a la anciana. Tenía una expresión contraída tras la maraña de barba y los surcos de tizne. De repente empezó a forcejear contra la correa del fusil, enroscada en el brazo, un esfuerzo bestial, como si pretendiera arrancarse el brazo. ¿Qué pasa, Jim, qué va a pasar?. Jim detuvo el coche. El militar consiguió liberarse de un tirón rabioso, gritando, y con el dedo en el gatillo y el fusil en alto comenzó a disparar, chillaba y disparaba girando sobre sí mismo, los casquillos rebotaban en el asfalto, en la chapa del coche, contra la cara de la anciana, el color azulado de la pólvora flotaba envolviéndonos y se adhería al paladar. Jim tomó una, dos, tres fotos rápidas, sin enfocar. Resopló, tratando de darse la vuelta en el asiento.

- ¿No le parece absurdo? - dijo.

Pronuncié la palabra barbarie y Jim me miró de reojo como si hubiera blasfemado. Enfocó la taza suspendida con cuidado, regulando el zoom. Tomó una foto.

Jim dejó las copas sobre los posavasos, cuidando que la base ocupara el centro exacto. Algo próximo a un silbido sobrevoló el exterior.

- No se preocupe por las bombas, es la hora - dijo - cada día a esta hora empieza, pero respetan el hotel. Está la prensa dentro, tienen que cuidar su imagen. Beba, le hará

bien.

Los ventanales enmarcaban una estructura de hormigón solitaria. Aparentemente gigantesca, aunque no había referencias que contraponer a su tamaño. No estalló.

- ¿Por qué al váter? - dije - ¿Por qué tenía más interés el váter que la vieja, o el soldado?

- Para usted un muerto todavía es importante, pero eso lo hay en cualquier parte. Qué le ha traído hasta aquí, ¿un solo muerto? No. Para qué venir tan lejos.

Jim se recostó en la silla. Para qué, repitió. Bebió un sorbo. Tras su espalda, al pie de la estructura de hormigón enmarcada por los ventanales, apareció un hombre vestido de negro. Permanecía junto al muro, como esperando algo. Resonó un estampido y el hombre se encogió. Jim dirigió una mirada hacia el ventanal por encima del hombro.

- Ellos también recuerdan a sus abuelas. También sus abuelas murieron en campos de concentración. Y con cada disparo pronuncian su nombre.

En otra mesa, una mujer de aspecto nórdico se había puesto de pie sobre la silla y agitaba la falda. Sus acompañantes reían.

- Míralos - dijo - los otros se pasean por ahí con sus cámaras diciendo vamos a parar la guerra, pero lo que realmente quieren es que su fotografía ocupe una portada. Yo no digo que vaya a pararla, claro que no. Por eso me llaman Jim el Honrado. Y te diré algo más. Esto no es algo que simplemente sucede. Nunca lo es. Hace falta mucho esfuerzo para llegar aquí. Esto ni siquiera habría empezado si a alguien no le hubiera interesado que empezara. O si a alguien le hubiera interesado que parara.

- ¿Y quién es ese alguien? ¿Tú, yo, Dios, quién es alguien?

Se inclinó hacia atrás.

- Una vez tuve un acuario. Cuando llevaba otra clase de vida. Relaja, ver nadar a todos esos pecillos. No entiendo de peces, así que compré diez o doce de los que me recomendó la vendedora. Un día descubrí que el más grande perseguía a los demás y les mordisqueaba las aletas. Sólo las aletas. Al principio me pareció gracioso. Pero cuando encontré a uno de ellos en el fondo, panza arriba, con las aletas devoradas, incapaz de moverse, agonizando ¿te imaginas? cuando vi aquello saqué a ese pez caníbal y le tiré al retrete. Parecía que a partir de ese momento todo marcharía bien, pero adivina qué pasó. Otro de los peces se convirtió en caníbal. Y cuando me deshice de él, otro se transmutó. Desde entonces decidí no intervenir. Mirar, pero no tocar.

- ¿Por qué crees que hacían aquello?

- Buena pregunta.

Otro silbido vibró fuera, alejándose. Luego volvió a retumbar. Resultaba imposible adivinar si la explosión había sucedido cerca o lejos.

- Vamos, Bram. Tu abuela murió hace cincuenta años, en esa casa, qué podía quedar allí. Qué querías ver, a qué has venido.

- Sé lo que no quiero ver. No quiero ver más muertos. Ni uno solo.

- Y quién quiere verlos. Hablar es fácil, pero qué vas a hacer. Cuando vuelvas a tu civilizado mundo y abras el periódico. Te diré lo que harás. Pasarás la página.

Llegaron otros cinco, seis, siete hombres, se agolparon junto a la estructura de hormigón. Avanzaron paso a paso hasta el borde.

- No sé si tengo adónde volver. Ni si quiero volver.

- Volverás. No sé qué le pasa a tu vida ni qué te espera a la vuelta, pero hay pocas cosas peores que una guerra.

- Entonces, qué haces tú aquí.

Sonrió. Humedeció un dedo en el licor. Recorrió el borde del vaso con la yema del dedo.

- Yo he visto demasiado. Soy periodista. Mi oficio es ver. La paz también puede ser estremecedora. Sólo hay que saber dónde mirar. Cómo mirar. Y una vez que ves no puedes volver atrás.

Se unió otro hombre al grupo apostado en el borde del hormigón, corriendo a la gacha. Tan igualado a los que ya esperaban que una vez integrado resultaba difícil identificarle. Jim se giró costosamente en la silla, intrigado.

- Ahora cruzarán a la vez - explicó - eso desconcierta a los francotiradores, tardan en decidir un blanco. A veces funciona.

Agarró la copa, la alzó como si fuera a brindar.

- ¿Sabes lo que comería ahora, Bram? Daría media vida por un pastel de carne. Un buen pastel de carne casero.

Igualados, echaron a correr. Pensé en los judíos, formados en el campo de concentración mientras los asesinos recorrían sus filas. Encogidos, mirando al suelo, paralizados. Tratando de conmovier al de al lado para que ese leve movimiento le hiciera visible ante el verdugo. La táctica de los alemanes, de los polacos, de los croatas, de cuantos se proclamaban inocentes mientras los nazis cazaban en sus calles. El grupo estaba a punto de alcanzar el otro lado de la calle. De repente uno de ellos cayó al suelo. Luego apareció la sangre.

- Sí, señor, un buen pastel de carne inglés.

Jim dedicó al ventanal una mirada de reojo.

- Pero no me has contestado. Dime, Bram, ¿Qué vas a hacer?

El caído movió una pierna. La sangre se encharcaba. Los demás siguieron corriendo. Miré a mi alrededor. La chica nórdica seguía bailando sobre la mesa. Aplaudían. Tuve la sensación de haber vivido siempre en esa distancia. Como mirando a través de una ventana.

Me puse en pie.

- ¿Dónde crees que vas? - dijo Jim.

Corrí, escaleras abajo.

Pegué la espalda al muro de hormigón. Veía al hombre caído. La suela lisa de sus zapatos. Los tacones, apoyados en la sangre. Las palmas, abiertas al final de las mangas de lana, empapadas también por el espesor de la sangre que seguía extendiéndose con una lentitud viscosa. No se movía. Podía estar muerto. Podía estar vivo. El viento agitaba las perneras con un flamear demasiado exacto como para delatar una intención de aviso. De repente uno de los dedos pareció doblarse pero al volver a mirar seguía estirado, mi hombro perdió contacto con el hormigón durante un instante de vértigo.

- Está muerto, muerto.

Esas palabras por la espalda, emergiendo en una respiración ahogada. Jim cerró el puño en mi chaqueta.

- Muerto ¿Es que no lo ves?

- ¿Cómo puedes saberlo desde aquí?

- El tirador está esperándote, esperando para meterte una bala, una a ti y otra a él, en cuanto salgas. Mírale ¡Mira! Ni la mitad de vida de la que te queda a ti.

Algo demasiado próximo a la desesperanza como para relacionarlo con el valor o el miedo se retorció en mi interior. Eché a correr. Sólo después, cuando ya no sentía la protección de la pared y el viento rozaba esa mitad de mi cara, comprendí lo que hacía. Las suelas y las mangas saltaban delante, emborronadas por aquella enormidad roja, la sangre presionando las sienes. Esa presión se intensificó cuando agarré el bulto y tiré de él, algo perforó la lana, salpicándome, abriendo un agujero redondo de bordes quemados. Jim agitaba los brazos, chillando, mis pies golpeaban la dureza del asfalto y la vibración ascendía hasta las rodillas, aflojándolas, los brazos temblaban mientras trataba de llenar los pulmones de repente contraídos, y cuando ya notaba a mi lado la mole protectora del muro seguí arrastrándolo hasta que de repente las piernas se doblaron.

Había sido un viejo. De algún modo vago y tenebroso se asemejaba a la anciana, aunque no se parecían. Tenía la boca y los ojos abiertos y por la comisura de los labios resbalaba una baba espumosa y traslúcida. En sus pantalones iba extendiéndose una mancha de orín.

Jim se acuclilló junto al cuerpo. Apoyó una palma en la sangre, colocó el oído en su pecho. Luego levantó la cabeza. Tomó un brazo, lo dejó caer.

- ¡Un muerto! ¡Nada!

Le pegué con la mano abierta en la boca y luego levanté el puño manchado de su saliva.

- ¡No lo toques!

Abracé el cuerpo. Jim tenía las manos levantadas para protegerse y ese gesto de indefensión me enardeció aún más, la furia palpitaba rugiendo, cerrándome los dedos

en la carne del cadáver.

- ¡Yo lo he traído hasta aquí!

Limpié la mano en el pantalón, crispándola, deseando machacar sus carrillos colgantes, casi asustado por la náusea de ese odio repentino. Una gota recorrió su mejilla. Escupió. Pasó una mano por el sudor, dejando en la cara un rastro rojizo. Pareció crecer de repente.

- ¡Quieres hacer algo! ¡De verdad quieres hacer algo! ¡Quieres salvar vidas!

Tenía un aspecto salvaje. Me pegó en el hombro con el puño cerrado.

- ¡Salva la tuya!

Dios dios, dijo sin énfasis. Tomó el brazo otra vez, lo dejó caer. Traté de imaginar el miedo de ese hombre. La perforación del primer balazo; casi una sorpresa hasta el ascenso del verdadero dolor mientras permanecía absolutamente quieto. La soledad, el pánico, aguardando el tiro definitivo, apretando los dientes y meándose encima y rezando. La estructura de hormigón parecía muy pequeña. Jim empezó a carcajearse. Pasó una mano por el pelo, por el rastro de sangre de la mejilla, riendo.

- Podríamos tener una familia, hijos - dijo - ir cada mañana a uno de esos trabajos. Pero no.

Se arrastró hacia mí, riendo, apoyando un codo en el vientre del viejo.

- Lo que a los demás les mueve no nos sirve. A nosotros hay algo que nos empuja desde dentro.

Pasó otra vez la palma por el rastro rojizo de la cara, sus labios comenzaban a inflamarse.

- Y no dejes de preguntarme, me pregunto, ¿qué te ha empujado hasta aquí?

Sucio. Notaba aquello entre las manos, sobre la cara. No enciendas la luz, me había recomendado Jim antes de dejarme en la puerta de mi habitación, pero era incapaz de dormir con aquello sobre la piel. Fui hasta el baño. Bajo la gelidez del fluorescente la sangre parecía más oscura y espesa, casi negra. Abrí el grifo. Las cañerías gorgotearon. Resbaló un chorrito de una tibieza viciada y grasienta, como si hubiera permanecido mucho tiempo estancado.

Hubo un cañonazo. Lo oí retumbar, alejándose lentamente hacia el horizonte de un silencio más tenso que cualquier sonido. Apagué la luz y esperé, más sucio que antes, con la sangre deslizándose entre los dedos, gruesa y cálida como el tacto de otros dedos, resbaladizos entre los míos. Hubo una especie de impacto vibrante como el entrechocar de dos platillos. No me tranquilizó.

Fui hasta la cama. En la penumbra, los volúmenes de aquel mobiliario extraño, de hotel, resultaban tan inquietantes como una presencia. Notaba aquella viscosidad embadurnándome, y una vaga sensación de urgencia y cobardía, como si de algún modo aquel anciano siguiera vivo ahí fuera, esperando.

Déjalo, había dicho Jim, alguien vendrá para llevárselo. Imaginé el cadáver en una mortaja de plástico, pero era otra cara la que veía entre los dientes de la cremallera, cerrándose despacio sobre las mejillas. Entonces le hablé de la niña ahorcada.

Seguían retumbando cañonazos súbitos, abriendo un espacio en suspenso hasta que la lejanía del impacto sacudía los cristales y mecía las cortinas, un aleteo en los márgenes de la visión; el roce de la tela sonaba como lo haría una palabra susurrada junto al oído.

En cada disparo pronuncian su nombre.

Tambores. Una vez vino el circo a la ciudad. Me despertaron los tambores y el relinchar de los caballos. Por un momento me pareció el sonido glorioso de una guerra de la antigüedad.

El pasacalles ya estaba en el barrio de los gentiles cuando salí al balcón. Pegaron un cartel allí. Era un dibujo de colores vivos, tan grande que había que distanciarse para contemplarlo. Una jaula con leones sentados en círculo, en el centro un domador musculoso, vestido con pieles, látigo en la mano. Fuimos hasta el otro barrio para admirarlo, discutiendo si podríamos despegarlo para llevarlo a una de nuestras paredes, justo bajo una farola que lo iluminara de noche. William dijo que poniendo cuidado sería fácil desprenderlo de una pieza. Yo dije que más valía dejarlo allí, si intentábamos despegarlo se rompería. Entonces llegaron varios chicos del otro barrio, parecían asustados. El más alto susurró podéis venir a verlo, pero lo han puesto en nuestra pared, es nuestro. De qué te sirve verlo si no puedes tenerlo, dijo William, girándose hacia los nuestros con esa sonrisa retadora, un poco burlona, que usaba cuando pretendía arrastrarlos. Queremos tenerlo. Empezó a arrancarlo. Los demás me miraron un momento, como esperando que hiciera algo, creo que también lo esperaba William, de espaldas, vigilándome por el rabillo del ojo. Sabía que el cartel se rompería, pero no quería enfrentarme a William, no con los gentiles allí delante, era mi amigo. Me uní a él, y luego lo hicieron los demás. Estaba bien encolado, así que lo despellejábamos a tiras. El más alto repetía es nuestro, nuestro, con rabia, y esa rabia nos empujaba a seguir destrozándolo. Los demás salieron corriendo. El cartel ya

estaba hecho trizas cuando llegaron los que se habían marchado con muchos otros. Juntos no parecían asustados y se nos echaron encima gritando y dando patadas y puñetazos, yo también daba patadas y puñetazos y recordaba los tambores y los relinchos y los cascos de los caballos. Les sacudimos fuerte hasta que huyeron y cuando huían conseguimos agarrar por la espalda a uno de ellos, gordo y patizambo. Uno de los gentiles volvió la cabeza y chilló Jack Jack, pero siguió corriendo. Le tiramos al suelo y estuvimos sacudiéndole, un bulto blando, hasta que alguien dijo sale sangre, y entonces nos apartamos.

El gordo patizambo trataba de levantarse. Se apoyó sobre una mano, volvió a caer, luego sobre la otra, doblando una rodilla, parecía que estuviera borracho. Le salía sangre de la nariz y puede que de alguna otra parte, tenía la camiseta manchada. Ya no era un bulto y recordé cómo había chillado aquél otro chico, Jack Jack, sin detenerse. Abandonándolo. Me pregunté si William, si cualquiera de los que estaban ahora allí, mirando al gordo, en silencio, un poco acongojados, habría dado la vuelta o habría seguido corriendo. Estábamos callados, un círculo. De repente William dijo seboso cabrón capaperros y los demás rieron, aliviados, sí, capaperros, jodido gordo patizambo cabrón. Supongo que yo también reía mientras el gordo emitía una especie de sollozo silbante, como si se asfixiara.

Un par de días después mi padre me llevó al circo. Oía a mierda de perro. Los leones tenían un aspecto triste; criaturas desmirriadas y pulgosas. El domador parecía más fiero que ellos y hacía chascar el látigo contra sus narices. También había algo amedrentador en las sonrisas de los payasos, hincadas en la cara mientras se abofeteaban bajo un arco de carcajadas. A los caballos se les veían las costillas. Tenían calvas y costras en el pelaje y les temblaban las patas. Unos tipos disfrazados de indios les obligaban a trotar en tontos círculos.

Había también una chica rubia que subía muy arriba y daba volteretas en el trapecio. Abajo no había red. Algo más sólido, más auténtico que lo palpable, que los leones y los payasos y los indios estaba allí presente, sin nombre entre el suelo y el aire. Una sensación, tensándose como una goma alrededor de sus dedos, flotando en el polvo de magnesio que permanecía suspendido cuando sus manos chocaban contra la barra, cerrándose en torno a ella con una ansiedad de cepos. Nada se interpone entre ella y la muerte, gritó el presentador. Tenía una voz atronadora y llevaba un uniforme napoleónico con remiendos, un disfraz espectacular y también ridículo que inducía a pensar que cuanto dijera no podía ser totalmente cierto. El público comenzó a aplaudir con un alivio que podía confundirse con alegría, pero bajo el ruido de las palmadas parecían esconder una especie de avidez. Podía resbalar en cualquier momento y aplastarse contra el suelo, puede matarse, le dije a mi padre, que también aplaudía. Es una manera de ganarse la vida, contestó. Tan buena como cualquier otra. Y por primera vez tuve miedo. No por ella. Aquel miedo me pertenecía, enroscándose dentro de mí como lo haría una comadreja.

Recordé a aquél pobre gordo. A Jack, asfixiándose, mientras mis amigos reían.

Jim extendió un pañuelo blanco en la chapa todavía caliente del coche. Colocó sobre él dos latas y un trozo de pan. El pan tenía un aspecto correoso. Corría una brisa húmeda que levantaba los picos del pañuelo, arremolinándolos alrededor del peso. Combaba las puntas de la hierba, hundía pliegues en la ropa. En las ramas, el envés de las hojas era de un verde blanquecino y parecían girar como puertas desquiciadas. Sobre el camino había charcos turbios y profundos que reflejaban las nubes, distorsionadas en una agitación de ondas.

Jim había ido a buscarme a primera hora de la mañana. Traía una taza de leche caliente. ¿Has conseguido dormir algo? Vístete, nos vamos. ¿Adónde?, dije. Voy a enseñarte de dónde vienen los disparos. Sonreía. Había algo en esa sonrisa que me recordó al domador de leones.

Tenemos que dar un largo rodeo, dijo, ya a bordo del coche.

En el lugar donde habíamos parado a comer no había ninguna edificación a la vista. Me pregunté por qué había escogido ese lugar y no otro. El único rastro humano era el camino. Y una lata de aceite abollada, oxidándose entre la hierba.

No te acerques a eso, dijo Jim, observándola como si fuera a estallar.

Pegaste a uno de esos chicos, dijo mi padre con el ceño fruncido, asomándose tras el periódico abierto. Por qué le pegaste.

Por nada.

Y por nada ahora era cierto.

Nunca se debe pegar a nadie, y mucho menos por nada.

Ya lo sé.

Fue una buena tunda la que le diste a ese gentil, ¿eh?

Su cara se había distendido y ahora tenía una expresión radiante. Subió el periódico, ocultándose tras él.

Eso está mal, Bram.

Luego hurgó en el bolsillo y sacó un billete.

Toma, y recuerda; no debes pegar a nadie que no te haya pegado primero.

Jim me tendió un trozo de pan con sardinas. Dijo:

- En qué piensas.
- No parece que haya aquí una guerra.
- No importa lo que parezca.

El campamento ocupaba una llanura amplia y desarbolada. Estaba cubierto por tiras de suave papel blanco, lo que le confería un aspecto extrañamente nevado, una especie de nevada demencial, como pintada a brochazos. Aquellas cintas ondeaban, enredadas en las cuerdas tensoras de las tiendas, en los fusiles, sobre las lonas, recorriendo lánguidamente la hierba antes de trabarse en el ramaje de los arbustos. Los soldados iban y venían entre las tiendas de campaña y los camiones militares, un desorden aparente donde cada cuál parecía actuar sin convencimiento en su propia dirección. Pero bastaba observar un poco más para percibir una exactitud última en la desgana de sus movimientos que equivalía a la chispa de lucidez en la mirada de un loco. Cada uno de esos pequeños actos encajaban unos sobre otros como las piezas de un rompecabezas. No importaban las motivaciones sino el resultado final, ese lugar hacia el que las acciones eran orientadas; importaba la claridad de esa fuerza, latente sobre sus cabezas, poderosa, unificadora; una fe.

Dos soldados nos dieron el alto en la entrada del campamento. Tranquilo - dijo Jim - nos están esperando, ya he concertado la entrevista. Esas fueron sus palabras. Sonaban muy extrañas, allí. Concertar una entrevista. Me pregunté si habría también un jefe de prensa y refrescos y canapés. Parecía un asunto muy civilizado.

Bajamos del coche. Jim mostró a los soldados su identificación, la cámara. Uno de los soldados se alejó hacia el interior del campamento, el otro permaneció allí, simplemente en su puesto. No le interesábamos. En este lado todo está bien organizado, dijo Jim. Perfectamente organizado, de hecho.

Un grupo de hombres cavaba una línea de trinchera a la entrada del campamento. Estaban hundidos hasta la cintura y el pecho descubierto les hacía parecer desnudos. Doblados, en tensión. Las palas subían y bajaban, elevando masas de raíz y arcilla. Un lodo espeso resbalaba por su piel blancuzca como una secreción. Las hileras de dientes resaltaban, muy blancas, casi afiladas. Las bocas abiertas por el esfuerzo tenían una profundidad sangrienta. Como cadáveres, pensé. Arrancándose de la tierra.

El soldado regresó acompañado por un militar limpio y engominado con galones de teniente. Estrechó la mano de Jim, luego la mía, sonreía. ¿Americanos? - dijo - es una suerte tenerles aquí. El comandante les recibirá ahora, vengan conmigo.

Le seguimos. Tengan cuidado con las cuerdas de las tiendas, es fácil tropezar. Sonreía como un vendedor a domicilio.

- Como pueden comprobar, esto es un verdadero ejército. Se cuentan muchas mentiras sobre el ejército serbio. Hay mucha desinformación. Fosas comunes, limpieza étnica, eso no es algo del ejército. Aquí hay disciplina, mandos profesionales. Ellos son los incontrolados. Son algo peor que civiles con fusil. Cuando empezó esto abrieron las cárceles. Dieron armas a los criminales. Asesinos, violadores, toda clase de gentuza. Contra eso luchamos. Esa es su milicia.

Llegamos junto a una tienda muy grande. Aguarden aquí un momento, dijo el teniente. Entró.

- Parecen amables - dije.

- Ya lo sabes - dijo Jim - no importa lo que parezca.

Miré alrededor. Aquellas tiras de papel estaban por todas partes. No entendía qué eran ni por qué estaban allí.

El teniente apareció en la puerta de la tienda, alzó la lona. Pueden pasar.

El comandante estaba sentado ante una mesa servida. Una copa de vino, un filete. Era un hombre calvo, rasurado, una cara tan lisa que tenía un aspecto tirante. Tras él había un soldado muy joven con una servilleta en el brazo doblado. Siéntense, ordenó. Había dos sillas plegables delante de la mesa. El teniente permaneció de pie, a un lado.

- Voy a contarles algo sobre nosotros - dijo el comandante.

Jim sacó una pequeña grabadora de uno de los bolsillos del chaleco, la activó. Si no le importa, murmuró, dejándola junto al plato. El comandante la observó un momento, moviendo la lengua de un lado a otro dentro de la boca, abultando los carrillos. Jim adelantó una mano para retirarla.

- Déjela donde está - dijo el comandante. Empuñó los cubiertos - bien, voy a contarles algo. Había una culebra que vivía cerca de la casa de un labrador. Cierta día, el hijo del labrador golpeó a la culebra. Y la culebra le mordió.

El comandante seccionó un pedacito de carne. La punta del cuchillo arañó el plato.

- El padre cogió un hacha para matar a la culebra. Pero la culebra es un animal escurridizo. Le cortó la cola de un hachazo antes de que escapara.

Pinchó otro pedazo de filete y se lo llevó a la boca. Comenzó a masticarlo con lentitud, de un modo casi concienzudo. Los músculos de las mandíbulas resaltaban bajo la piel.
- Temiendo que la culebra pudiera vengarse mientras dormía, le ofreció miel y harina. Olvídate, le dijo la culebra. Mientras yo siga sin cola y tú sin hijo no es posible la paz entre nosotros.

Bebió un trago de vino, paladeándolo antes de tragarlo.

- No son sus hijos a los que ha matado la culebra. Ustedes los occidentales no pueden entender lo que pasa aquí.

Dejó la copa sobre la mesa. En el borde del cristal brillaba la huella grasienta de sus labios. Ustedes los occidentales. Era como si hubiera pronunciado aquellas palabras frente a la torre Eiffel. Resaltaban, desencajadas. Miré alrededor sin saber qué buscaba. La esencia de la rareza, algún indicio que desvelara una motivación más allá de lo comprensible. Pero había una lógica circulando como una corriente bajo cada uno de los objetos, de los gestos, de las palabras, planas.

- No son sus hijos. Tan simple como eso.

Se llevó a la boca otro jirón de carne, moliéndolo sin prisa entre las mandíbulas.

- Los médicos recomiendan masticar diecisiete veces. El estómago sufre menos. Tengo úlcera.

En ese momento una de aquellas tiras de papel entró, flotante, por la puerta abierta. Se adhirió al borde de la mesa y allí permaneció, ondeando, acariciando la copa. Sólo entonces, cuando pude verlo de cerca, comprendí de qué se trataba. Papel higiénico. El comandante golpeó la mesa con la empuñadura del tenedor.

- ¡Ordené que instalaran letrinas! ¡Letrinas! - repitió.

Miré a Jim, luego al teniente. Sus expresiones eran tan perfectamente neutras que debían ser forzadas.

- No hay letrinas, no hay árboles. Esos hombres tienen que alejarse kilómetros para cagar. Pero ahora lo hacen aquí al lado. Miren ahí fuera. El viento nos trae nuestra propia mierda. Comemos junto a nuestra propia mierda.

Junto al plato había una carpeta de cuero. La abrió de un manotazo, sacó una pluma del bolsillo, escribió algo, firmó al extremo del papel. Levantó la cabeza, examinándonos. Luego miró el papel. Pareció dudar, con la solapa entre los dedos. Movié otra vez la lengua dentro de la boca, abultando los carrillos. Luego la cerró de un golpe y la alargó hacia el teniente. El teniente pareció sorprendido. Agarró la carpeta con una lentitud cercana a la renuencia, pero cuando la tuvo en la mano su rostro cambió. Tensado como un muelle. Salió con la carpeta bajo el brazo, taconeando.

El comandante se volvió hacia el soldado, murmurándole algo al oído, deslizando una mano bajo la servilleta para tocar su antebrazo. El soldado fue hasta la entrada y bajó la lona que servía de puerta, quedándose al otro lado. Fuera cesó el rumor de actividad. Permanecimos quietos, en la penumbra, con el único sonido de la cinta, moviéndose en el interior de la grabadora. El comandante tenía ambas manos sobre la mesa, rígido, expectante, observando fijamente la lona que acababa de bajarse.

- En el ejército las puertas nunca se cierran.

Por primera vez su rostro no estaba tirante. Parecía arrugarse alrededor de los labios, de los ojos.

- ¿Sabes lo que acabo de ordenar?

Fuera resonaron gritos, órdenes.

- Es como escupir contra el viento.

Sonó un disparo. El rostro del comandante se arrugó un poco más. Saltó del asiento, extendiendo un brazo hacia la grabadora. Jim dio un respingo, alejándose de la mano que avanzaba. El comandante palmoteó el aparato, pulsando botones hasta que la cinta se detuvo. Por primera vez miró a Jim directamente a los ojos, inclinándose hacia delante, apoyado en los puños cerrados.

- Soy un militar. Cumplo con mi deber. No tengo que creer en ello. Sólo cumplirlo. Esas vidas de ahí fuera dependen de mí.

Fuera tronó una salva de fusilamiento.

Compré golosinas con aquel billete que me dio mi padre por pegarle a un gentil y las repartí entre los que habíamos participado en la pelea. Nos sentamos a comerlas a la entrada del portal. Ninguno hablaba. Tragábamos una tras otra, mirando hacia el barrio de los gentiles. Creía que aparecerían en cualquier momento con el gordo al frente, dispuestos a vengarse. Era miedo y no lo era. De algún modo, bajo el temor, lo deseaba. Pero si no llegaban tampoco importaba. Había hecho algo malo, y algo malo me pasaría. Esa lógica. Las golosinas iban deshaciéndose, pegajosas en el calor del puño.

Pero tenía el gusto del regaliz en la boca, y el tiempo pasaba. Comencé a tranquilizarme, a saborear. Si vuelven esos cabrones capaperros les daremos otra paliza, dijo alguien, y los demás empezaron a reír, sí, otra paliza. William me pasó el brazo por los hombros, un aliento dulce de chicle, tan orgullosos y unidos como nunca lo habíamos estado, y me habría sentido bien, pero aquella desazón seguía dentro, no porque fuera a pasar algo; seguía dentro porque no había pasado.

- ¿Viste sus caras después de aquello, viste rabia? - dijo Jim.

Miré mis manos. Entrelazadas sobre las piernas, cerradas, sudorosas, como apretando algo.

Eran las primeras palabras que Jim pronunciaba desde que salimos del campamento. Hasta entonces había conducido en silencio, tomando un camino nuevo, también sin asfaltar, pero más amplio, mejor cuidado. A nuestro alrededor el paisaje tenía una languidez neblinosa. Las hojas colgaban, goteantes, condensando una exudación de vapor, y la hierba, rala, parecía pegada a la tierra. Esa humedad penetraba la ropa, impregnando la trama del tejido hasta la piel.

- ¿Viste cómo se reunían alrededor de la fosa, esa resignación? Eso es peor que el odio.

Abrió la guantera, sacó la grabadora. Antes de que volviera a cerrarla pude entrever, bajo un tomo de papeles, la culata de una pistola.

- ¿Llevas un arma en el coche?

Extrajo la cinta a manotazos y la arrojó por la ventanilla abierta.

- ¿Qué pretendes hacer con un arma, Jim? Eres periodista.

- Dónde crees que estás.

Al borde del camino, tras un recodo, apareció una agrupación de casas. Un humo blanquecino como el vaho de una respiración se elevaba de las chimeneas. La ropa tendida ondeaba pesadamente en las ventanas. Los tejados, grisáceos, tenían un brillo de llovizna. Una mujer gritaba a la entrada de una de las casas, oteando alrededor, como buscando a alguien. Tenía un cuchillo en la mano.

- Amontonados en la fosa mientras los demás miraban. El odio es más humano que esa resignación.

Recordé al comandante, los nudillos hincados en la madera mientras el eco de la salva

reverberaba, apagándose en la distancia.

- No es muy distinto de tu forma de mirar al viejo, Jim. Aquel viejo allí tirado, esperando que lo remataran mientras nos bebíamos una copa.

Giró la cabeza con furia, el coche pareció saltar como si hubiera pulsado el freno. Antes de llegar a las casas se abría otra rama del camino, más estrecha. Tomó aquel desvío con un volantazo.

- ¿Y tú? ¿cómo mirabas tú a aquella niña, qué hiciste por ella?

Mis manos se cerraron más, sentía las uñas en la carne, y alrededor los contornos adquirieron una especie de nitidez.

- Por qué crees ser mejor que yo, dime, Bram, contesta.

Las clavé más porque de repente el dolor era una necesidad y saciarla resultaba casi un alivio hasta que el dolor fue demasiado intenso.

- Eres un hijo de puta - dije - para aquí, ¡para el coche!

En ese momento vimos algo agazapado junto al camino, tras una mata de juncos. Jim redujo la velocidad, atemorizado. Era una niña. Tenía un conejo sobre las rodillas. Parecía asustada. La niña le hablaba, inclinada hacia sus orejas, acariciándole. Qué temía. De qué huía.

- También morirá - dijo Jim con una piedad distante, como si se hubiera referido al conejo.

Encogida, con aquella especie de presencia envolviéndola, flotando como la humedad en el aire que respirábamos, empapándola, polvo de magnesio, y oía otra vez esa voz en mi cabeza, entre ella y la muerte. Abrí las manos. Seguían húmedas y vacías.

Llegó un griterío desde la agrupación de casas y la niña salió corriendo, abrazando al conejo. Volví la cabeza. A la entrada de la aldea iba agrupándose una multitud.

- Qué pasa ahí - dijo Jim.

Detuvo el coche. Se retorció para coger la cámara del asiento trasero. Del grupo emergió una mujer joven. Los demás la seguían, chillando, moviendo los brazos. Avanzaban por el camino. La chica cayó al suelo. Se levantó. Siguió caminando sin una dirección clara, aproximándose al coche, seguida por la barahúnda. Tenía la cabeza rapada y la ropa colgaba en trizas. Estaba tan cerca que podía distinguir los cortes en su cuero cabelludo. Dije:

- ¿Qué van a hacerle?

- Cómo voy a saberlo.

Desde el grupo voló una piedra que chocó contra su cadera, pude oír el golpe sordo del impacto. La pierna pareció fallar, pero siguió andando, a trompicones.

- Debe de ser musulmana - dijo Jim, enfocándola.

Otra piedra golpeó su cabeza. La chica se desplomó. El grupo se detuvo. En silencio. Aguardando.

- Dios, dios, qué han hecho - susurró Jim.

- Vámonos de aquí - dije - arranca.

La chica comenzó a ponerse en pie. Lentamente. Sus piernas temblaban.

- ¡Van a matarla! - dije.

Podía ver su boca abierta, la sangre resbalando por la piel amarillenta de su cabeza por su cara hacia la boca abierta, ni un quejido, sólo esa boca con la profundidad de una herida. Sentí miedo, un miedo visceral, pero de repente ese miedo se transformó sin dejar de serlo. Cómo mirabas tú a aquella niña, qué hiciste por ella. Abrí la guantera, cogí la pistola, bajé del coche, qué coño vas a hacer, dijo Jim, agarrándome por un brazo, qué coño vas a, tenía la pistola en la mano y avanzaba hacia la chica y mis manos temblaban.

La mujer del cuchillo, la que oteaba en la entrada de la casa, se adelantó al grupo y la agarró por una oreja, tiraba de aquella oreja y ella seguía empujando hacia delante con una torpeza de bestia aturdida. Rebanó la oreja de un tajo. La chica no gritó. Ni un sonido. El grupo se había retrasado, mirándome, sin temor, con una especie de estupor, como si acabara de surgir. La mujer tiró la oreja a un lado y levantó el cuchillo otra vez. Disparé. Casi me sorprendió el estampido del disparo. Aquél sonido pareció sacudirles. Corre, corre, oí chillar a Jim. La mujer del cuchillo había caído, de espaldas, en el barro. Corrí hacia la chica, la agarré por un brazo, arrastrándola hacia el coche, tenía los ojos en blanco, a punto de desvanecerse, Jim tenía la puerta abierta, la empujé dentro. Subí. Arrancó.

Enfoqué el retrovisor. Atrás, apiñados, quietos, miraban el cadáver, al coche, paralizados, como si hubiera algo en aquella escena que fueran incapaces de comprender. Tenía la pistola en la mano, sobre las rodillas, la culata de madera parecía amoldarse a los dedos cerrados y el peso del metal había adquirido tras el disparo una tibieza de animal dormido.

- ¡Métela en la guantera! - gritó Jim - ¡guárdala! la has matado, has matado a esa mujer.

- No. No lo he hecho.

- Sí, sí lo has hecho, acabas de hacerlo, la has matado, has matado a esa mujer.

La chica parecía desmayada, pero emitía una especie de ronquido continuado. Había un agujero sangriento en el lugar que había ocupado la oreja y la sangre resbalaba por la mejilla hacia la boca entreabierta.

- He disparado, ¿qué podía hacer? ¿sacar una foto? ¿eso quieres? ¡Ahí tienes tu foto, hazla!

Jim volvió la vista hacia la chica. Su cara se contrajo.

- Hay que llevarla a un hospital.

Botábamos sobre los baches, conducía a toda velocidad.

- ¡Quieres guardar de una puta vez la pistola!

Había mucha sangre en la tapicería, su cabeza estaba roja y la sangre goteaba desde el borde del sillón hacia el suelo.

- Va a desangrarse - dije.

- No, no va a desangrarse, llegaremos a tiempo.

Abrí la guantera. Dejé dentro el arma. He matado, pensé sin creerlo, sabiendo que era verdad pero sin creerlo, como si juzgara el acto de otro. Y sin embargo aquél acto había aplacado algo en mi interior, parecía dotado de una vaga capacidad de consuelo, y el miedo había desaparecido.

- Podríamos hacerle un torniquete - dije.

- ¡Dónde! ¡Dónde, idiota! ¿En el cuello?

Uno de sus brazos comenzó a golpear rítmicamente el asiento delantero y se arqueó, una postura extraña, sus músculos parecían vibrar bajo la piel. Salté al asiento trasero, la agarré por los hombros, sacudiéndola, tenía un tacto de piedra y de repente se ablandó, qué pasa, Bram, qué le pasa, resbalaba hacia el suelo, tuve que izar aquél enorme peso lánguido. Pegué el oído a su nariz, a su boca, qué pasa, Bram, contesta. Dije:

- Creo que está muerta.

Frenó. Bajó del coche. Abrió la portezuela trasera, me empujó a un lado, se la quedó mirando, con aquella expresión rígida. Luego se apeó. Un portazo. Muerta, pensé, y acudieron a mi cabeza esas pilas de cadáveres, el pellejo grisáceo pegado a la osamenta, tan magullada, tan deforme que no parecía que hubiera sido un ser humano, reconstruir su belleza, su aspecto, muerta y no sólo muerta. Esa carencia contenía algo aterrador y no sé por qué deseé tener otra vez la pistola en la mano. La conciencia de haber disparado por ella, de haber matado por ella era lo único que paliaba ese terror.

Su boca abierta.

Bajé del coche. Jim miraba al frente. Frotándose las manos, echando sobre ellas el aliento, zapateando, usando el frío o fingiéndolo para moverse, para hacer algo.

Tanta sangre.

Jim abrió la portezuela de atrás, la agarró por un brazo y tiró del cuerpo con rabia, resoplando, la cabeza golpeó el borde de metal y luego el suelo.

- Se acabó - dijo - venga, vámonos.

- ¿Vas a dejarla ahí?

Un trozo de carne, un montón de harapos y carne. Entonces, de qué había servido.

- Vámonos de una vez.

- Hay que enterrarla.

- ¡Tenemos que irnos de aquí, ya!

Abrí el maletero. Había algunas latas abolladas que olían a gasolina, una caja de herramientas sucia, trapos, bolsas de plástico.

- ¿Llevas una pala, algo?

Me apartó suavemente. Cerró el maletero.

- Da igual, Bram. Ya da igual.

Volví a abrirlo.

- No, no da igual.

Me agarró por el brazo.

- No llevo nada que pueda servir.

Fui hasta el cuerpo, me agaché para recogerlo. Todavía conservaba un hálito de tibieza, podía sentirlo, como un residuo de humanidad, pero esa cabeza calva, resbalando de un lado a otro, monstruosa. Recordé a la mujer que acababa de matar y por un momento me pareció que podrían ser la misma persona. Volví a dejarla en el suelo. Consideré si realmente daría igual, dejarla allí y marcharse, pero entonces aquel disparo no habría servido. Y esa tibieza, disipándose.

He matado a una mujer, pensé. Y aquella mujer y la chica fueron la misma cosa.

La agarré de una pierna y tiré de ella, tratando de sacarla del camino, arrastrándola hacia la maleza.

- Ayúdame, vamos a dejarla a un lado, por lo menos apartada, escondida.

- Mira.

Jim señalaba hacia el camino, a nuestra espalda. Detrás de nosotros había una furgoneta vieja. Detenida. Distinguí dos formas dentro. Observándonos. Mantenían el motor en marcha. Un ronquido entrecortado. El chasis vibraba.

- Vámonos de aquí. Ahora, Bram.

Solté la pierna. Ese bulto. Pero entonces aquella mujer y la chica habrían seguido siendo lo mismo. Entonces, para qué. Entonces, qué había hecho.

- Espera.

- ¡Vámonos! ¡Ya!

Jim subió al coche, arrancó.

- ¡No puedo dejarla aquí, lo entiendes! ¡No puedo!

Comenzó a rodar, a toda velocidad, el maletero del coche se abrió y una de las latas cayó, botando y rebotando.

La furgoneta comenzó a avanzar. Lentamente. Dentro había dos muchachos. El copiloto tenía una escopeta de caza, el cañón asomaba bajo su barbilla. La furgoneta se detuvo. El coche de Jim también se detuvo, allí delante, junto a una curva. Aguardando. El chico de la escopeta se apeó. Pelirrojo, una pelambrera revuelta y grasienta. Llevaba un peto con manchas de estiércol. La escopeta parecía muy grande entre sus manos. Se quedó allí, mirándome, un poco asustado. Luego bajó el conductor. Era un par de años mayor que el otro, con un bozo sedoso y oscuro que nunca había sido afeitado. Le dijo algo al de la escopeta y comenzaron a avanzar, cada uno por un lado del camino. El modo de andar del pelirrojo era forzado, vacilante, como si no supiera cómo enfrentarse a esa distancia que nos separaba. El otro lo hacía de un modo impaciente y desgarbado, a grandes zancadas. El pelirrojo tropezó en un charco. Dio un par de pasos torpes, sin valor, enfangándose más, y luego se detuvo. Apoyó la culata en el estómago y levantó el cañón, el arma temblaba como si fuera a dejarla

caer en cualquier momento. El mayor chilló algo y el más joven bajó la escopeta. Cuando la hubo bajado abrió la chaqueta y sacó aquel cuchillo de cocina del cinturón. En ese momento, su expresión cambió.

Eché a correr. El coche de Jim seguía parado junto a la curva, una distancia que de repente parecía enorme. También ellos corrían tras de mí. Oía el chapoteo de sus botas y veía esa oreja en la mano de la mujer, mirar pero no tocar, no tocar había dicho Jim, quieto allí delante, con el maletero abierto, le bastaba avanzar un poco para dejarnos atrás, a ella, a mí, a lo que iba a pasar, perdernos de vista y al asomarse al retrovisor sólo vería el camino. El chapoteo sonaba cada vez más próximo y sentía una presión en los pulmones, jadeaba tratando de hincharlos como si tuviera un peso sobre el pecho mientras la distancia parecía no menguar.

El coche dio marcha atrás. Pasó por encima de la lata, bamboleándose, crujiendo, frenó. Salté al interior del maletero. Los chicos seguían corriendo detrás de nosotros. Ni siquiera trataron de usar la escopeta. Sólo corrían, aunque nos alejábamos más y más. Doblamos la curva. Por un momento pareció que ahí acababa. La chica, la furgoneta. Que volvería a ser igual que cuando salimos del hotel. Sólo el camino. El viento en las hojas de los árboles, meciendo las copas, las nubes reflejándose en la turbiedad de los charcos.

Pero aparecieron. Corriendo. Las bocas apretadas. Corrían de tal modo que comprendí que nunca dejarían de hacerlo.

Los cristales se empañaban. Pasé la mano pero no conseguí ver más que antes. Tengo que apagar el motor, dijo Jim, estamos consumiendo gasolina. Subió el cuello de la chaqueta.

Abrí la guantera. Miré el arma. Una tentación. Jim se inclinó hacia delante, vislumbrando el tramo donde el camino confluía con la carretera asfaltada.

- Pasaré alguien - dijo - un jeep, una columna. Cualquiera.

- ¿Y si los que aparecen son del mismo bando que esos chicos?

- Esos chicos todavía no tienen bando.

Al atardecer la furgoneta había aparecido en mitad del camino. Delante de nosotros, sobre una colina. Cerrándonos el paso. Esas dos formas en su interior. Aguardando. También yo había estado esperándolos. Casi un alivio, tenerlos a la vista. Jim pareció sorprenderse. Algo más que sorpresa; miedo. Me pregunté cómo habría reaccionado si les hubiera visto correr. Sus caras. Si habría doblado la curva de saberlo. Pero la puerta del maletero estaba levantada, y qué llegó a distinguir por el retrovisor.

En aquel momento, cuando la furgoneta apareció allí delante, cortándonos el paso, Jim había dado media vuelta y pisado a fondo el acelerador. Sólo son dos niños, dijo. Pero cuando hubo anochecido se negó a encender los faros. Podrían vernos, dijo. Habíamos seguido rodando hasta que la oscuridad nos engulló. Acabábamos de detenernos junto a esa carretera asfaltada. Creo que ni siquiera él sabía dónde estábamos. Pasó la palma por el vaho, tratando de otear. Algo crujió fuera.

- ¿Has oído eso? - dije.

- Estamos en el campo, el campo está lleno de ruidos. Joder, esos chicos podrían estar junto a tu puerta y no distinguiríamos un sonido de otro.

Una sensación de inminencia. Cogí la pistola. Eso atenuó el miedo. Bajé del coche, oteando alrededor. Había un leve aroma ácido y dulce, a hierba mojada y hojas descompuestas. El crujido se repitió, más lejos. Apreté el arma.

Hacía frío. Un viento helado y húmedo que embotaba los dedos sobre el metal. Los moví. No me parecieron míos, sino otra pieza del resorte. Igual que con la mujer. Era lo mismo. En alguna parte hubo un chapoteo como el que produciría una rana. Menudo, familiar, casi infantil. Aflojé la presión. Miré mis manos. Miré la pistola, extraña en mi mano. Pensé que no debía, que no podría disparar otra vez. Que si la cara de aquel chico apareciera allí delante no podría disparar. Eso era lo que pensaba. Lo que sentía era distinto. Sentía que podría hacerlo. Que podría destrozar cualquier cosa antes que acabar como esa chica.

Jim bajó del coche. Cerró la portezuela muy despacio. Metió las manos en los bolsillos. Miró alrededor, girando la cabeza a un lado y otro.

- Yo lo hice - dije - puedes estar tranquilo, no te buscan a ti.

- ¿Y hay diferencia, ahora hay diferencia? ¿A quién mataste? mataste a su madre, qué crees que harías si mataran a tu madre.

- Tuve que hacerlo.
- También tienen que hacerlo ellos.
- Qué había hecho esa chica para merecer lo que le hicieron. Quién puede merecer algo así. Qué sabían de ella.
- Qué creían saber. A veces con eso es suficiente, creer.

Recordé aquellas caras. Cada una de ellas. Supuse que serían rostros difusos pero el pánico los había grabado y allí permanecían, cada uno de ellos, hombres, mujeres, ancianos, con la nitidez de una fotografía. Y esos chicos no estaban. No asistieron al apedreamiento, a las cuchilladas. Sólo encontraron el cadáver. Sabían lo que les habían contado. En realidad, qué sabía yo, también. Qué sabía de esa chica rapada. De la mujer del cuchillo. De esa guerra. De mi abuela. De esos chicos, incluso. El modo en que andaba el más joven, dudando de cómo enfrentarse, tropezando en el fango. Y ese cadáver, abandonado en el camino; carroña. De qué había servido. La seguridad de poder destruir se disipó, y con ella el coraje. Quedaba una especie de parálisis. Guardé el arma en el bolsillo de la chaqueta. Había agarrado la culata con tanta fuerza que me dolían las articulaciones. Una profesora me curó los nudillos despellejados. Había golpeado a algo o a alguien, no lo recuerdo. Me llevó de la mano a la enfermería. Pasaba un algodón, suavemente, sus dedos aleteando bajo los míos. Pegar duele, dijo. ¿Sabes por qué? Tenía los labios rojos y al hablar se movían, abriéndose a la calidez del aliento. Duele porque las manos no están hechas para pegar.

Me apoyé junto al coche. Agucé el oído. Ese crujido estaba por todas partes. Fuerte, débil, lejos, cerca. Traté de soportar el miedo. Convencerme de que bastaba mantener el dedo separado del gatillo para cortar esa vinculación con la posibilidad de la violencia, con la proximidad de la muerte, una idea tan lógica como ingenua.

En ese momento aparecieron dos focos, suspendidos en la negrura. Jim dio un respingo, fue hasta el coche, recogió la cámara del asiento trasero, encaró el teleobjetivo. Parece una hilera de camiones, dijo. Encendió los faros, volvió a apagarlos. Los focos se detuvieron. Jim volvió a emitir la misma señal, una, dos veces. Pasado un instante siguieron avanzando. Lentamente. Jim sonreía, aliviado. De repente pareció recordar algo, metió la mano en el bolsillo de mi chaqueta. Dame eso, dijo, sacando la pistola. Se arrodilló junto al asiento para ocultarla.

- ¿Habías usado uno antes? - dijo.
- No.
- ¿Volverías a hacerlo?

Estaba acucillado junto al asiento, aguardando, una expresión astuta, como si ya conociera la respuesta y pretendiera enfrentarme con ella.

- Diste marcha atrás. Podrías haber tomado aquella curva pero diste marcha atrás. ¿Volverías a hacerlo?
- En realidad no se siente nada, ¿verdad? Una vaga sensación de poder, una vaga sensación de vacío. Cuando no conoces a quien disparas no se siente lo que se querría sentir. Por eso resulta tan fácil. Tan fácil que asusta. Tienes que decirte a ti mismo, era un ser humano, alguien como yo, persuadirte de eso. Hay que fabricar el remordimiento.

- Y qué debería sentir.

Se levantó con un crujido de rodillas, apoyándose en la puerta. Avanzó un par de pasos hacia la oscuridad, zapateando, sacudiendo las manos.

- Hay una línea, Bram, clara como un semáforo en rojo, y aquí puedes no atravesarla. Puedes dejar que lo que pase pase al otro lado.

- ¿Eso crees? Entonces, ¿Dónde sí tienes que atravesarla?

- Esa es la última barrera. Antes hay muchas más. Para llegar aquí hay que saltarse muchos semáforos en ámbar.

- ¿Y si esa chica hubiera sido tu madre?

- Eso es lo que le cuentan cada día a los soldados.

Las luces se aproximaban. Tras los faros distinguí una hilera de luces más tenues, de posición.

- Dios no quiere que te comas a los otros peces, Bram. Es lo único que pide.

- Y por qué sucede.

Sonrió. Me dio unos golpecitos paternales en la espalda.

- Mi abuela, esa a la que nunca voy a visitar, solía decirme, algún día preferirás las chicas a los caramelos. Siempre que venía a visitarnos traía caramelos de piña, se derretían en la boca y al morderlos soltaban un jugo delicioso, y siempre, siempre, repetía, aprovéchate, algún día preferirás las chicas a los caramelos y tu vida será más complicada. No podía creerla. Ni siquiera podía entenderla. Hasta que de repente sucedió. Da igual lo que te cuenten. Eres tú el que tiene que llegar.

Oíamos los motores, aproximándose. Jim se cruzó de brazos, satisfecho.

- Si pudiera elegir creo que volvería a los caramelos de piña. Pero ahí está el problema. No se puede volver atrás.

De repente se produjo un ruido de grava. Algo rodaba muy cerca, en la carretera, por delante del convoy, junto a nosotros. En ese momento nos cegó la luz. Había un jeep allí delante y de él bajaban hombres armados. ¡Periodistas, somos periodistas! gritaba Jim, señalando las letras pintadas en la chapa, enarbolando la cámara. Levanté las manos. Nos rodearon, eran tres, cuatro hombres, uno de ellos llevaba la cara pintada, me empujó de espaldas contra el coche, tenía una mirada mortecina, empezó a cachearme, manotazos que dolían. Un individuo menudo, con unas gafas redondas que reflejaban los focos, apartó al hombre de la cara pintada. No llevaba uniforme ni fusil, sólo una cartuchera. Tenía un vago aspecto de profesor o funcionario. Me examinó por encima de las gafas, inclinando un poco la cabeza. Luego las encajó sobre la nariz, empujándolas con un dedo. En ese momento aparecieron los dos chicos. Allí delante, a la luz de los faros, tras la espalda del profesor, un poco encogidos, el mayor portaba la escopeta, un aspecto extrañamente desvalido. El chico encaró el arma, un movimiento flaqueante y veloz, sonó el estampido del escopetazo, hubo un chirrido de cristales y casi inmediatamente un disparo de fusil. El chico mayor cayó al suelo y el pelirrojo permaneció quieto, rígido, con ese peto sucio, el cuchillo en la mano, parpadeando aturdido bajo el fulgor amarillento, deslumbrado como una presa. El profesor había llevado la mano a la cartuchera y también le observaba,

quieto, expectante, sin desenfundar el arma. El soldado de la cara pintada apuntó en su dirección y agarré el cañón del fusil, obligándole a bajarlo, me miró como si estuviera loco. El chico echó a correr. El soldado sacudió el cañón, las estrías de la bocacha dolían en la palma pero seguí reteniéndolo.

- Deja que se vaya - dije.

Empujó la culata contra mi estómago, sin vigor, lo suficiente para que me doblara en dos. Permaneció allí, mirándome desde arriba, con asombro. El profesor lo apartó suavemente, con la punta de los dedos, casi como si temiera distraerle de su objetivo. El soldado se apartó sin dejar de observarme. Un estupor extraño, de alguna manera lúcido. Como el de esos rostros cuando aparecí para detenerlos, en mitad del camino.

El convoy lo formaban dos camiones militares, unas cuantas furgonetas destartadas y tres carros tirados por mulas que marchaban en retaguardia. Fueron desfilando, cargados de muebles, ancianos, mujeres, gallinas, electrodomésticos. Niños que nos contemplaban sin interés.

- Han ido uniéndose a nosotros - nos explicó el profesor en un inglés perfecto - huyendo. Ahora tratamos de llegar hasta la posición del Capitán. Ustedes irán detrás del último carronato.

Se distanció un poco, observando las caras blancas que se asomaban desde la caja del carro. Pareció encogerse bajo aquellos ojos de lechuza.

- Queremos llegar a la ciudad - dijo Jim.

- Circularán detrás del último carro. Puede que su presencia evite que maten a esa gente si tenemos que dejarles atrás.

Los soldados trasladaban el cadáver del chico hacia alguna parte, hacia la oscuridad, desmañadamente, cargándolo como si se tratara de una pieza de ternera, las piernas colgaban. Sentía que el peso de ese cadáver me pertenecía, más allá de la lógica, tanto como me pertenecía el de la mujer a la que había disparado, y ningún razonamiento aliviaba esa sensación.

- Esos chicos eran auténticos asesinos - dijo Jim, interponiendo su corpulencia ante el profesor - salvamos a una chica, la estaban lapidando, y esos chicos nos perseguían desde entonces. Él la salvó. Es un ciudadano americano, profesor de historia. Ahora sólo queremos llegar cuanto antes a la ciudad.

- Tendrán protección.

- Retrasaríamos su marcha, ya tienen bastante con poner a salvo a toda esa gente.

El de la cara pintada estaba apoyado en el jeep, fumando. Parecía atento a la conversación. El profesor le señaló con un cabeceo.

- Carl irá con ustedes. Él los protegerá.
- No necesitamos protección, necesitamos llegar a la ciudad.
- Llegarán.

El profesor me tomó por el codo, apartándome. Se inclinó para examinarme por encima de las gafas.

- ¿Es usted profesor de historia?
- Lo era.
- ¿Es verdad eso? ¿Salvó a esa chica?
- Lo intentamos. Murió poco después.

El profesor miró al hombre de la cara pintada, de arriba abajo, ensimismado. Dijo:

- Alguien que come gente.
- ¿Qué?

Posó una palma sobre mi hombro, confortadora, el tacto firme de quien guía a un ciego. Dijo:

- Los suyos son en verdad pies delicados, pues no los acerca al suelo, sino que sobre cabezas de hombre camina.

Aquella frase, hecha ya y pulida como el lomo de una piedra gastada, pero recitada con un énfasis brillante, de hallazgo o advertencia, equivalía a un punto de luz en la oscuridad. Sobre cabezas de hombres, algo oído, leído en alguna parte, una clave, sobre cabezas camina.

- Manténgase cerca de Carl y vivirá - dijo el profesor a modo de conclusión, separándose, caminando hacia el jeep, encorvado.

Alguien que come gente. Sentí una punzada de miedo antiguo, cándido bajo la incredulidad, a lo que hay dentro del armario, bajo la cama, esa clase de temor exagerado, irreal.

- ¡En marcha! - gritó el profesor irguiéndose con una energía inesperada, como si se hubiera descargado de un peso.

“Respeto a los negros, en serio, los respeto - decía Carl - a esos zulúes que tienen tradiciones, el honor y la sabana en la punta de una lanza, crecí entre ellos.”

No sé qué había esperado. Alguien en cierto modo diferente. Algo a lo que temer. Un monstruo. Quizá por eso me parecía mediocre. Y esa misma mediocridad resultaba inquietante.

- Siempre los he respetado. Caníbales, bien, hay algo cierto en eso, algo honesto. Pero los otros, los que vienen a mendigar y se ponen camisas y pantalones y quieren ser blancos, tener los mismos derechos, es de locos.

Tumbado en el asiento de atrás, con la cabeza apoyada en la mochila y el fusil sobre el pecho, parloteaba relajadamente, como si disfrutara un día de campo. Probablemente eso era, bajo el sol, en otro lugar, serviría esa palabra, pero no era campo lo que sentía moviéndose a ambos lados de la carretera, crujiendo con chasquidos repentinos.

- Acaban de llegar y quieren tenerlo todo, nos echarían de nuestras casas, violarían a nuestras mujeres. Por dios, por lo más sagrado, es como uno de esos perros con abrigo, como un mono con pantalones fumando un puro.

Circulábamos tras las ruedas del último carro, en la penumbra que proyectaban las luces de posición. El motor bramaba, ahogándose. Dentro de la cabina apestaba a gasolina. El viento que entraba a borbotones por el cristal roto apenas conseguía disiparla. A veces Jim dejaba un espacio más amplio para pisar el acelerador y quemarla.

- Sudáfrica era un país maravilloso, un paraíso, y ahora cualquier negro puede entrar en cualquier parte y asaltarte por la calle y andar por ahí follándose a nuestras rubias. No querían mancharse las manos, querían seguir viviendo como amos, pero con las manos limpias. Como si fuera posible. Alguien tiene que comerse la mierda para que las cosas sigan rodando. Siempre alguien tiene que comerse la mierda.

Igual a cualquier otro. Parecía alegrarle disponer de oídos. Sacó una petaca del bolsillo, pulida, brillante. Tenía su nombre grabado en letras góticas.

- A los ingleses parece que les importaran mucho nuestros negros, pero ¿sabéis quién inventó los campos de concentración?

Sin todo aquello, el arma, el uniforme, esas rayas de indio de circo, podía imaginarlo sentado tras un escritorio; corriendo con los demás bajo la lluvia, en busca de un techado, de ese modo casi asustado, contagiado por la premura de los otros; persiguiendo un autobús que se marcha, cinco minutos de retraso; murmurando una disculpa ante la autoridad mientras cuelga cuidadosamente el abrigo ligeramente húmedo para recogerlo, seco y estirado, al final de la jornada; charlando interminablemente junto a la máquina de café con esa camaradería excesiva, el tiempo, la bolsa, las marcas de calzado, una opinión para cada tema, capaz de defenderla como una posesión, como la única posesión, hasta el final; cediendo el paso, concediendo buenas tardes en las escaleras, en el ascensor, ese tipo de cortesía como la sonrisa de un camarero. Un hombre que iría a partidos de fútbol para saber que puede chillar y oírse cuando los demás chillaran. Capaz de matar cuando los demás mataran. Esa normalidad.

- Fuisteis vosotros, los ingleses, quienes inventasteis los campos de concentración, qué me decís a eso. Para los bóers. Los muy cabrones. Y no es que me importe, soy inglés y sudafricano, pura sangre, caballo ganador por partida doble.

Recordé cómo portaban al chico, esas piernas meciéndose, carne. Dije:

- ¿A cuántos negros asesinaste, Carl?

Jim me miró, luego fijó los ojos en el retrovisor, amedrentado, casi como si temiera que Carl fuera a saltar sobre nosotros para degollarnos.

-¿Asesinato? Estamos hablando de millones de negros, millones de esos perros descontrolados. Si ellos hubieran inventado las armas de fuego antes que nosotros cuál sería la historia, eh, dime. Vamos, imagínatelo, millones de esos negros cayendo sobre Europa, comiéndosela como un pastel. Matar o morir. La vida es eso, matar, morir, aquí, allá, vayas donde vayas, sobre la puta redondez de la tierra. Americano, ¿Eh? A vosotros también os importan mucho nuestros negros, pero qué hacéis con los vuestros. Lo mismo. Otra forma de hacer lo mismo. Más fina, más retorcida, pero lo mismo.

- No les torturan - dije.

- Por qué no dejamos el tema, Bram.

- Hay muchas formas de torturar, de mantener abajo. A quién se ve en la televisión, en vuestros congresos, tipos blancos, sajones impecables con limpios apellidos sajones. Pero eso es problema vuestro. El mismo problema, millones de esos monos salvajes, una única solución.

Profesor de historia, murmuró. De repente pareció descubrir algo en el asiento. Se alzó sobre los codos, alarmado.

- Mierda, esto está lleno de sangre. Sois periodistas y tenéis el coche lleno de sangre.

- Es de esa pobre chica - dijo Jim.

- Así que salvaste a una chica, ¿Eh, Bram? Así es como te llamas, ¿No? Bram. El gran hombre. Es un buen cuento. Algún día tendrás que contarme la verdad. Lo digo en serio. Él es un fotógrafo gordo y cagón, pero tú eres distinto. Qué haces tú con él.

- Y tú qué, qué haces tú aquí - dije - pagan mejor los del otro lado.

- Lo sé. He estado en el otro lado.

- Y por qué te pasaste.

Jim me golpeó con el puño cerrado en el muslo, vigilando atentamente el retrovisor. Carl bebió, se limpió con la manga, enroscó la tapa vigorosamente, como si fuera el preámbulo de otro acto ya decidido, inminente.

- Sabes qué, Bram. No me caes bien. El buen profesor con sus uñas limpias. Tanto misterio. Tanta generosidad. Ese modo de hablar, como si cuanto saliera por tu boca fuera importante.

Alzó el fusil, hizo saltar una bala de la recámara, un chasquido metálico capaz de sobresaltar.

- Una de éstas puede ser para ti. Dime, Bram, ¿La quieres?

Al amanecer abandonamos la carretera, adentrándonos por un sendero arbolado. Allí nos detuvimos. De los carros se apeó un tumulto de mujeres, hombres, niños, desplegando lonas de camuflaje con las que cubrieron los vehículos. Trabajaban con eficacia, como si hubieran realizado esa tarea muchas veces. El profesor dirigía la operación sin alzar la voz, casi como si se limitara a aconsejarles mientras los soldados, muy pocos, se desplegaban alrededor, ocupando los altozanos.

- Dejaremos el coche al descubierto - dijo Carl antes de apearse - cuanto más se vean esas letras pintadas, mejor.

Las mujeres llevaban faldas largas y pañuelos en la cabeza y los hombres tenían la piel terrosa y agrietada. La mayoría eran ancianos. Hablaban un idioma ininteligible, voces quedas, frases cortas, lo imprescindible.

A lo largo de la noche había dado alguna cabezada, sobresaltado por los repentinos acelerones del coche, pero Jim parecía extenuado.

- Ese cabrón mercenario no ha cerrado el ojo - dijo - cómo puedes conducir con un psicópata así a tu espalda.

- En cuanto lleguemos a la ciudad olvidaremos que existe.

- ¿A la ciudad? con esos carromatos no llegarán a ninguna parte. Y nosotros tampoco.

El profesor se acercó a mi ventanilla.

- Ahora descansaremos. Es demasiado peligroso circular de día. En cuanto oscurezca reanudaremos la marcha. Duerman tranquilos, habrá guardias.

- ¿A qué distancia está la posición del Capitán? - preguntó Jim.

- Cerca. Pero no sé cuánto tardaremos en llegar - contestó el profesor, alejándose, desprendiéndose de la cartuchera y colgándola al hombro con el alivio con que se desanuda una corbata.

Había un grupo de niños arremolinados alrededor de Carl, cargando con las ramas que él iba cortando con el machete para camuflar los vehículos. Risueños. Alguien a quien admirar. Un héroe. Para él también parecía un juego.

Jim abrió la guantera, sacó un pedazo de pan correoso de una bolsa de plástico, lo partió con las manos, me tendió la mitad. La muchedumbre iba replegándose hacia los carromatos. Jim bajó del coche, caminó un poco, estirándose, mordisqueando el pan, oteando alrededor. Luego subió a la parte de atrás y se tumbó.

- Hay un tipo ahí fuera vigilando - dijo - tendremos que quedarnos aquí nos guste o no.

Una niña se lavaba la cara en un charco, justo delante del coche. La ropa le venía muy

grande y las mangas le colgaban, empapándose. Tendría la edad de aquella otra niña. No sabía su nombre. En ese momento me di cuenta de que ni siquiera había tratado de averiguarlo. Tampoco el de la chica rapada. Cómo sonaría el nombre de la chica rapada. Y el de la mujer. Cómo había sonado en la boca de esa mujer el nombre de su hijo. Labios como brazos. Carne. Ahora eran sólo carne. Y antes, de algún modo, para mí, también lo habían sido. Si ignoraba su nombre entonces también lo habían sido. Dije:

- ¿Vamos a abandonarlos?

- Qué va. No permitirán que los abandonemos.

- Puede que el profesor tenga razón. Puede que no se atrevan a matarlos si vamos con ellos.

- Y puede que también nos maten a nosotros. Puede incluso que lo haga Carl.

Se abrochó el abrigo, hundió las manos en los bolsillos, cerró los ojos. Casi de inmediato comenzó a roncar. Metí la mano bajo el asiento, buscando la pistola.

Solíamos asustarlos, una habitación en las afueras, un par de porras, normalmente era suficiente. Pero recuerdo a uno de esos cabrones, era duro, tenía algo de zulú, un corazón zulú de león. Uno de esos a los que podrías acabar admirando si fuera blanco. Sudábamos, éramos cuatro sudando, dando y dando, salíamos con sangre hasta los codos, nos bebíamos unas cervezas y volvíamos. Era una masa roja, había que matarlo porque no iba a hablar, así que salimos a por una pistola. El negro estaba en el suelo, el sargento tenía la automática sobre su cabeza. El sargento empezó a hablar de rugby. Esa clase de conversación que se puede tener después del trabajo, moviendo la pistola de un lado a otro y hablando de rugby. Volvió a apuntar a la cabeza y el cabo dijo espera, voy a mearme en este cabrón.

Jim fingía no escucharle, concentrándose en la conducción de un modo demasiado obstinado para resultar sincero.

- Se meó, seguimos charlando, de rugby, de caza. Estuvimos un buen rato hablando y luego salimos y dejamos la puerta abierta. Yo me di cuenta de que estaba abierta. Sabíamos que estaba abierta.

Carl se apoyó sobre un codo, esperando, ¿Qué? No lo sé, puede que algún tipo de comentario. Desistió, tumbándose otra vez.

- El muy cabrón se escapó, qué os parece. No sé cómo, pero se escapó, a rastras o como fuera. No puedes fiarte de esos negros. Expedientaron al sargento.

Jim se había adaptado a circular tras los carros. La separación que guardaba era mayor y eso le permitía mantener una velocidad más o menos uniforme. Aún así parecía crispado. Antes de emprender la marcha, al caer la tarde, las mujeres habían encendido un fuego y cocinado un guiso en una olla enorme. Un poco de carne, arroz, trozos de pan, repollo. Una anciana con una larga melena blanca se había aproximado para ofrecernos un cuenco. Me pregunté cómo podían comer aquello. Un líquido pardusco que desprendía un olor grasiento. Al cogerlo sus manos rozaron las mías. Cuando la anciana ya nos había dado la espalda Jim dijo, no es tu abuela. Y sabes qué es lo más gracioso. Que si tu abuela estuviera viva te importaría un bledo. Ni siquiera estarías aquí.

Carl parecía decepcionado por la falta de atención. Comenzó a mirarme con insistencia. Una torva intriga.

- Abraham. Es un nombre judío.

- No necesariamente - se apresuró a contestar Jim.

- Los judíos - dijo Carl - ahí tienes un problema parecido al de los negros. Abraham. ¿No es el de la biblia, el que degolló a su propio hijo?

- Dios dijo a Abraham, sal de tu tierra, de tu parentela y de la casa de tu padre y vete al país que yo te indicaré. Así empieza su historia.

- Dios. ¿No creerás que eres una especie de enviado o cosa semejante?

- Mi abuela era judía. Acabó en un campo de exterminio. Supongo que era exactamente el mismo problema que el de los negros. Supongo que yo también soy

negro.

- ¿Crees ser negro? Eres un tipo raro, Abraham.

- Dios ordenó a Abraham que sacrificara a su hijo. Abraham amaba a Isaac, porque era su hijo y también porque no podía tener más, era demasiado viejo. En realidad da igual los hijos que tengas, nunca puedes tener el mismo. El propio Isaac fue un regalo divino, un milagro. Pero Abraham llevó a Isaac hasta una colina, lo ató, le colocó un cuchillo en la garganta.

Carl comenzó a reír.

- Es demencial, una de esas barbaridades que sólo se le pueden ocurrir a un judío.

- No a un judío cualquiera. Abraham fue el primer judío. Le dolía tener que hacerlo, le dolía mucho, pero no se sentía culpable. Porque la culpa era de dios. Él se lo había ordenado.

El viento entraba a borbotones por la ventanilla rota, crujiendo.

- ¿Lo degolló?

- Da igual, lo habría hecho. Y sin remordimiento. Un instante, un gesto y luego se habría marchado a hablar de sus ovejas. Quién era él para cuestionar la voluntad divina. Tenía fe. Creía ciegamente en algo superior a él, más allá de cualquier razonamiento, de cualquier sentimiento.

Carl enarcó las cejas.

- Y qué tiene que ver eso con nosotros, o con nada.

- Con nosotros no. Ni Jim ni yo no tenemos un fusil en la mano. Sólo tiene que ver contigo.

Sonrió.

- ¿Sólo conmigo? pero mira cómo tenéis la tapicería del coche. Estoy sentado sobre un buen chorro de sangre. ¿De verdad crees que sólo tiene que ver conmigo?

El coche se detuvo y eso me despertó. Todavía era noche cerrada. Tengo que echar gasolina, dijo Jim, retirando la llave de contacto. Sentí que Carl se removía en el asiento trasero. Que sea rápido, gruñó.

Café. Sentí un deseo de café tan intenso que dolía. La añoranza de un lugar cálido y amigable horadándome como un rencor. Y ese rencor convertía en absurdo lo que me rodeaba. El hombre de la cara pintada que bostezaba detrás, abriendo la boca como lo haría un perro; la ventanilla rota; el frío; ese penetrante hedor a gasolina. La suciedad que impregnaba aquella ropa retorcida que no había podido mudar en dos días. Jim abrió el maletero, comenzó a manipular las latas, chocaban unas contra otras.

Bajé. Carl también bajó. Voy a mear, dijo, alejándose. Jim seguía removiendo las latas. Cuando estuve a su lado me agarró por el brazo. Dijo:

- He visto luces.

Esperó que reaccionara de alguna manera. Apretó con más fuerza.

- Luces acercándose, en dirección a los carros, nos seguían. Carl estaba dormido. Tenemos que marcharnos.

Se asomó, tratando de localizarle en la negrura.

- Ya, ahora mismo, sube al coche, su fusil está en el coche, qué va a hacer, ¿Correr detrás de nosotros?

Era suficiente amenaza. Esas piernas, meciéndose como si acopiaran el último resto de vida para seguir avanzando con la impotente lentitud de una pesadilla. El pesado balanceo de esa carne.

- ¿Y qué va a pasar con los que van en los carros?

- ¡Conseguirás que nos maten!

Trataba de contener el tono de voz, aunque su cuello se dilataba y la saliva saltaba sobre mi cara, su aliento conservaba el olor ácido y graso del guiso.

- ¡Sube de una puta vez o te quedas con él!

Cerró el maletero con sigilo, dio la vuelta al coche. En ese momento pensaba en el café. Esa capa amarga y cálida que persiste en el fondo de la boca, licuándose sobre la lengua. Y una ducha, el agua deslizándose sobre la piel. Ese deseo era tan poderoso que también caminé hacia la portezuela. Recordé lo que había dicho Marvin, justo antes de abandonarme en la carretera. Ahí está la dignidad, Bram, no hay más dignidad que esa. A eso olía mi padre los sábados por la mañana, el sagrado sábado. A espuma de afeitarse, a café, a ducha, sentándose con el pelo todavía húmedo ante un plato de huevos con jamón mientras mi madre canturreaba en la cocina. Feliz. Lo más cercano a la felicidad que podía imaginar y pensaba, también yo haré lo mismo, cada sábado. Tenía el picaporte en la mano. Sentarme limpio ante un plato de huevos y una taza de café mientras alguien canturrea en la cocina. Ese tipo de paz que no se asoma a las ventanas. Entonces también yo podría decir, no toco las armas. Tan bajo, el precio. Tú nunca podrías entenderlo, me había dicho Marvin. Pero sí podía. Ahora sí podía.

Fue un acto de voluntad. Tan enorme como indefiniblemente ridículo. El esfuerzo con que un gigante de circo doblaría una barra de hierro.

- ¡Vamos, Carl! - grité - tenemos que irnos.

Jim miró el fusil, abandonado en el asiento trasero, sobre la mochila. Carl apareció a su espalda, abrochando los botones de la bragueta con una expresión contrariada. Jim seguía mirando el fusil.

- No lo intentes, Jim - dije - te lo advierto.

Había focos taladrando la oscuridad, moviéndose de un lado a otro, y un rumor de voces llegaba desde el halo de claridad que proyectaban. Cuando estuvimos lo suficientemente cerca para distinguir siluetas Carl susurró, para aquí un momento, para. Se colgó la mochila, empuñó el fusil. También él parecía nervioso, pero no asustado. Ese tipo de tensión como un músculo encogiéndose.

- Os tendré en el punto de mira - dijo.

Abrió la puerta y se escabulló hacia la oscuridad. La tensión de Jim era distinta. También la mía. Arrancó otra vez.

- Podríamos dar media vuelta ahora - dijo - podríamos dar la vuelta, antes de que nos descubran.

Era como llegar al final de algo. Esa clase de decisión sostenida por la armazón de una idea. Bastaba la fuerza racional del convencimiento para mantener su inercia. Uno de los carros estaba volcado y había esparcido su carga. Alrededor, cruzados en la carretera, había varios todoterrenos con grandes focos acoplados al techo. No eran vehículos militares. Se oían alaridos. Hubo uno, más agudo, elevándose sobre los otros, escalofriante, como el que emitiría un cerdo al ser degollado. De repente se apagó, y el silencio que dejó al extinguirse fue todavía más pavoroso. Jim frenó.

- Nos vamos - dijo - ¡Quieras o no quieras!

Tenía una expresión más que decidida. Desesperada. En ese momento cayó sobre nosotros uno de los focos. Hubo gritos, más tajantes, casi voces de alarma. Jim se colgó del cuello la identificación de prensa, parecía un escapulario y la apretaba como si tuviera la misma utilidad. También yo tenía miedo. Ya no se trataba de la abstracción redentora de una idea, sino de hechos. Estaba allí, y ningún razonamiento podía llevarme de vuelta. De alguna manera esa decisión se había agotado y lo que sucediera después no guardaba relación con la voluntad o el pensamiento, ni siquiera con el valor.

- Gira - le dije - ¡Gira!

- Tarde.

Dos hombres avanzaban hacia nosotros, uno por cada lado del vehículo. Portaban fusiles, pero no vestían uniforme. Se asomaron al interior. Barbados, con cananas cruzadas sobre el pecho, tenían un vago aspecto de cazadores. Jim mostró la identificación de prensa a través del cristal. Abrieron la puerta, nos sacaron del coche a rastras, había odio en la forma en que nos vapuleaban. Jim se sacudió, dijo algo en su idioma, apartándole, luego vino a apartar al mío, todavía gritando, esgrimiendo la identificación de prensa. En sus miradas había curiosidad, también repulsa; el modo en que uno observaría el corretear de una rata en un laberinto. Esa repulsión incomprensible era más perturbadora que los fusiles.

Uno de ellos tenía un pequeño hacha de cortar leña y el filo estaba manchado de sangre y pelo. Sus dedos empezaron a moverse sobre el mango mientras Jim seguía gritando en su idioma, alzando la identificación de prensa. Los dedos se cerraron con

fuerza sobre la madera y metí la mano en el bolsillo de la chaqueta, tanteando la culata de la pistola. En ese momento llegó un grito desde la zona iluminada por los focos. El teniente, aquel hombre engominado que nos había presentado ante el comandante, acudía corriendo, chillando, agitando los brazos. Aquella pobre gente estaba agrupada junto a los carros, cegados por los focos, dos de aquellos milicianos o lo que fueran los apuntaban. Habían tiroteado a las mulas y ahora estaban tendidas en la carretera, uncidas todavía a los carros. Desde alguna parte llegaban chillidos de mujeres. Más allá del círculo de luz creí ver un culo blancuzco que subía y bajaba.

Los cazadores se apartaron ante la llegada del teniente. Jim levantó las manos como si pretendiera abrazarle.

- Nos hemos perdido, sólo queremos dar la vuelta, marcharnos.

El teniente lo tomó por el brazo.

- Es muy peligroso, suban al coche, vamos, acompáñenme.

Jadeaba. Los dos hombres nos seguían y el teniente parecía atento a sus movimientos. El hombre del hacha dijo algo y el teniente le contestó en un tono imperioso, pero sin enfrentarlo.

- ¿Qué van a hacer con esa gente? - dije.

El otro hombre se aproximó hacia mí y el teniente se interpuso, agarrándome también por el brazo.

- Esa gente estará a salvo, se lo aseguro - dijo.

Y me dejé conducir.

Jim abrió la puerta, dobló el cuerpo para entrar. En ese momento el hombre del hacha se alzó desde atrás, elevándola sobre la cabeza de Jim, saqué la pistola y cuando el hacha descendía disparé hacia su cara, luego hacia el otro hombre, una, dos veces. El teniente quedó paralizado, mirándome, comenzó a retroceder de espaldas. Disparé contra él. Se dio la vuelta y echó a correr y disparé otra vez. Rodó por el suelo. Los milicianos que custodiaban a los refugiados levantaron los fusiles, encajándolos contra el hombro, apuntando. Resonaron disparos desde alguna parte, uno de ellos se desplomó, el otro parecía confuso. Giraba sobre sí mismo, encañonando la oscuridad, los disparos seguían resonando. De repente cayó como desmayado. El foco de uno de los todoterrenos se movió en dirección al punto del que partían los disparos y estalló. En ese momento los todoterrenos arrancaron, alejándose mientras las balas abrían agujeros en su chapa, golpes sordos.

Un hombre con un vago aspecto de deficiente mental apareció en el borde de la carretera. Tenía la boca abierta y una cara grande y cuadrada. Corrió hacia el fusil de uno de los caídos sin dejar de mirarme, había rabia, miedo, no no grité, pero lo agarró y cuando lo alzaba apreté el gatillo y su pecho reventó.

Oí el motor del coche a mi espalda. Jim huía marcha atrás a toda velocidad. Me observaba desde detrás del volante, aterrado. Giró, saliéndose de la carretera. Volvió a ella dando tumbos y aceleró, perdiéndose en la oscuridad.

Apareció en el borde de la carretera un hombre con los pantalones bajados. Corría hacia mí, levantándose y cayendo, gritando. Carl avanzaba a su espalda con el machete en la mano. Llevaba un visor nocturno que le confería un aspecto monstruoso,

de insecto gigante. Hincó el machete y el hombre se desplomó, su cara chocó contra el asfalto.

Carl le dio la vuelta con la punta de la bota. Se arrodilló junto al cuerpo. Sacudía los hombros, como si realizara algún tipo de esfuerzo. Enfundó el machete. Vino hacia mí. Un reguero de sangre resbalaba por su barbilla. Sacó la petaca, dio un trago.

- Te hace sentir vivo - dijo - vivo.

Miré alrededor. Tuve que tragar saliva, empujando hacia abajo el peso que ascendía del estómago. Me tendió la petaca. Di un trago. Sabía metálico, salado, sofocando la náusea, arrastrando el grosor de esa baba amarga; quemando la garganta.

Carl limpió el reguero de sangre de su barbilla con la manga, como si se tratara de licor. Canturreaba. En medio de esa matanza como en mitad de un escenario. Canturreando.

La niña de las mangas largas estaba acucillada junto a un hormiguero, hurgando con una ramita. La introducía en el agujero y la sacaba negra de hormigas prendidas. Tomó una, apretándola entre los dedos. Se la llevó a la boca. Masticó. Un sabor como a limón. La expresión del hombre del hacha, alzándose desde atrás; asco. De dónde salía ese asco.

Tomaba las hormigas una a una, escogiendo las más grandes, aplastándolas entre las yemas antes de dejarlas sobre la lengua. Supongo que era eso lo que deseaba sentir mi madre con un trozo de cerdo en la boca. Una vez los llevé a un restaurante francés. No entendían la carta. Pedí por ellos. Cuando casi habían acabado les dije, eso que coméis es cerdo.

Pero yo sé que las hormigas tienen un vago regusto a limón. También yo me he metido una hormiga en la boca. Puede que me haya llevado a la boca muchas otras porquerías. He visto a niños con mierdas de perro entre las manos. Y el asco no estaba. Dónde empieza, entonces. Cuándo.

¿Sabes manejar el fusil? había dicho Carl de repente.

Sacó un pañuelo, lo extendió sobre el suelo, comenzó a desmontar su fusil. Hay que mantenerlo limpio o se encasquillará. Piezas de metal desencajadas con un giro de muñeca, una sobre otra. Ahora dame el tuyo. También lo desmontó. El mecanismo interno lo componían pedazos de hierro de varios tamaños, dotados de extrañas ranuras y estrías. No parecían parte de un arma. Vaciada de esos resortes, la armazón externa del fusil tenía un aspecto inútil. La esforzada concentración con que trabajaban esos hombres sucios de grasa, entre chispas y escoria, redimidos por una abstracción de eficacia, ensimismados en la pulida honestidad de un palmo de metal; la precisa contabilidad de mi padre, encorvado en el círculo de luz que el flexo proyectaba sobre el papel, arrastrando de cuadrícula en cuadrícula cada centésima.

Volvió a montarlo. Cada pieza sobre otra con una sencillez sorprendente, desvelando la intención de cada curva y acanaladura. Apóyalo contra el hombro, así, el retroceso podría partírtelo si no está bien afirmado. Esta lengüeta es el seguro, en esta posición se libera, asegúrate de tener siempre una bala en la recámara; esta palanca es el cerrojo, así avanza, ahora hay una bala en la recámara; listo para disparar.

La única mujer superviviente estaba sentada en la corriente del arroyo y el agua arremolinaba los faldones empapados del vestido, amplio y floreado. Se frotaba con las palmas como si tratara de alisar la tela. Era joven, pero no lo parecía. Ella le había contado a Carl que antes de nuestra llegada metieron a los niños en los todoterrenos. A la niña de las mangas largas la dejaron fuera. Por alguna razón.

Habíamos abandonado los cadáveres junto a las mulas, entre los arbustos, esparcidos. Quedaba esa niña, la mujer y un anciano flaco con las manos deformadas por la artrosis.

La mujer llevó las manos bajo la falda, a la entrepierna. Comenzó a moverlas allí dentro, arriba y abajo, con furia, sus pezones resaltaban bajo la tela mojada. El flujo del agua arrastraba un hilacho de sangre, girando en la corriente. El dolor que representaba ese rastro, girando. El asco.

La manga del vestido resbaló, descubriendo la carne blanca y trémula del pecho y el borde de una aureola rosada. Cuando la mujer captó mi mirada se apresuró a subir la manga; una expresión turbadora, un poco enloquecida. Atemorizada.

- Sabes cómo la has mirado - dijo Carl. Estaba sentado junto al arroyo, con las rodillas abrazadas, se había descalzado y movía los pies dentro del agua, un aire burlón.

- Qué quieres decir.

- El gran héroe con sus uñas limpias.

- A qué te refieres.

Sonreía, satisfecho. Había algo en esa satisfacción que resultaba hiriente.

- Qué pretendes decir, Carl.

- Sabes, en esta guerra no hay putas. Creen que no las necesitan.

Sacudió la cabeza, riendo, como si fuera alguna especie de chiste que debiera conocer. El anciano de las manos artríticas me dirigió una mirada extrañamente compasiva. Había algo en la insistencia de esa mirada que la hacía dañina.

Habíamos recogido los fusiles, los cargadores, las cananas. Yo mismo cargaba con un fusil y el machete del teniente, un cuchillo curvo de hoja negra. Carl había despojado los cadáveres y me había entregado aquello. Llévelo, ordenó. El cuchillo de alguien a quien había disparado por la espalda. Puede que por parte de Carl hubiera una intención. Algo relacionado con el honor. No lo sé. No me importaba. Tenía que esforzarme para recordar con exactitud a cuántos hombres había matado. De algún modo esas muertes resultaban ligeras. Como si la acumulación y la necesidad las hubieran vaciado. Como si hubieran quedado reducidas al acto que había detenido en sus cuerpos, como si los cuerpos hubieran sido únicamente ese acto, el hacha levantada. Puede que con el teniente fuera distinto. Alguien que no era ese hacha levantada, que podía ser algo peor, pero que no era ese hacha. En este lado todo está perfectamente organizado, había dicho Jim, y era cierto. El teniente no había mentido. La limpieza étnica no era cosa del ejército. De eso se encargaba el departamento de prensa.

Habíamos ocupado las ruinas de lo que parecía una escuela, aunque también podía haber sido un cuartel, o una comisaría. Cuando Carl comprendió que no podríamos seguir andando nos metió allí dentro. Parte de la techumbre se había desplomado sobre el interior. Quedaban cuatro muros derruidos. Junto a los muros había un patio de cemento. Podía haber sido una cancha de fútbol o baloncesto, pero no había porterías ni canastas, sólo unas rayas pintadas. Círculos y líneas inútiles, extraños. Más allá del patio corría el arroyo.

La mujer se levantó, salió del agua, chorreando, aterida, tenía los dientes apretados y su mentón temblaba. Caminó hacia la edificación. El viejo la siguió como si una cuerda invisible lo unciera a la mujer y tirara de él, portando su fusil entre los dedos torcidos como si sostuviera un palo. Parecían atraídos por esos muros. La niña era distinta. Para la niña, Carl era el muro. Ni siquiera necesitaba permanecer a su lado. Le bastaba con tenerlo a la vista. Una parte de su atención siempre estaba sobre él, aunque pareciera absorta, como ahora, escogiendo hormigas, como un radar.

Creo que Carl desconfiaba de todos. Impredicibles, armados. Allí, sentado, vigilaba. Me pregunté por qué no nos había abandonado. Ni siquiera parecían esperar algo de

él. Les había dicho que caminaran, y habían caminado. Ahora les había dicho que pararan y habían parado, quizá porque era la única voz. El Capitán vendrá a buscarnos, dijo. Un convencimiento cercano a la fe. ¿Y si no nos encuentra?, pregunté. Nos encontrará, contestó.

Carl sacó una cantimplora metálica de la mochila, la rellenó en el arroyo. El sol se reflejaba, chispeando, tan deslumbrante que los ojos dolían, y al cerrarlos esa luminosidad persistía, bailando en la oscuridad como si todavía la sostuviera el fluir del agua. El recuerdo de la mirada compasiva del viejo seguía dañándome, también la sorna de Carl. Y la expresión atemorizada de la mujer. Y el pavor del teniente. Una indefinible sensación de suciedad. Me descalcé. Sumergí los pies en la corriente helada. Poco a poco fue remitiendo el dolor punzante del frío y lo substituyó un embotamiento. Moví los dedos. No me parecieron míos.

- Estuviste bien, Bram. Creí que echarías a correr como un espantapájaros. Hay que tener un cable de acero de los cojones al cerebro.

Aquellas palabras llenaban dentro de mí algo que había permanecido hueco. Orgullosa. Si vuelven esos cabrones capaperros les daremos otra paliza; no era diferente de aquello, supongo. Esa sensación de claridad, de pertenencia.

- Ese cable se tiene o no se tiene - dijo Carl - y tú no lo tienes. Piensas demasiado, tiembles demasiado. Puede que dispararas, pero no tienes lo que hace falta.

- Matar es sencillo. Apretar el gatillo.

- Depende de a quién mates. El enemigo te obliga a crecer, lo ves venir de frente. Ahí no sirven las palabras, los pensamientos, sólo los movimientos, la fuerza, el valor.

- Qué valor. Acuchillaste a un hombre por la espalda.

Me dedicó una mirada muerta, de buey. Esa inexpresión amenazante. Luego arrancó una brizna de hierba, se la llevó a la boca, comenzó a mordisquearla. Mirábamos la corriente, en silencio. Sentía la tibieza del sol en la cara, en las manos. La humedad de la vegetación en las palmas. Había un leve aroma de hierba cortada. Junto a la orilla crecían lirios con pequeñas flores de una concavidad amarilla. Estaba tan próximo que su hombro rozaba el mío.

- ¿Recuerdas lo que te conté sobre aquel zulú con un corazón de león? Vi a ese negro escaparse a rastras, qué te parece. Arrastrándose por delante de la puerta mientras los demás charlaban.

- De qué negro me hablas.

Escupió la brizna.

- Qué más da.

La luz se filtraba entre las hojas, entre las ramas, derramándose sobre la curvatura de las colinas. Podría haber sido un lugar bonito. Apacible.

Hubo un destello lejano, sobre una loma, entre los árboles, como el que produciría el reflejo de un cristal. Carl se levantó de un salto. Empuñó el fusil, miró hacia el lugar del que había partido el destello, los ojos entornados. Luego giró, lentamente, observando la vegetación circundante. Pero qué han hecho esos idiotas, dijo, contemplando la

edificación. Una columna de humo negro se elevaba desde las paredes.

- ¿Qué crees que ha sido ese reflejo? - dijo - ¿crees que nos están buscando, que nos han visto?

Otra vez brilló el centelleo, y casi al instante comenzó a sonar el murmullo ronco y remoto de un motor. Carl se agachó para coger las correas de la mochila.

- Hay que largarse de aquí - dijo - ya, muévete.

En ese momento la niña levantó la cabeza del hormiguero, alertada. Eso le paralizó. Miró a la niña; luego a algún punto entre la vegetación, allí donde iba alejándose el ruido del motor; otra vez a la niña. Mierda, dijo. Acomodó cuidadosamente las correas sobre los hombros.

- Da igual. Tampoco habríamos llegado muy lejos.

Cogió otra brizna de hierba y la movió de un lado a otro de la boca.

- Bueno, Bram, hay que apagar ese fuego. Y prepararse. Vendrán por nosotros en cuanto anochezca.

“Vi cosas que no me gustaron en el otro lado. Los vecinos sacando a los vecinos de sus casas, destrozándolos a machetazos. La patria, su patria, la usaban. Matar a quien conoces, a quien sabe tus secretos. Gritó demasiado alto al otro lado del tabique o dijo algo que no te gustó. Sospechas que fue él quien se llevó esos pantalones que desaparecieron del tendedero y que ahora está en alguna parte con ellos puestos, riéndose de ti. Hay odios que empiezan así, casi sin motivo, y van engordando. Dando vueltas como un zurullo en un váter, repitiéndose y repitiéndose, hasta que ves la oportunidad. Normalmente la oportunidad nunca llega y eso se queda ahí, yendo y viniendo. Pero se levanta la guerra. En qué otro sitio puedes matar.”

Tras extinguir la fogata había sacado de la mochila un par de latas de carne, una tableta de chocolate, galletas; una comida frugal. Después subimos los dos a lo que quedaba de la primera planta. La niña nos siguió. Carl había reservado una chocolatina en su bolsillo y se la dio. Saboréala como si fuera la última, dijo, en inglés, aunque ella no parecía entenderlo. Pasó una mano por su pelo. Ahora estábamos junto a una ventana, o lo que había sido una ventana; un agujero rectangular bordeado por un marco astillado y ennegrecido. Atardecía. Tenía el visor nocturno sobre las rodillas.

“En el otro lado había un tipo como tú, Bram, dando vueltas en un laberinto. Era un hombre de campo con unas manos duras, de luchador. Lo encerraron en una celda de comisaría, como a un delincuente. Tenía una mirada suave. Era de los suyos y lo trataban como a un enemigo, peor que a un enemigo, como a un traidor. A veces lo sacaban al patio y le daban una paliza, y la mirada seguía siendo la misma. Le llevaba la comida, hablábamos. Era un tipo entero, con ese cable de acero por dentro. No quería matar. No sé qué motivos tenía, qué había visto o vivido o qué sabía, qué podía saber, alguien así, un granjero. Traté de convencerlo. No pude. Había decidido que no iba a matar, y llevó su decisión hasta el final.”

No me miraba. Su atención estaba fuera, en la penumbra que iba alargándose al otro lado del muro. Trepaba lentamente por él, más y más espesa. La niña se había encogido en el interior de esa ropa que le venía grande, en un ovillo, como un perro. El viejo y la mujer permanecían en la planta baja. A Carl parecían no importarle. Por ella. Si seguíamos allí era por la niña. Antes de subir había intercambiado un par de palabras con ellos, en su idioma, un tono calmo. El viejo de las manos torcidas le había entregado su canana de balas. Sus dedos temblaban. Es necesario, dijo Carl, quizá para sí mismo.

“Iban a fusilarle. Merecía esa clase de muerte, digna. Llevarse su decisión hasta el fondo y sacar pecho ante las balas, tenía derecho a eso. Pero lo arrastraron al patio, de madrugada, formaron dos filas de soldados, estaban borrachos, con mazos y martillos.”

La niña emitía un ronquido débil. Tenía la cara sucia, manchada de chocolate y mugre, y su ropa y su pelo también estaban mugrientos, apelmazados. Apestaba, un hedor rancio de pañales usados que antes apenas había detectado y que se iba haciendo más denso cuanto más la observaba, hasta convertir en odiosa su sola presencia. Podía purgar mi culpa en ella, hacer por ella lo que no hice por la otra niña, estaba allí con un fusil y dispuesto a disparar, una especie de segunda oportunidad. Pero por algún motivo me repugnaba. De dónde emergía esa animadversión repentina. De la profundidad de qué miedo. Cómo podía arrastrarse la enormidad de ese miedo hasta el fondo, hasta el final.

- Cómo se puede aguantar eso, Carl. Poder salvarte y no hacerlo.
- Hay razones para matar, y también razones para no matar. No te engañes, las grandes decisiones no se toman con la cabeza, se toman con el pecho. Eso las sostiene. Después puedes envolverlas con las razones que quieras.

Sacó la petaca, dio un trago. Miró las iniciales grabadas. Pasó un dedo por ellas.

- Fue un hombre como ese quien me regaló la petaca. Tenía ese cable. Esa entereza.
- Qué fue de él.
- Matar o morir, Bram. Ya sabes.
- Pudiste volver a casa entonces.
- No tengo casa. Esto es lo único que sé hacer. Lo que me han enseñado. Y esto es algo grande. A su manera.

Fuera, entre los árboles, ululó un búho y la niña abrió los ojos. Cuando hubo comprobado que Carl seguía allí volvió a encogerse.

- Cuál es la alternativa, Bram. Ir muriendo poco a poco entre cuatro paredes, con la misma mujer cada noche de tu vida, demasiado cansado para tocarla porque has pasado diez horas roscando tornillos en la chapa de un coche por un dinero de mierda, soportando a algún jefe cabrón al que deseas asesinar cada minuto de cada hora. No. Vale para otros. Para mí no. Aquí vives. Cada segundo. Y pagan bien por ello.
- Supongo que también puedes hacer que esas cuatro paredes merezcan la pena.
- No. Yo no deseo. Yo tengo.

En algún lugar entre los árboles, frente a nosotros, comenzó a definirse un rumor ronco, de motores en marcha. Carl se colocó el visor nocturno, ajustando cuidadosamente las gomas de sujeción sobre las sienes.

- El Capitán no va a venir, ¿verdad?

El rumor iba creciendo lentamente, aproximándose. Una inmensa soledad. Ese rumor bronco y crudo como un cráneo rapado era la voz de la soledad. Miré hacia atrás, tratando de evocar algo hermoso, una imagen en la que fijar la atención. Era como erguirse en una estepa barrida por ese sonido. Ni siquiera miedo. Una vaga noción de inutilidad y vacío.

- En el lugar en que me crié se invocaba así a los antepasados - dijo Carl - el hechicero tocaba el rombe. Así suena un rombe. Cuando oscurecía, las mujeres y los niños corrían a las chozas. Aquellos que no se escondieran eran devorados. Los antepasados siempre tienen hambre. Los hombres salían a luchar contra ellos. Qué haríamos sin los hombres, decían las mujeres, y los niños miraban a sus padres como a héroes. Los hombres luchaban durante toda la noche contra los espíritus de los antepasados, bramando bajo el rombe. A veces los antepasados lograban acercarse a las chozas y preguntaban a través del ramaje si los que se escondían allí dentro habían sido buenos. Aunque ellos ya lo sabían. Ellos vigilan y lo saben. Si han sido malos derriban la puerta y se los comen.

Un hombre con los bolsillos del revés y las palmas abiertas. Un aire inerme, de entrega. Rendido a ese temor absurdo, infantil. Ya se veían los focos, apareciendo y

desapareciendo intermitentemente entre la vegetación. Avanzando.

- Ahora los antepasados vienen por nosotros - dije - ahora nos toca a nosotros alejarlos.

- No lo entiendes. Los antepasados eran los mismos hombres que fingían luchar contra ellos. Por eso lo sabían todo. Ese es el truco. No podemos detenerlos porque nosotros también somos ellos.

En ese instante los focos se apagaron. También los motores. Ese silencio resultaba más ominoso que el ruido. Oía la respiración de la niña, y la de Carl, pesada, cercana, el roce de su ropa replegándose sobre la piel cuando se inclinó hacia mí, esa calidez de aliento susurrando junto al lóbulo de mi oreja.

- Era un buen hombre católico, franciscano, el mejor que he conocido, su petaca, su nombre, tú y yo llevamos los nombres de otro, Abraham, pero yo lo he escogido. Yo crecí entre esos zulúes cuyos nombres significan algo, danzando alrededor del fuego con hermanos zulúes que también le llamaban tío. Un buen hombre sin fe, corrompido, bebía y se acostaba con mujeres de cualquier clase y color, desprendiendo amor por todos los poros, incapaz de matar nada ni a nadie en una tierra donde la muerte respira.

Había algo funesto como un presagio en esa sinceridad de última confesión, en la cercanía tibia y susurrante de su voz.

- Una noche llegaron los soldados. Tío Carl estaba clavado en una cruz que ardía, rodeado de cadáveres, y los soldados nos rodeaban. Temblábamos. Uno de los soldados bajó desde lo alto y me dio un machete. Dijo, demuéstreme que eres blanco y vivirás, y yo agarré por la cabeza a uno de mis hermanos, la empujé hacia atrás. Me miraba como pidiendo que lo hiciera pero no era capaz, los soldados se reían y yo no era capaz. Entonces mi hermano negro me dijo, hazlo. Desde entonces mi nombre es Carl.

Carl, repite, saboreando ese sonido.

Algo agita la vegetación, fuera, más allá del muro. Hay voces animales, una berrea de júbilo, y tintinear de metales, como cuchillos entrechocando. Desde la planta baja llega un grito de mujer ahogado, engullido, un terror espiral, y casi de inmediato el estampido de un disparo cuyo fognazo ilumina un bulto que cae de espaldas allí abajo. El viejo echa a correr, huyendo. Lleva una camisa clara que baja y sube en la negrura. Carl encaja la culata contra el hombro. Dice, hasta la última bala. Levanto el peso del fusil, aterrado, encañonando ese bullicio fantasmagórico, un niño que va a ser devorado, y a mi lado la niña muerde las mangas con los ojos apretados.

El Capitán se arrodilló junto al cuerpo de la mujer. El fusil con el que la mujer se había suicidado seguía allí, sobre los muslos separados. Un gran agujero en el pecho. El Capitán introdujo dos dedos en ese agujero. Frotó la sangre entre las yemas, y su muñón se movió como una nostalgia del brazo. Tenía el pelo largo y grasiento y unos ojos grandes y brillantes, una mirada enloquecida. Los focos de los jeeps proyectaban nuestras sombras contra los muros, alargadas y deformes. Un círculo de soldados rodeándole, aguardando. El profesor, con una mano apoyada en la cartuchera. Carl, y la niña tras el cuerpo de Carl, como si todavía temiera. No había rastro del anciano, ni de los otros cuerpos. Si había cadáveres estaban más allá de los muros y de esa luminosidad amarillenta. Ni una sola cara. Un movimiento, el campanilleo de un metal, lo que podría ser el sonido de una voz, un estallido de pólvora, contra eso había abierto fuego. Sombras. Durante lo que me parecía, ahora, un pestañeo. Sombras. Ahuyentadas ante la llegada del Capitán. Quedaba una sensación de embotamiento. Como mantener los pies en la frialdad de la corriente.

El Capitán rozó con un dedo el borde quemado del vestido.

- Yo no como carne - dijo, en inglés, para Carl, para mí, puede que también para el profesor - no soporto la carne. He visto demasiada carne.

- Me dijeron que habían abierto las cárceles - dije- pero son ellos los que deberían estar encerrados.

El Capitán rió, una carcajada estruendosa. Se levantó pesadamente, apoyando la única mano en el cadáver. Miró alrededor. Aspiró hondo.

- Huele, periodista. Con fuerza, hasta dentro.

Palpó el muñón, inclinándose hacia mí.

- No es el brazo. Lo que hay en mi cabeza es lo que huele mal. Parte de mí aquí, parte de mí allá. Antes de esto yo robaba coches, robaba bolsos. Pero nunca maté. Y sin embargo, era yo quien estaba en la cárcel. Después sí he matado. Cuando empezó todo. Haciéndolos pedazos. Ahora soy otro héroe.

Contempló a los soldados que le rodeaban, mirando sus caras una a una, sonriéndolos.

- Otro héroe. Por eso me odian. No serán los del otro lado los que acaben conmigo.

Puso la mano en el hombro del profesor.

- No les daréis tiempo ¿verdad?

Le asestó un cachete casi paternal.

- Bueno, quizá esté bien así. Muy razonable. Ya ves, historiador, son unos muchachos juiciosos. Por eso he venido, Carl. No podía dejarte atrás. Tú eres el único que comprende.

De repente pareció reparar en la presencia de la niña. La observó con una insistencia lúcida. Bajo su mirada la niña se encogió un poco más. Sonrió, ensimismado.

- Así que se llevaron a los niños.

Palmoteó el hombro de Carl, casi con alegría.

- Pues iremos a buscarlos. Los traeremos de vuelta.
- Ni siquiera sabemos dónde pueden estar - dijo el profesor.
- En cualquiera de estas aldeas. No pueden haber ido muy lejos.
- Hay muchas aldeas.
- ¡He dicho que traeremos a esos niños! - chilló.

Esa voz pareció sacudir a los soldados. Comenzaron a moverse hacia los todoterrenos. También el Capitán echó a andar. El profesor le observó mientras se alejaba, la mano todavía apoyada en la cartuchera. Cuando el Capitán hubo subido al jeep comenzó a golpear la chapa de la puerta con el único brazo, gritando. El profesor tomó a la niña de la mano, un gesto casi furtivo, alejándola suavemente de Carl. Detuvo a uno de los soldados y se la encomendó, susurrándole un par de frases que no entendí. El soldado se la llevó casi a rastras, no dejaba de volver la vista.

- La niña estará bien - dijo el profesor - venid conmigo.

Subimos a la parte trasera de uno de los todoterrenos. Ya había dos hombres allí dentro. El profesor se sentó junto al conductor. Arrancamos.

Uno de nuestros acompañantes llevaba una cinta verde en la cabeza y un gran machete, casi un sable, colgando de la cintura, golpeteando su muslo. El otro era más joven. Tenía cercos de sudor en las axilas y miraba a un lado y a otro como un pájaro.

Miré hacia atrás. Los muros derruidos. La vegetación que cercaba el camino, allí donde la luz de los focos iba diluyéndose en una penumbra móvil. Ni un rastro humano. Sombras. Eso sentía. Sombras. Algo que podía ser disipado por la nitidez del viento en mis manos, contra mi cara. Nadie.

- ¿Adónde vamos ahora? - pregunté.

Carl se encogió de hombros, sacó la petaca, bebió.

- Estás vivo - contestó - ¿te parece poco?

Inglés, dijo el más joven, sonriente como un tendero, yo hablo inglés. De verdad eres periodista, tienes pasaporte. Se inclinó hacia mi oído, apretándome las manos entre las suyas, frías de sudor, bajando la voz hasta un murmullo, vigilando de reojo al profesor. Soy fontanero, muy buen fontanero, no soy soldado, soy fontanero, llévame contigo y después te pagaré mucho dinero, lo que pidas.

El de la banda verde agarró la petaca de Carl, señalándose el pecho. Carl le apartó de un manotazo y siguió bebiendo. Trató de arrancársela y un chorro de licor se derramó. Mucho dinero, mucho, para ti. Carl se quedó mirando el líquido, resbalando sobre el suelo de goma, entre sus botas, fluyendo hacia las mías en la siguiente curva. Empezó a ponerse en pie, liberó el seguro, qué vas a hacer, Carl, espera - dije - Carl ¡Siéntate!, amartilló el fusil mientras el otro desenfundaba el machete levantándose de un salto, aterrado. Algo falló en el resorte y la bala quedó encasquillada, el chico me apretaba las muñecas en el cepo de sus manos, dinero, dinero, mucho, Carl trataba de desencasquillarlo cuando el giro raudo del machete se detuvo contra su garganta, oprimiéndola. El soldado jadeaba, mirándolo a los ojos, al cuello estirado, tras el filo la

ness tratada de subir o bajar, me sacudí las manos y alcé el cañón mientras el profesor gritaba, en su idioma, el otro contestó en tono tajante.

- Voy a matarte - dijo Carl.

- ¡Cállate - dije - ¡harás que te mate!

Los músculos del antebrazo se tensaron, cerrándose en la empuñadura, obligándole a levantar un poco más el cuello, temblaba, de puntillas. ¡Aparta el cuchillo! - grité, encañonando la banda, entre las cejas - ¡Apártalo! El todoterreno oscilaba sobre los amortiguadores, vibrábamos en cada sacudida, la tensión del cuello, del puño, el dedo doblado sobre el gatillo, una vena latiendo bajo el metal, los pliegues de la frente húmeda de sudor al final del cañón. Caímos, hundiéndonos en el vértigo de un bache y tuve que contener el dedo que retrocedía, suspendiéndolo en el aire, sintiendo sus músculos, cimbreado, otro bache, más profundo, y todo explotaría. Mátame porque voy a matarte, dijo Carl y le dije cállate ¡Calla! Que se siente o disparo, decídselo, ¡Ya! El chico tartamudeó algo. Aflojó lentamente la presión del filo, mirándome de reojo. Se sentó con el machete todavía desenfundado. Carl recogió la petaca del suelo, limpiándola, dio un trago. Me senté muy despacio, atento a cualquier cambio en su inexpresión. Carl inició un movimiento brusco, el machete volvió a moverse como dispuesto a saltar, traté de manejar el fusil, equilibrar su peso. Carl palmoteó mi muslo.

- ¿Sabes que realmente ibas a disparar, Bram?

Saltamos del todoterreno. Un perro ladraba en alguna parte. El Capitán gritaba, empujando a los que se retrasaban. Los soldados comenzaron a avanzar hacia el volumen rectangular de las viviendas, a la gacha, en silencio, cobijándose tras los arbustos. Vamos, dijo Carl, conmigo. Le seguí. Tropecé en lo que me pareció un hoyo, tuve que apoyarme en una rodilla para no caer. Sentí la humedad atravesando la tela del pantalón. Oía alrededor el resollar de los otros, el crujir del follaje rompiéndose, un quedo chapoteo de fango pisoteado. Carl marchaba allí delante, un poco encogido. Temí perderle de vista. Seguí adelante. Notaba su presencia, protectora, el sonido de sus pasos, amortiguados, casi un deslizarse, mientras trataba de alcanzar la masa del muro más próximo, fijando como norte el espejeo fulgurante de lo que podría ser el cristal de una ventana.

Apoyé la espalda en la pared, el cañón levantado, atento. En alguna parte mugió una vaca. El de la banda y el chico cruzaron ante mí. Recorrieron el muro hasta llegar a la puerta. Se apostaron uno a cada lado, mirándose, crispando los dedos sobre la madera del fusil. El de la banda empezó a golpearla con la culata, luego se unió el chico; retumbaba, un sonido hueco, uno de los fusiles se disparó y se encogieron un instante antes de seguir golpeando, más fuerte que antes. Los goznes se desquiciaron con un chasquido y casi al instante la plancha de madera se desplomó hacia el interior. Volvieron a la protección de la pared, mirándose, resollando, vigilando de reojo la abertura como si algo monstruoso fuera a surgir de ella. El de la banda saltó dentro. El chico seguía allí, paralizado. Murmuró algo, moviendo los ojos de un lado a otro,

mirándome sin verme, luego también él saltó.

En el interior sonaron gritos. Contemplaba aquel rectángulo abierto, dudando, a punto de arrojarme dentro como alguien saltaría al vacío. Algo me retuvo, tirando de mí por la espalda. Tú no, dijo Carl, girándome. Hubo una explosión. Bajo la luz de las llamas distinguí a nuestro alrededor, por todas partes, formas que corrían, huyendo, cayendo, levantándose.

Dentro de la casa sonaron estampidos, silenciando timbres graves hasta que quedaron a solas los agudos, como uñas clavándose, formando lentamente algo próximo a palabras, negociando, antes de convertirse en un jadeo. Cuando volví a mirar Carl no estaba. Avancé entre las casas, entre las llamas, en su busca, tan desamparado como la niña de las mangas largas, con el fusil contra el hombro, amedrentado. Colgando de una ventana apareció un pie, pequeño, sucio, descalzo. Después una mano, agarrándose al marco, tensándose como si tomara impulso. De repente el cuerpo cayó allí delante con la pesadez de un fardo. Por un momento quedó quieto, en silencio. Luego se agitó como sacudido por una descarga eléctrica y empezó a sollozar. Trataba de levantarse, era un cuerpo pequeño, de niño, blancuzco, medio desnudo, el pie parecía extrañamente doblado y cedió bajo el peso, emitió un chillido. Bajé el arma, volví a alzarla, mirando alrededor, sin saber qué hacer. Algo blanco flotante chocó de repente contra mí, se sacudía con fuerza, como abrazar a un caballo, crines. Retuve su furia en el abrazo hasta que empezó a debatirse casi sin fuerza, como si se entregara, frotándose, concediendo, el roce del camisón, de su pelo, suave, negro, revuelto, esa cara, redonda, asustada, miré hacia el niño y ella acarició mi mejilla empujándola hacia sus labios mientras el niño se alejaba, guió mi mano bajo el camisón entre los muslos, el susurro como palabras de sus pechos, apretándose, y la boca, gruesa, gimiente, rosada, una fruta que

morder

el terror de su cara en la seda miel de su voz arrastrándose

rogando

la blanda tibieza de su limpia aromatizada

carne

rendida, los dedos presionando el vigor de sus muslos de repente cerrados, ascendiendo costosamente hacia la viscosidad,

en la palma,

ardiendo.

Era una náusea como el vértigo. Como la inmensidad de morir sin dios, un extraño.

Frente a los soldados alineados había un grupo de hombres con las manos tras la cabeza.

Ninguna mujer.

Los prisioneros movían los pies. Sin sentido, sin apartarse de los otros, de su posición. Con los ojos girando brillantes en el destellar de las llamas. Los soldados tenían los fusiles alzados, el Capitán agitaba su revólver, chillando. Las botas se arrastraban bajo los gritos como si quisieran despegarse de la tierra, romper la línea y no pudieran.

Carl empezó a recorrer la formación golpeando los cañones, bajándolos a manotazos, El Capitán gritaba apuntándole a las rodillas, el dedo separado del gatillo, chillidos huecos. Carl avanzó hacia los prisioneros. Empujó a un chico fuera del grupo. Le tendió un machete muy largo, obligándole a agarrarlo, cerrando el puño en su puño, diciéndole corre corre corre. El muchacho salió huyendo. Cuando hubo desaparecido, más allá del círculo alumbrado por las llamas, corrió tras él, moviendo los brazos, saltando, riendo.

Comenzó el fusilamiento. Hombres cayendo unos sobre otros, retorciéndose en posturas bajo el estruendo. Hubo un mugido espantado y apareció una vaca, trotando, humeante. Uno de los soldados se dio la vuelta y disparó contra ella. La vaca tembló, una especie de estupor. Siguió adelante un poco más, con esas grandes rodillas doblándose. Se derrumbó sobre un costado. Trataba de levantarse, la lengua colgante, gorgoteando, hincando el morro, los cuernos, en el barrizal. El Capitán avanzó un paso, levantó el revólver hacia la sien del soldado, disparó. Un salpicón rojizo le fustigó la cara. Contempló el cadáver, alzando la pistola, bajándola, pasándola por la cara, restañando con ella grumos de sangre. Luego se arrodilló junto a la vaca.

Los soldados rodearon el cadáver con el quejido de los moribundos retorciéndose, las armas colgando entre las manos mientras el profesor se apostaba junto al Capitán con la automática desenfundada.

El Capitán estaba inclinado hacia el morro de la vaca, susurrándola. Movía los labios como si rogara. Apoyó el cañón en su frente, entre los cuernos. Apartó la cara.

En ese momento también yo le admiré.

Caminaron hacia los todoterrenos. Atrás persistía un gemido. Distante, monótono, apenas humano. Ensoberdecido por el crepitar del fuego. Uno de ellos volvió la cara hacia el resplandor rojizo, hacia ese gemido. Después se sumergió en la oscuridad, con los demás. Avanzando rápidamente hacia la protección de la masa.

Crujía. Carl se sentó en el suelo, a mi lado. Dónde te habías metido, dijo. Tenía el puño cerrado, manaba sangre entre los dedos. ¿Sabes qué guardo aquí? Es para ti. Abrió la mano. Parecía un dedo, pero al mirar de nuevo era un pene con sus testículos, ese vello ensortijado, chorreantes. Cómelo, su honor, su alma. La náusea se transformó de repente en algo físico, liberador, ascendiendo dolorosamente desde algún lugar oculto y sucio.

Mi propio vómito sobre la tierra, amargo contra el paladar, una repulsión fascinante mientras Carl habla con la boca llena de marcharse, balnearios, cansancio y dinero, juntos, lugares ficticios con un ruido de saliva y dientes entrechocando. Dice la violaste como si no fuera una pregunta mientras mi vómito amarillento se mezcla fluyendo pastoso con la arcilla.

- Lo vi todo, Bram. Esa mujer sólo pretendía ganar tiempo para que su hijo pudiera huir. Y tú la violaste.

Voy recuperando el aliento, examinando su nuca gruesa, mugrienta. Y tú la violaste, repite. El estómago a punto de cerrarse otra vez en un puño mientras asciende una saliva agria, espesándose en la pared de los dientes. Desenfundo el cuchillo del teniente. Carl sacude la cabeza, si lo que hice está mal, todo está mal, mal. Un solo gesto, un instante, un movimiento del filo, al principio no pasa nada. Luego emite una especie de gárgara, girándose, la sangre chorrea de su garganta hacia el uniforme hacia las botas, encharcándose en el suelo, los ojos desorbitados, mirando sin comprender con las manos garras en el torrente antes de derrumbarse dando sacudidas.

El chico pelirrojo del peto sucio de estiércol sale de algún escondrijo, entre los arbustos las paredes humeantes, con el cuchillo de cocina colgando al final del brazo. Lleva la identificación de prensa de Jim, la cara redonda y sonriente de Jim meciéndose al final del cordel como una cabeza cortada. Emite una especie de sollozo como el murmullo profundo de una selva, el vientre de una naturaleza a punto de estallar. Ya no parece humano sino algo peor que un animal. Empieza a correr con el cuchillo subiendo bajando acompasado, rugiendo.

Disparo. Al final de la llamarada se mueve en el suelo, agitando una mano arriba y abajo, ladeándose. Se queda quieto, allí, de lado.

Entre las ruinas está el soldado de la banda verde con los pantalones alrededor de las rodillas. Donde debería estar el pene los testículos, una oquedad sanguinolenta.

Junto a las llamas el calor hincha la lengua, secándola, abotargada y dura raspando el paladar, como si jamás pudiera tragar saborear moverla pronunciar, mirando la de Carl, fuera amoratada colgante, los poros gotean dentro de las botas de la ropa, la tela pegándose, apretándose encogida.

Había:

Cuerpos cadáveres botones en el rasgón de una tela una herida, trocitos de cristal en filos sobre la tierra, ramas, hojas en aristas prendidas de ramas, una, planeando, tras su planear el borrón de una corteza rugosa en la planicie del cielo, brotes, de hierba combándose bajo el rocío escarchándose, con raíces embebidas en la humedad disolviendo humus, absorbiéndolo por tubos de savia, la hoja entre dos hojas verdosas parduscas descomponiéndose, un movimiento en el fondo de un animal pequeño, de repente el chirrido de un gallo sobre el que asciende ascendía el sol, nubes quietas en las llamas sobre el viento silbante.

Seguí un camino. Algo se agitó en los márgenes, removiendo el hueco de las hojas. Disparé contra lo que fuera aquello. Disparé otras dos veces en aquella dirección cuando dejó de moverse. Luego seguí adelante con el zumbido de los disparos prolongándose. Una piedra salió de la espesura, ascendiendo en el aire y luego bajando. Cayó delante de las botas, hundiéndose en el barro. Disparé contra los arbustos. Algo me golpeó en mitad de la espalda, entre los omoplatos. Uno de los brazos pareció languidecer, cediendo bajo el peso del fusil. Se produjo una especie de sonido animal. Seguí caminando. Ese sonido se repitió, más distante. A lo lejos, sobre una colina, había una casa. El camino conducía a la casa. Paso tras paso.

Había una mujer en la entrada, rubia, junto a una pila de madera seca. Estaba

agachada, recogiendo leños. Se alzó de repente. Me miró espantada, con los leños abrazados junto al pecho. Algo horrible en mí. Los dejó caer. Fue cojeando hacia la puerta, sin dejar de mirarme. Fui tras ella. Cerré una mano en el movimiento de su mano, sobre el picaporte. Ella lo abrió, empujándolo hacia abajo. Entramos. Seguía agarrando su mano. Sacudió el brazo y apreté más. Emitió un quejido. Dijo algo que no entendí y luego repitió aquellos mismos sonidos más despacio. Algo brilló al final de su mano libre y se hundió en mi muslo. Luego sentí la sangre resbalando caliente por la pierna. La solté. Miré la herida dentro del pantalón rasgado. El dolor parecía llegar desde algún lugar muy lejano. Me dejé caer en el suelo. Estaba allí delante, el cuchillo entre los dos, lo movía delante mi cara, gritando.

Puse una mano sobre la herida. La sangre empapaba el pantalón. Goteaba en el suelo. El dolor era como el sonido de una voz al otro lado de una pared. Trataba de oírlo. Las gotas chocaban una a una contra el suelo. Dejó caer el cuchillo. Chilló algo que no entendí, apretaba los puños. Se arrodilló junto a mí. Examinó la herida en el rasgón de la tela. Luego me pasó una mano por el pelo.

La herida sigue abierta bajo el vendaje y había manchado la venda y había manchado la sábana. Quedó, queda, una mancha de sangre en mitad de la sábana. Cuando ella se levantó y fue cojeando hacia la ventana. El temblor alterno de los músculos, definidos bajo la piel blanca, y rasurada, para quién. La tensión del culo al final de la pierna más delgada, redondeándose antes de caer, esa mórbida debilidad. Incitante, algo que apretar, morder.

Separó un dedo de cortina. Pero qué había fuera. Ruinas entre dos filos de encaje. Una mirada azul hacia dónde. Qué había de repente entre los dos, tan hondo y viejo como el hedor a raíz de una trinchera.

Esa mancha de mi sangre. Y un sonido casi articulado entre dos jadeos. Había rodado áspero, ruinas, desde el interior de sus labios entreabiertos, prendiendo el oxígeno que aspirábamos a bocanadas. Esos labios como una herida, rojos, pintados, para quién. Un rojo óxido como la herrumbre de un fusil. Un rojo que recordaba maquinaria. Tornos, tuercas, chirrido de hierros.

En mitad de las sábanas, esa mancha, con una vaga forma de rosa, todavía caliente.

Entre los labios entreabiertos de su coño resbala una gota de sangre. Tiembla suspendida en la trama ensortijada del vello y se desprende y estalla contra el suelo. Era la herida o era su menstruación. Un tabú. Roto, y estoy a punto de sentirme orgulloso y limpio, pero quién, quién lo ha derribado, nosotros, el deseo. Tentación prohibido, pero cuando el deseo acaba, acabe, qué hay, qué nos une.

La tibia humedad, pegándose a la yema de los dedos.

Parece una rosa.

Quise decirla. Pero cualquier palabra que yo pronunciara, que ella pronunciara, sería otra bala. Y cualquier movimiento que yo hiciera, que ella hiciera, podía provocar otra palabra.

Una vez la llevé una rosa.

Ella.

¿Cómo se llamaba?

La robé en un jardín como alguna vez lo fue el de ahí fuera, cuando alguien podaba, talaba, hileras. Le di aquella rosa a la entrada del colegio, formados. Formábamos para entrar, para salir, nos sentábamos cuando ordenaban y hablábamos para responder lo que debíamos responder, las exactas palabras. Rezos. Esa docilidad de circo ante las voces de mando. Gatos sin uñas. La ringlera de pupitres, cabezas gachas, lápices moviéndose acompasados, raspando el papel con un monótono quejido de lija. El culo picaba contra la tabla del asiento y te forzaba a removerte, a cambiar de postura, a restregarlo contra la dureza, todos se movían constantemente pero era un movimiento que se producía en el borde de la visión, y cuando la mirada llegaba el movimiento se trasladaba; puedo, puedo ir al servicio, señor, moverme, señor señora maestro, respirar señor. Esa tensión como la que ella sostiene, asomada a la ventana, la rígida exactitud de sus músculos bajo la piel.

Qué había dicho, rompiendo dos jadeos, qué significa. Cuando el deseo acaba, acabe, qué hay, qué nos une; bajo el vendaje una herida.

Esa mancha.

Una sangre tan oscura como la de aquel chico, cómo se llamaba, le estampé el tablero de ajedrez contra la cara. Jaque, dijo aquel chico mientras ella ahora sin nombre saltaba el borrón de cuerda y cantaba, su falda flotando entre las piernas huesudas, el pelo girando alrededor de la sonrisa.

Jaque.

Hacía muy poco que había aprendido las reglas, el campo de cuadrados blancos o negros. La dificultad de trasladar los caballos, de proyectar la diagonal cortante de los alfiles, aprisionados en su color. Ella cantaba y saltaba el borrón de sogas. Jaque. Intenté concentrarme en los movimientos, en el baile de piezas que podían moverse en una única dirección. Jaque. Eso es jaque también. Mueve, tienes que mover. Eso es jaque. Jaque también. Ella parecía flotar, con ese pelo negro brillante bailando alrededor de la sonrisa. Me agarró por un brazo, tienes que mover, mueve, mira aquí. Agarré el tablero, lo levanté sobre su cabeza y se permaneció quieto, una mansedumbre extrañamente repugnante, los peones chascaban contra el cemento cuando le estrellé el tablero en la cara. Devolvió la cabeza al frente con la misma quieta sorpresa y la sangre se deslizó por los agujeros de su nariz como dos rosas gemelas.

Ella se da la vuelta y señala mi polla. Dice algo que no entiendo, lo muerde con un odio tan antiguo como el sedimento de una fosa común. Mi polla circuncidada de elegido de Dios ahora blanda. Le digo, aunque sé que no puede entenderme, digo: ¿no te has dado cuenta de que soy judío? Y ella se tapa la boca con los ojos agrandados por la náusea.

Su coño de elegida, mi polla de elegido, pero dime oh señor de los cielos, tú me prometiste que, ¿puede haber dos elegidos?

Tanta sangre, pienso mientras recojo el fusil de entre sus encajes amontonados, tan elaborados y perfumados y frágiles, rasgando su enredo entre las uñas hasta alcanzar la aspereza del óxido. Pienso otra vez, hacia dónde su mirada, para quién pintados, esos labios. El fusil entre mis manos, otro tablero. Ella. La misma expresión de odio y náusea que se impuso en mi padre cuando le dije, eso que comes es cerdo.

El quejido de la arcada que traga es tan humano que casi resulta bello.

Las botas entre las manos tienen un peso de armas cargadas.

Los mismos dedos que la habían acariciado cuando éramos desconocidos aprietan la delgadez de su brazo, el fusil como una barra en la otra mano mientras ella todavía se convulsiona sobre el hedor del vómito, la náusea invocando la náusea. Se revuelve y siento su puño chascar contra mi pómulo y los dedos se hunden con más fuerza en su carne. Ese chasquido y su jadeo de dolor o rabia me hacen pensar en los huesecillos que articulan cada falange. Su tenue precisión, pianos, música de piano y yemas

deslizándose sobre teclas.

La bota sobre su espalda aplasta la línea de vértebras. Mientras sujeto las manos cerradas en nudillos para ceñir alrededor uno de sus encajes noto bajo la suela el esfuerzo de todos esos huesecillos. Tan endebles. Tratando de enderezarse, de separarse del vómito. No puedo dejar de pensar en el deseo, en la inocencia de su piel y de sus dedos cuando éramos desconocidos unidos por el deseo. En mitad de su espalda queda una huella enrojecida, y un grumo de barro desprendido de la bota, rojo y profundo, resbala lentamente hasta el arco de sus brazos.

Abro cajones buscando tazas y encuentro cuchillos. Hojas de acero de todos los tamaños, y el resonar de las botas contra el suelo resulta tan brutal y tan distante como un tableteo de disparos.

Café. Auténtico, molido. Su aroma creciendo, disipado por el agua que borbotea y asciende, un aroma cálido. Una manta mientras tras los cristales nieva. Plumas apacibles que descienden girando, una blancura ingenua o épica.

El fusil apoyado contra el frigorífico es un absurdo. Anacrónico y absurdo. Dos máquinas inútiles, extrañas. Una imagen cándida y ridícula mientras fuera nieva y ella se retuerce en el suelo del dormitorio. Trata de alejarse de su propio vómito, del odio que significa, la huella de la bota en mitad de su espalda. Mueve los nudillos apresados creyendo que la mataré y que no la miro y podrá desatarse y salir corriendo desnuda al frío. Qué se puede esperar de un gentil. Escapar de mí, que soy peor que el peor frío. Y si ahora se pusiera en pie y escapara me quedaría sentado. Aspirando el aroma del café. Viéndola correr.

Blanca entre la nieve limpia, el fusil contra el frigorífico.

Quizá, antes de que saliera, borraría la marca de la bota y el grumo de arcilla con el extremo del encaje; y sencillamente miraría.

Inmaculada sobre la blancura.

Pero ella no lo sabe. Qué sabe ella de mí. Qué sé yo de ella. Que hemos follado y que ahora probablemente me mataría.

Al otro lado de la ventana, rodeando la casa, lo que alguna vez fue un jardín es ahora una penumbra espinosa que engulle las plumas de nieve. Abro la puerta trasera con la taza humeando entre las manos. Un frío tajante, imposible de comprender desde la tibieza, golpea la piel y la traspasa hasta las costillas. Un copo va deshaciéndose en la superficie negra del café. Más allá del jardín, sobre el lomo de una colina, lo que fueron edificaciones son ahora bloques de escombros entre árboles tronchados. Alrededor la blancura está hollada, batida en fango por estallidos de pólvora.

Hasta la primavera las espadas permanecían enfundadas. Colgaban sobre el calor de los hogares, protegidas en cuero y aceite. Compartiendo enemigo.

Un copo punza mi labio antes de fundirse en el vapor del aliento y la gelidez de su roce me hace pensar en ella, desnuda, detrás.

Cuando oye las botas contra el suelo se encoge, quieta, otro mueble. Tiene las palmas hinchadas. Tras el tableteo de las suelas, el leve castañeteo de sus dientes. Puede que de miedo. Su piel erizada, como la mía, también mi castañeteo. Desde el suelo levanta una mirada de mansedumbre probablemente fingida. Dice algo que no entiendo y lo repite, una palabra llana que no suena a ruego. Contengo la respiración para no oler la pestilencia de ese aborrecimiento que está ahí, a dos pasos. Me agacho para deshacer el lío de encaje, aunque puede que no sea eso lo que pide. Se levanta y me empuja con una mano helada y corre desmadejada, casi a saltos, llega al frigorífico y agarra el fusil entre las manos amoratadas y torpes y aprieta el gatillo.

Mamá, ¿Creemos en la muerte?, había preguntado apretando el pliegue de su falda con el mismo terror con que ella aprieta el gatillo. La tela resbaladiza escapando de los dedos, ahondando la imposibilidad de la escena que tenía delante, irreal y vibrante como el monstruo de un armario. Desde el fondo de alguna parte, mientras ella sostiene el arma esperando una detonación que no sucede, que no puede suceder, mientras acciona una y otra vez el percutor y trato de moverme y de romper la inmovilidad del pánico, explota brillante esa frase, ¿Creemos en la muerte? mis dedos uñas mordisqueadas en su falda pez. Ella palmorea los resortes del fusil con un hermoso furioso terror, tan bella, las pupilas dilatadas y las mandíbulas tensas, enredándose como si los dedos no fueran suyos.

Avanzo corriendo hacia ella y deja caer el fusil y abre la puerta y escapa, corriendo hacia el frío. El alma es algo que está dentro caliente y no puede verse ni tocarse, como el estómago, y también se pone enferma como el estómago si comes cosas malas y sucias; así que enredaba los dedos en su falda esperando que aquella escena, el traje de cuadros rojos con el cuerpo gris dentro se desvaneciera, o que el alma asomara saludando sonriente y flotara, elevándose. Pero el cadáver encerrado dentro del traje, que nunca llegué a saber de quién era porque nunca había existido, seguía quieto aunque mi madre repitió; no, nosotros no creemos en la muerte.

Ella corre como si tropezara y fuera a caer, los brazos equilibrando su avance y una pierna casi a rastras. Abriendo manchones de verdor sobre la nieve reciente. Contra el gris plomo del cielo se extingue el vapor de su jadeo.

No, nosotros no creemos en la muerte. Un nosotros tan exclusivo como el dolor, como pillarse el dedo en una puerta que se cierra; y aunque alrededor los hombres y mujeres con pantalones y faldas negras lloraban, aquel cuerpo en el ataúd era como el monstruo del armario; estaba dentro pero nunca había existido; estaba dentro pero nunca, nunca, podría existir.

El hierro del fusil está helado y muerde y se pega a la palma. Pienso en sus pies, hundiéndose en la blancura crujiente, apelmazándose en hielo, ardiente bajo la planta. Pienso en los arañazos de la hierba helada, cuchillas contra el pie arrastrado. Libero el

seguro, amartillo el arma y la bala, empujada contra la recámara contraída, chirría.

No, nosotros no creemos en la muerte. Somos diferentes, somos mejores que ellos, nosotros somos los elegidos.

Su esfuerzo, la laboriosa pesadez de su cojera, va ralentizándose. Abre con el pie herido un reguero continuo afilado, salpicando gotas de sangre como rosas en una sábana. Se abraza el pecho. Su ahogo ya no es un vapor visible como un jirón de alma porque supongo que el frío ha entrado hasta el fondo de sus pulmones, hiriéndolos en cada bocanada.

Aquél día solté la falda, levanté la cara y dije; mamá, ese hombre está muerto y no tiene alma.

Un frío de una intensidad incomprensible desde la calidez. Imaginable desde la gelidez, que entra a bocanadas por la puerta abierta.

Compartiéndolo.

Bastaría cerrarla.

Moriría de frío.

Cerrarla y volver inocente al calor. Y no ver su cuerpo entrañas y saber su cadáver en algún lugar entre los árboles, invisible, como si nunca hubiera existido. Recordar sólo el vómito de su odio como una puerta que se cierra.

Agarro el picaporte, helado y mordiente como el hierro de un arma. Ella se gira, todavía abrazándose. Me mira encogida desde la distancia.

Rígido. Una vaga sensación de rigidez. Algo arroja irisaciones sobre una superficie cegadora. Franjas verdosas, anaranjadas, violetas. Rutilante. Tras el arco de colores hay raras formas redondeadas sobre raras formas rectangulares. Flotando en un espacio ilimitado, una planicie sin más relieve que la extrañeza de los objetos. Lentamente emerge una profundidad limitando esquinas. Paredes. Una ventana. Un armario. La puerta. Mamá en la cocina, el olor del café reciente, pan tostándose en aceite. Parece mi habitación.

Pero no lo es.

Parezco yo.

Pero no lo soy.

Un brazo peludo, de adulto, mi brazo, inadecuado sobre la sábana.

Cartas, trayectos, la bicicleta, pedaleando bajo el sol.

Pero alrededor aumenta la sensación de deformidad.

Como no sabía dónde estaba no sabía quién era.

Esa frase ya construida por alguien ascendiendo desde alguna parte, prolongándose en el cerebro como la estrofa de una canción. Ajena. Como pronunciada por otra voz cercana pero ajena.

Mi mano. Una de mis manos. No se mueve. La palpo y no siento, como tocar un pedazo de carne, la mano de otro, y trato de doblar la muñeca y duele y llega ese hormigueo, un calambre, tan doloroso que casi desearía dejarla quieta muerta y volver a dormir, no es la muerte esto, volver a dormir como un pedazo de carne sin sentir, pero sigo moviéndola no sé por qué, con ese dolor, casi regodeándome en él, como si por alguna razón lo mereciera, hasta que puedo mover los dedos, cada uno de ellos.

El cristal de una lámpara sobre la mesilla. Los tiradores dorados del armario. Un hato de ropa al lado de la cama como un perro enroscado. Familiar y a la vez inquietante. Alegre.

Creciendo, una alegría sin causa.

Vivo.

Por qué no.

Otra voz, cercana pero ajena. Algo blando caliente se remueve rozando el vello de mi pierna y roza también en el muslo la línea dolorosa de una herida.

Ella duerme bocabajo, la melena rubia extendida en rizos sobre la almohada. Quién soy, dónde estoy, el recuerdo, arrastrándose desde algún lugar muy lejano, encharcándose en meandros, Carl, desde entonces mi nombre dijo me dijo hazlo, corriendo encogida, más letal que el peor frío en la palma ardiendo, chillidos, retorciéndose. El recuerdo. Y cuando llega y se queda, desbordado en fauces, completo más allá de las sensaciones, construyendo resumido un río un orden, una especie de relato, algo se remueve dentro de mí como si quisiera morderme.

Voy hacia el baño con la náusea en la boca palpando paredes, pensando en el chico pelirrojo, en Carl, en esa mujer, en cómo había podido dejar que esa mujer volviera dentro y dormir dormirme con ella, sabiendo que probablemente cogería el fusil, quizá una especie de suicidio. La náusea se enrosca en el estómago pero de alguna manera es la náusea de otro, son las acciones los recuerdos de otro, y fuera otro avanza hacia el váter y abre la tapa y vomita cuanto lleva dentro.

Sobre la mesa de la cocina hay un vaso de agua como un misterio insignificante. La transparencia. Sin olor, sin color; insípida. Sin forma. La forma del cristal. Formábamos para entrar, para salir, nos sentábamos cuando ordenaban y hablábamos rezos. Vuelco el vaso y el agua escapa, fluyendo extrañamente en estrías charcos sobre la madera.

Vivo.

Como volver a nacer.

Se ciñe una bata con iniciales bordadas, sentándose, un rumor de seda. Apoya la cara en una mano y la melena se derrama alrededor de los pómulos, sobre los hombros. Mira. Mi expresión, el vaso derribado, con intriga. Agua, le digo, señalando el gotear. Ella responde algo en su idioma. No, agua. Niega con la cabeza, como tratando de convencer a un niño terco, y repite la misma palabra que no entiendo. El agua sigue goteando. Más allá de nuestras palabras. Bram, digo, señalándome. Eva, dice, señalándose. Mientras, el agua fluye por la mesa.

Cojea por la cocina. El pan, un cuchillo, un pedazo de mantequilla envuelta en papel plateado, como un tesoro, en el fondo de la nevera. Ese pie, moviéndose bajo el faldón de la bata como si fuera alguna especie de animalito asustadizo y herido. ¿Es de nacimiento? estoy a punto de preguntarla.

Nació así. Niñas sonrientes corriendo, dejándola atrás, una madre lastimera observándola, su pelo sin viento.

O no. Un bebé en los brazos de su padre, borracho, gritando, resbala. Mucho después su padre le pide la mano a la salida del colegio y ella se la concede, enroscándola como alrededor de una garganta.

O fue algún tipo de enfermedad, o accidente, algún estúpido accidente. Todos los accidentes son estúpidos. Lo son. O no.

Hay una razón en ese pie, en la cojera. Un pecado primigenio. El pecado. Cómo escapar a la vergüenza. Algo horrible, dónde ponerlo, o en mí o en los demás. La

superioridad, la raza elegida. Pero eso sigue ahí. Quién podría querer desear algo alguien tan deforme. El deseo como un perdón. Hay una razón en ese pie y quizá es esa razón por la que sigo vivo. Quizá.

Tira sobre la mesa un trozo de pan con una pizca de mantequilla, gruñe algo que no entiendo.

Dos incógnitas. Sin pasado. Sin posibilidad de contar, resumir; explicarnos. Como recién nacidos. En un mundo recién creado.

Mantequilla. Derritiéndose bajo el paladar, sobre la consistencia de la corteza, licuándose entre los dientes, sobre la lengua, untuoso, amarillo, profundo.

Los objetos pesan. Iluminados alrededor, rodeándonos, y cada uno de sus gestos parece importante o bello. La forma en que aprieta los labios y asoma una punta de lengua, humedeciéndolos antes de seguir masticando. Una mano junto a la empuñadura del cuchillo, madera agrietada, mojada, oscurecida en torno a los clavos de acero, el filo aceitoso, brillante. Junto al pan hay una cuchara en cuya concavidad destella un círculo de fulgor como un reducto infranqueable, y las arrugas del papel plateado con un fondo de mantequilla tienen esquinas triangulares que destellan.

Mueve la mano llevándola a la melena, hundiendo allí los dedos, la anchura de la manga resbala por el antebrazo, por la suavidad del vello. En el reflejo de la ventana, sobre un fondo de árboles, creo distinguir en su codo estirado la ternura de un hoyuelo.

Por la ventana: una llanura verdosa, moteada de charcos blancos. La llanura está rodeada de árboles. Tras los árboles hay colinas blanquecinas. Tras las colinas, el verdor grisáceo de las montañas. Sobre las montañas, grumos de nubes pálidas recorren la concavidad del cielo.

Un orden perfecto.

Desde el baño llega el sonido de un chorro de agua.

Sale peinada, maquillada, un vestido como de otra época, recién planchado.

Para qué, Eva. Para quién.

Al entrar en la cocina parece recordar algo y vuelve sobre sus pasos, abre una puerta, entra, retumban cajones. Un arma, una pistola en alguna parte oculta, miro el fusil, junto al montón de ropa, en el dormitorio, la distancia que me separa de él antes de que salga con la pistola apretada entre las manos. Voy a moverme avanzar pero hay algo que me retiene, hipnotizado, como una punta de luz en el fondo de un túnel, a horcajadas sobre la ansiedad y el miedo.

Sale apresurada, cojeando hacia mí, y las piernas tratan de moverse en alguna dirección como si no fueran mías, me agarra por un brazo, arrastrándome hasta el dormitorio, señala el fusil. Lo recojo. Tira de mí hasta la puerta. De repente fuera hay un cerco estrechándose y las manos tropiezan al liberar el seguro como si no quisieran hacerlo.

Una oveja. Pastando en el jardín. Escapada de alguna parte, de alguna granja saqueada. Eva abre la puerta y junta los dedos hacia la boca diciendo ham ham, sacándome afuera. La oveja echa a trotar, mirándonos espantada.

Como a monstruos.

Ham, ham, repite Eva, empujándome. Y voy tras la oveja.

El viento, frotando hojas. Charcos de nieve, destellando sobre el esplendor de la hierba. Un sonido de arroyo, fluyendo transparente. El trino de un pájaro. Nubes sobre la quietud de las montañas. Hermoso. Una construcción perfecta. Sin fisuras. Una verdad.

La oveja tritura brotes. Arrancándolos a tirones. Vigilándome de reojo mientras levanto el arma, encajando la culata contra el hombro.

Pero de algún modo esa mirada no es mía. Un orden sugerido, ya trabado, fabricado por otros. Pastoral. Jardines.

La cabeza de la oveja en el punto de mira. Tras la aguja de acero, moliendo lentamente la hierba entre las mandíbulas. El morro curvo, con mechones de lana áspera, amarillenta.

Una vez mi padre me llevó al zoo. Había un recinto para animales de granja y allí tenían corderos. Tan acostumbrados a la mano del ser humano que no huían. Ningún temor. Podías acariciar ese morro, curvado y suave, como de terciopelo, y balaban, felices, la lengua fuera, cogiendo entre los dientes el pedazo de zanahoria con un balido estruendoso, de euforia. De repente hay en la cadencia del trino, un fondo un pico de angustia, justo antes del disparo.

El cadáver. La cándida fijeza de los ojos como un temblor mientras avanzo, desenfundando el machete. Su vientre sobre el tirón del filo. Otra traición. Las entrañas derramándose, parduscas en un charco de sangre humeante mientras el orden se deshilacha alrededor y el trino va alejándose; un chirrido espeluznante.

Luego cargo ese peso, cruzándolo sobre los hombros. Chorrea. Apesta. El esfuerzo abre la herida, siento la costra rompiéndose en el muslo, bajo la venda, y ese dolor es una porción sucia y miserable de su dolor y de todo el dolor.

Sólo un animal, pienso, y recuerdo al Capitán, susurrando junto al enorme ojo abierto, apoyando el cañón del arma sobre la larga frente.

Carne, pienso, y viene a mi cabeza esa chica calva, derramándose entre mis brazos.

Los vellones desde los hombros, sobre la mesa de la cocina, su choque de magulladura escalofría. Sangre en los hombros, en el pecho, en los pantalones, maloliente. Me siento junto a la ventana. Miro fuera.

Agua. El orden derrumbándose. Un abismo. Ninguna verdad, ningún sentido. Nada. Puede que fuera haya nada. Sólo una forma de mirar. La forma de la mirada.

Pone bajo mi cara el plato de carne ya guisada, humeando un olor dulzón de grasa derretida y vino blanco. Miro esos trozos como los ojos cándidos pardos, como si pidiera perdón sin quererlo, sin remordimiento, a quién, a qué rezo. Voy a apartar la tentación, el hambre, el plato, pero me llevo un trozo a la boca; el único sentido posible, el único perdón posible, y pienso en Carl, la aspereza de las hebras tras el jugo, un vago fondo de humo, si lo que he hecho está mal, todo está mal; mal.

Nada. O sí lo hay. Algunas leyes básicas. Vertebrándose en el vacío como los huesos de un esqueleto.

Al anochecer el frío entra, crece, un enemigo, uniéndonos. Junto a la chimenea. Ha traído una brazada de leños y ahora arden, los vemos arder como si no hubiera tiempo. Cuando las brasas van apagándose, oscureciéndonos, cuando no vemos nuestras manos, nuestras caras, empezamos a sentir las.

Al tacto del otro.

Como si fueran algo nuevo.

En lo que fue un jardín comienza a abrirse una punta de flor que ayer no vi. Los pétalos, rosados, húmedos. Esa ternura de visón. Carnal. Rodeando un corazón de polen como se protegería un futuro. Pienso en el esfuerzo de ese amasijo de tallos, entre zarzas, bajo el invierno, creando polen, miel, grano a grano, envolviéndolo en perfume, colores, suavidad. El sexo de las plantas. Como diminutos tiernos coños ofreciéndose, perfumados.

Eva sale del dormitorio con la bata abierta, frotándose los ojos hinchados y pienso, qué vería ella, si mirara; una flor, un capullo, púrpura redondeado prieto, deseable como una polla, algo sencilla inexplicablemente hermoso que preservar, del invierno, en el calor, dentro.

La razón de lo bello.

De repente todo parece engarzar, trabar sentido, ahí fuera, aquí dentro, bajo los colores, tras las formas. En la espalda de las palabras.

En el fondo de un cajón, tras los dobleces de un mantel, lo que probablemente había escondido. No era una pistola. Era una fotografía. En grises, entre árboles descarnados, hay un militar con una barba larga, enmarañada, de la cintura cuelga un sable anacrónico, la culata del fusil sobre la rodilla flexionada. Una pose épica acentuada por la mirada, acuosa, volátil, casi soñadora, lanzada hacia delante, hacia la vaguedad de un horizonte que nunca fuera a llegar. Esa especie de grandeza aguerrida, melancólica, de otro tiempo, casi hace olvidar aquello sobre lo que apoya la bota; una masa redondeada con dos oquedades oscuras. Lo que podría ser una cabeza cortada.

Sale del baño cada mañana peinada, carmín, colorete, moviéndose entre la suciedad el polvo acumulándose que no limpiamos como si la suciedad el polvo no existiera. Una majestuosidad de sable en un decorado de opereta, también acuosa y volátil, caminando de puntillas sobre la mentira de la épica como por un alambre de equilibrista.

Ciega.

Los suyos son en verdad pies delicados.

Fracturada por la cojera. Las niñas dejándola atrás, su melena sin viento. Una superioridad como una concha. Quizá necesaria, piel sobre la carne viva. Casi siento lástima. Pero no llega a serlo. No desde arriba. Es algo más cercano. Como un aliento.

Paso un dedo por la suciedad del polvo adhiriéndose a la yema y se la muestro, un círculo de oscuridad. ¿Sabes que esto somos nosotros? Escamas de nuestra piel. Nuestra piel, muerta. También somos suciedad. También estamos muertos. O lo estaremos o podríamos estarlo, otro cráneo bajo la bota.

Pues no los acerca al suelo.

Pero son palabras como la épica, menos penetrantes que la enormidad sin fondo ni horizonte de la épica, palabras; y ella no puede entenderlas.

Troncos húmedos, moteados de nieve. Su frío entre los dedos convierte la promesa de calor en algo abstracto pero próximo, casi palpable; satisfactorio. Como la plenitud de un deseo a punto de cumplirse.

De repente hay un movimiento en la distancia, sobre el camino. Una forma humana. Los leños cayendo cloquean como huesos y ese sonido me persigue al entrar en la casa, mientras busco el fusil. Compruebo el cargador, la hilera de balas en las paredes de acero.

El hombre camina sin dirección, o siguiendo la dirección del camino ya trazado con una pesadez bestial y estúpida.

Como yo mismo había caminado.

Aparentemente desarmado, arrojado en los andrajos de un uniforme. Un pie tras otro, como si alrededor delante hubiera vacío, rodeando los leños caídos con una especie de estupor instantáneo. Algunos músculos de su cara parecen moverse más allá de su voluntad, latiendo bajo los mechones apelmazados de la barba. Sobre una de las cejas hay un costrón entreabierto y un hilo de sangre resbala por la mejilla. Se queda de pie, en la puerta, mirando el cañón del fusil como miraría un arroyo. Mi cara, a Eva, como se miraría un arroyo. Después pone una mano en mi hombro, apoyándose en él para entrar.

Permanezco de pie. En mitad de la cocina, equilibrando el peso del fusil sobre el brazo doblado, atento mientras el hombre se sienta en un taburete, junto a la ventana. Mira fuera. Luego a Eva. Por un momento parece interesarle Eva, pero esa extrañeza se disuelve. En su cuello comienza a resaltar espasmódicamente la cuerda de un tendón. El único movimiento en su inexpressión. Eva le dice algo. Él responde como si los sonidos le arañaran la garganta. Eva niega con la cabeza, elevando el tono mientras acomodo el fusil, aproximando un dedo al gatillo, y entonces él me observa con una

especie de tristeza que casi me avergüenza. Siento la necesidad de decir algo, lo que sea. ¿Qué quiere? le pregunto a Eva sin esperar respuesta.

- ¿Sabes quién es ella? - dice él de repente. Ese sonido comprensible está a punto de alegrarme, pero no lo hace. Se convierte en una forma de decepción o de parálisis, como llegar al final de alguna clase de huida.

- ¿Sabes quién es, de quién es esta casa?

Aparta la mirada.

- Da igual. Sólo quiero un poco de comida.

Suena tan lógico, tan fácil, tan preferible que abro el frigorífico vigilándole de reojo, el fusil colgando del brazo. Saco un trozo de costillar congelado. Eva me mira como si acabara de insultarla cuando lo arrojo sobre la mesa.

El hombre agarra el costillar. Se levanta. Abre la puerta, introduciendo el costillar entre el pecho y la chaqueta.

De qué lado has desertado, voy a preguntarle. No lo hago porque no importa. Pero siento la necesidad de arrancarle algo, algún tipo de respuesta, ahora que estoy seguro de que va a marcharse.

- ¿Hacia dónde vas?

Sonríe, aunque no parece una sonrisa.

- A ninguna parte. No hay adónde ir. Ahí fuera todo es guerra.

Me observa como sopesándome, el arma, antes de cerrar la puerta. Permanecemos junto a la ventana, viéndolo marchar. La respiración de Eva empaña el cristal. Su mano rozando mi mano. Desaparece entre los árboles, y aún entonces queda dentro alguna clase de tensión, y compruebo otra vez el cargador sin aliviarla, y repaso cada una de sus frases; en mi cabeza suenan amortiguadas, colgando deslavazadas.

Se sienta en la cama con una mano en la cadera, frotando la pierna más delgada para calmar el dolor de las articulaciones, forzadas por el disimulo. Adelanto los dedos hacia su muslo. Parece querer apartarlo como si se avergonzara, pero lo mantiene quieto, y pongo la palma en el temblor; bajo mi piel se amansa la lentitud de su miedo. Después desliza una mano sobre la colcha, hacia mi cuerpo.

Abro los ojos y la cara del desertor está en la ventana, palpitando bajo los costrones y la barba, aplastada, deformada contra el cristal, como un preso se aferraría a los barrotes y me levanto de un salto palpando el frío del fusil con la presión de la sangre tamboreando en las sienes en la garganta, pero al tratar de apuntar sólo hay tallos meciéndose tras el reflejo de mi cara. Eva se agita con un murmullo. Pone la calma de su mano en la base de mi espalda.

Por primera vez se mueve por las habitaciones despeinada, viene hasta el baño, me he puesto su bata y restriego mi ropa con jabón en la bañera. Pone los labios en mi cuello antes de alejarse, canturreando, y ese canturreo me hace pensar en, cómo se llamaría, de algún modo también Eva, saltando y cantando mientras alrededor del mundo, tablas de multiplicar como rezos, rezos como amenazas, pero el tablero todavía no ha chocado contra esa cara y la cortina de pelo baila en marañas.

La yema de los dedos en la humedad de su piel. Abraza las rodillas y veo emerger la línea de vértebras, meciendo la tibieza del agua. Algunas leyes básicas. Rellenándose con una consistencia de carne, de piel mojada, saboreando, dos lenguas. Pongo la barbilla en su hombro. La pausa caliente de su respiración en la mejilla. Frota un pie contra otro bajo el temblor de las ondas. Luego se echa hacia atrás. Donde se unen las clavículas hay un pequeño hueco lleno de agua. En qué piensas, digo, aunque no pueda entenderme. Ronronea algo parecido a palabras antes de reír suavemente, y el sonido de lo que no entiendo es música.

De repente fuera crece un chirrido, alrededor dentro como si el aire mismo se resquebrajara.

Salí desnudo, chorreando, Eva chapoteaba a mi espalda. Pulsé el interruptor, aunque sabía que ya era tarde y habían visto la luz en la ventana, ardiendo como un faro. Resbalé a oscuras sobre las baldosas y en el vértigo de la caída traté de agarrarme a algo, topando la frialdad del picaporte, cediendo bajo mi mano. En el dormitorio rastree el fusil, manoteando, algo se escurrió bajo los dedos rompiéndose con un chasquido. Tropecé la blanda aspereza de los pantalones y me metí dentro, tironeando sobre una pierna, la piel mojada pegándose a la tela, al otro lado de la ventana creí entrever un movimiento elástico y cauto, la sombra de una pantera.

El cañón del fusil sobresalía bajo su vestido en una silla, junto a la ventana, y al retirarlo de un manotazo descubrí los faros del todoterreno, dos ojos buscándome.

Algo chocó contra la puerta de la cocina, un crujido de astillas. Dos, tres veces. Encañoné el ruido. La puerta se derrumbó. Allí delante como en el interior de un túnel se movían sombras, un tableteo de botas. Quién, quiénes eran, el hombre de la fotografía con su sable.

- ¡Que no disparen! ¡Díselo, Eva, que no disparen!

Eva chilló algo. En la oscuridad se encendió el foco de una linterna contra mi cara, cegándome hasta el fondo del cerebro. Me arrastré tras la cama, de rodillas, sosteniendo la curva del dedo sin oprimir el gatillo mientras delante de mis ojos bailaban chispas blancas. Alguien gritó al otro lado, ¡no dispires periodista, no dispires! Apoyé los codos sobre la blandura de la cama, apuntando hacia la masa que avanzaba. Se detuvo con los brazos en alto.

- Te habíamos perdido - dijo - suerte que seamos nosotros.

Pulsó el interruptor. Tardé en reconocerle, cegado por la luz, atento al menor movimiento de sus manos. Era el fontanero. A su espalda aparecieron botas, cañones emergiendo tras las esquinas, cuerpos avanzando hacia la claridad.

- Has tenido mucha suerte - dijo - suerte que somos nosotros y no ellos.

Entonces reparó en Eva, de pie, envuelta en la colcha. Se miraban el uno al otro,

asustados. Seguí apuntándole, calculando, las sacudidas de Carl venían otra vez a mi cabeza. Alrededor los soldados se movían, entrando, cinco, seis, las armas gachas pero atentos, eran soldados pero no lo parecían, con chaquetas de cuero y bandas en la frente. El profesor mantenía una mano sobre la empuñadura de la pistola, observándome fijamente tras los cuerpos en movimiento. Los soldados comenzaron a rodearla, algunos sonreían de un modo extraño, como si la reconocieran. Uno de ellos cerró dos dedos en un pico de la colcha, tironeando hasta que apareció una curva de piel, ella apretaba las manos contra la tela, apretaba los labios. El profesor sostenía sobre mí esa mirada afilada. Dijo:

- Baja el fusil.

El fontanero sonrió.

- Periodista, somos nosotros.

Eva gimió, palmoteando aterrada los dedos que se aproximaban para tocarla.

Disparar y contener el retroceso para seguir disparando con las balas traspasando cuerpos, abriendo músculos y huesos antes de zambullirse en otro cuerpo, si había alguna posibilidad era esa, en ese momento, antes de que pudieran reaccionar, el profesor mordía el labio apretando los nudillos sobre el acero.

- Suéltalo, el fusil.

Si había alguna posibilidad era esa pero las balas también podían alcanzarla a ella. El profesor avanzó un paso, alzando la automática hacia mi cabeza.

- Suéltalo. Ya.

Dejé el fusil sobre la cama.

El profesor lo recogió, todavía encañonándome, colgándolo de su hombro. Eva logró zafarse, emergiendo como impulsada entre los cuerpos, un pecho descubierto, temblando, mirándome como Carl, como esa oveja, antes de que una mano cayera desde arriba, cerrándose en su cuello para arrastrarla de espaldas.

Salí de la habitación. En la cocina recogí un cuchillo de la mesa antes de escapar desnudo al frío, el fontanero me siguió.

- ¿Sabes de quién es mujer, ella? De un gran asesino del otro lado.

Movía el cuchillo entre las manos, sopesándolo. Tan sencillo, un tajo, antes de coger su arma y entrar, pero en la confusión también podía alcanzarla a ella, con las balas entrando, saliendo, rebotando, en todas direcciones.

- Ellos sacan los ojos - el fontanero crispó los dedos frente a mi cara - los arrancan con las manos. Suerte que viniéramos nosotros y no ellos.

- Suerte - dije, mirando su nuez, subiendo bajando.

- Mucha suerte.

Otro soldado llegó por detrás con el fusil en alto, la culata apoyada en el brazo doblado, un dedo en el gatillo, fumando.

Desde la habitación llegaban gemidos cortos, agudos, erizándome. El dolor del frío

envolviéndome, cualquier dolor, cualquiera, parecía lo único limpio.

Fuera había varios todoterrenos. Sólo el que había encabezado la marcha mantenía los faros encendidos. Cuando subía a la caja trasera siguiendo las botas del fontanero oí la voz de Eva, un sonido como el chasquido de un trozo de hielo, luego el resonar de una bofetada. Seguí mirando fijamente las perneras de los pantalones, sosteniendo la plegada nulidad de esa mirada para no volver la cabeza.

En la parte delantera el conductor y su acompañante charlaban, gesticulando, riendo. Uno de ellos llevó una mano a los testículos (honor en el puño, cómelo, su alma) carcajeando estruendosamente; bajo la fanfarria, un chirrido de gallina acorralada. Imaginé el burbujeo de su sangre manando, un solo movimiento (si lo que he hecho está mal qué dirías de ti, de esto) y alejarme luego, de Eva, de la sangre, de cada acto, como se habría alejado Carl.

- Qué va a pasar con ella.
- No van a arrancarle los ojos.
- Pero qué va a pasar.

El fontanero miraba la punta de sus botas, golpeando una y otra vez el tacón contra el suelo, tratando de desprender el barro.

- Quiero hablar con El Capitán, dónde está, quiero hablar con él.
- Está muerto.

Taconeando como si el barro fuera una suciedad corrosiva de la que necesitara desprenderse.

- Tú también - dije - como los otros.
- No. Yo no voy a tocarla, no la he tocado.
- Por qué.

Siguió taconeando. Obsesivamente, aunque el barro ya había caído en grumos. Sin expresión en la penumbra. Ese rostro, era él quien había vuelto la cara hacia los cadáveres, en la aldea, hacia el gemido, enrojeciéndola, una especie de culpa, más insoportable que la peor inocencia.

- Cómo te sientes - dije - te sientes mal, contesta, pudiste ayudarme ahí dentro, hacer algo.

Pegué una patada contra su bota y levantó el puño. El acompañante miró hacia atrás. Lo bajó.

- ¡Me importa una mierda, ella, eso me importa ella!

El conductor arrancó. Empezamos a rodar. En solitario. Los otros vehículos quedaron atrás. Pasé las manos por la cara sintiendo que otra vez algo se removía, retorciéndose en dentelladas. El fontanero colocó su fusil sobre las rodillas. Voy a pegarme un tiro, oí, me oí decir, un tiro.

- He oído eso muchas veces.

- En cuanto tenga un arma - seguí sin creerlo, una palabra empujando a la siguiente, lanzadas hacia su atención.

- Habrías disparado dentro de la casa.

- Lo habría hecho.

- Y habrías muerto.

- ¿Y ella?

- Y ella también habría muerto.

El alivio calmando mordiscos; pero bajo el alivio percutía un dolor sordo y profundo como tambores en la distancia.

- En cuanto lleguemos iré a la embajada, lo que quede de ella. O al aeropuerto, habrá algún avión, tiene que haberlo, tengo pasaporte.

Palpé los bolsillos de la chaqueta como si necesitara asegurarme aunque sabía que el pasaporte seguía allí. Como si no pudiera creer que fuera tan fácil. Un trozo de papel.

- Ven conmigo a la embajada - dije - te ayudaré a salir. Vamos, querías que te sacara de aquí, eso dijiste.

- Ya no.

- Por qué. Por qué ya no. Tú no eres como ellos. Aquella noche miraste atrás, en la aldea, te vi, yo te vi mirar atrás.

- Tu compañero, ese mercenario loco amigo del Capitán, le cortó los huevos - dijo, como recordándolo de repente - estaba sobre la mujer, llegó por detrás, de un tajo.

- No puedes quedarte, qué crees que te espera aquí ¡Vendrás conmigo a la embajada! ¡Te sacaré de aquí!

Tenía un puño cerrado en su chaqueta, la apartó de un manotazo, casi tuve que contenerme para no abofetearlo. Una desesperación que me sorprendió, como si el ardor de esas palabras pudiera limpiarme, como si pudiera lavar un crimen en otro, purgar con algo menos inútil que el arrepentimiento.

- Tú has tenido algo en esa casa. Yo no puedo marcharme ya.

- Pero miraste hacia los fusilados, las casas en llamas.

- Los fusilados me importan una mierda.

- Entonces, qué mirabas, por qué miraste atrás.

Qué otro muerto. Aquella vaca, el círculo de soldados, el profesor al lado del Capitán, con la pistola en la mano; protegiéndolo.

- ¿Quién mató al Capitán?

- El Capitán era un héroe loco.

- ¿Quién fue? ¿Fuiste tú? Porque disparó contra la cabeza de ese hombre ¿Es así?

Se inclinó hacia delante, tocando el hombro del conductor. El fusil resbaló de sus rodillas y adelantó una mano para sostenerlo. Al principio susurraban, pero poco a poco fueron elevando el tono hasta lo que parecía una discusión. El acompañante me examinó con una mirada nueva. El todoterreno redujo la marcha como si fuera a detenerse.

- Me da igual que mataras a tu Capitán, ¿lo entiendes?

El conductor comenzó a asentir con la cabeza mientras el acompañante se inclinaba hacia delante, buscando su arma.

- ¿Que vais a hacer?

El todoterreno frenó, lanzándome hacia delante, hacia el fusil, lo agarré. El fontanero trataba de ponerse en pie, gritando, adelantando una mano, disparé a bocajarro, la sangre chocó como un cintarazo contra mi cara mientras el cuerpo salía impulsado, volando contra la lona del jeep, rasgándola, deslizándose por la abertura hacia abajo; el acompañante alzaba el arma cuando su cabeza explotó en la llamarada, tras el deslumbramiento el conductor trataba de apearse, chillando (burbujeando en la garganta un graznido) el disparo le abrió la espalda, con todo ese rojo a la vista sobre la cara un lamento espesándose donde el cuerpo se retorció en el suelo. El machete de su funda, rechinando, el fontanero gemía al otro lado de la lona, en el suelo, con la boca abierta, hundiendo los dedos en el barro, arqueándose. Caníbales, bien, hay algo honesto decidido, casi lógico, la tela del uniforme rajándose en hilachos, un corazón zulú de león, blanda en el puño otro trozo de carne, una tierra donde la muerte, ácida correosa, tú yo llevamos el peso de otro, jugosa sangrienta, crecí con ellos una bestia más danzando alrededor del fuego, secretos, limpiándolo con la manga como si fuera licor, canturreando, lo tienes, algo grande por dentro, de los cojones al cerebro, como un eco repitiéndose y eso se queda ahí yendo viniendo, grandioso, entiendes ahora dime no es grandioso matar morir cada segundo el último girando canturreando creciendo como un eco se queda ahí yendo y viniendo yendo y viniendo.

Ardía en amarillos, una claridad en la distancia. Detuve el todoterreno en el camino. Seguí a pie. Armado, sigiloso. Las huellas de los neumáticos rodeaban la casa. Como si se hubieran movido en círculos antes de marcharse. Las paredes humeaban en llamaradas. Había trozos de tela colores vestidos rasgados pisoteados. Lo que parecía otro vestido, ella, sucia, con las piernas informes, dobladas extrañamente, como si no hubiera huesos sosteniendo la carne amoratada. Donde deberían estar sus ojos, sus ojos blancos redondos aplastados sobre la arcilla y una urraca graznaba picoteando esa sustancia blanca; su mirada.

Hundí la pala. Se lastró de una arcilla grasienta, revuelta con hilachos de hierba. Iba espesándose en la profundidad, compacta, untuosa, pesando sobre la curva del acero, plomando las suelas. Esa carga elevándose al final de la madera se astillaba contra la piel, al principio sólo un escozor. Emanaba una humedad tibia, pútrida, de raíz muerta. El suelo de Europa. Tres mil años de civilización bajo los pies, en el hierro, coagulándose, endureciéndose bajo las paletadas, mate, pardusco, con manchas cálcicas. Desprendía un hedor meloso que se licuaba en el fondo, chapoteando, en la boca, tumefacto, el filo de la pala cortándolo producía un sonido de vísceras. Carne en la carne, sangre viva en las manos, fauces, negra, podrida, alrededor, cerrándose como un estómago.

Detuve el jeep en la entrada de la embajada. En la cima del edificio flameaba todavía una bandera. Eché a andar hacia la verja, desvencijada. Había una mujer, un viejo, quietos, al comienzo de la calle. Mirándome. Miradas como lenguas lamiéndome la espalda.

Trasasé la verja.

Tan sencillo, escapar. Entrar con dos pasos en un lugar donde todo aquello podía mirarse otra vez como a través de una ventana. Por un momento llegué a creer, creo que llegué a creer que era cierto. Que todo, excepto lo que ya llevaba dentro, quedaba para siempre al otro lado. Atrás. Esa oscuridad, cerrándose atrás.

Esto lo leí en un periódico, y es cierto:

“Bajo esa sólida apariencia se oculta una falla. Los terremotos, aunque de baja intensidad, se repiten tan frecuentemente que la población se ha acostumbrado a ellos. Pero esas sacudidas repentinas, que apenas hacen vibrar las paredes, son sólo un síntoma de lo que se esconde tras la corteza. Las tremendas fuerzas de convección que actúan bajo el subsuelo pueden provocar en cualquier momento la destrucción de cuanto se asienta sobre la tierra, abriéndola desde los cimientos.”

“Semejante muchedumbre, con cantidad de bultos y maletas, alborotando como críos, esa alegría en las caras. Caras explotando de ilusión, auténtica ilusión, ¿lo has visto?”

Una voz. Lloviendo, humana. Rasgando la burbuja de silencio.

Harvey vivía en el apartamento de al lado. De vez en cuando llamaba a la puerta con una caja de cervezas bajo el brazo. Se sentaba en una de mis dos sillas y bebía, una lata tras otra. Una vez me contó que se había divorciado. Tenía un hijo de ella. Habían compartido casa en un pueblecito del sur. No pudo soportar esa vida.

“Sobre todo en verano, pero en realidad no importa que sea verano, durante cada uno de los meses del año, cada uno de los días del año.”

Ahora vivía en el piso de al lado con una mujer también separada. Tenía dos niños. Harvey los trataba como si fueran suyos.

- No te parece, vamos, admítelo, no da miedo ver semejante muchedumbre comprando billetes hacia cualquier parte, da igual, donde sea. Imagina un sitio, el primero que te venga a la cabeza, el más recóndito, pues allí también van. Viajar, viajar, viajar.

Vendía alguna clase de complicada maquinaria para la industria textil. Viajaba mucho, aunque raramente hablaba de los lugares que había visitado. Decía cosas como los franceses untan esas mismas patatas con mantequilla, o en Japón hay restaurantes donde puedes comer pescado crudo sobre una chica virgen en pelotas, pasado un rato resulta bastante tonto.

- ¿Pero qué hay en el lugar al que van, de qué quieren escapar? Yo te lo diré. Lo mismo. Edificios como estos, apartamentos como estos, gente como tú y como yo, la misma gente encerrada en apartamentos como estos deseando escapar, la misma clase de gente. La misma vida, a un lado, al otro, arriba, abajo, da igual. Lo mismo en todas partes.

Permaneció callado, rascándose un brazo, como asimilando sus propias palabras. Me tendió una de sus latas. La dejé sobre la mesa. Volvió a rascarse otra vez, el brazo, la mejilla.

- Lo peor es, mira, piénsalo bien. ¿De qué quieren escapar?

- Dímelo tú, Harvey. De qué quieren escapar.

Frunció el ceño, removiendo el líquido contra las paredes de la lata.

- Vamos, ábrela - dijo - ¿Por qué nunca bebes mi cerveza? ¿Crees que voy a envenenarte?

- El alcohol daña el hígado.

- ¿Hasta qué edad quieres vivir? Vamos, ábrela, alegre esa cara.

- No puedo beber. Tomo medicamentos.

- ¿Qué clase de medicamentos? ¿qué te duele? puedo recomendarte a un buen amigo mío, es de fiar, te daré su teléfono.

- No estoy enfermo, sólo son tranquilizantes. Me cuesta dormir.
- ¿Somníferos? ¿Te estás drogando con esa porquería? ¿Qué eres, uno de esos locos que van al psiquiatra y oyen voces en su cabeza?
- De qué crees tú que quieren escapar, Harvey.
- Pues, bien, no lo sé. Eso es, es el fondo del asunto. De qué quieren escapar.
- Del aburrimiento.
- Nadie huye así del aburrimiento. No puede ser aburrimiento. Esa gente busca algo. Yo no sé lo que es, pero sí te digo que esa gente busca algo, huye de algo. Con toda seguridad.

Estaba allí, de pie frente al espejo, con una taza de café. Mi cara. Cada línea. De algún modo era yo y no lo era. Alguien, otro, yo mismo dentro de mí. Mordiendo.

Inocente. Esa palabra, dulce y tibia, aglutinándose en la curva del paladar como un grumo de miel. Mi nombre no es Abraham Katz. No soy yo. Ni siquiera tengo nombre. Nadie.

Una mujer bajo un porche, el mandil ensangrentado, un cuchillo en la mano, buscándome, llamándome. Pero no es mi nombre. A veces sueño con eso. Sé que me despedazaría tan familiarmente, tan convencida de que formo parte de ella, que lo haría con un cuchillo de cocina y sobre el mantel del comedor. Un acto tan necesario y tan ajeno a la culpabilidad como el sacrificio de un cerdo. Carne de mi carne.

Pero a quién busca. No me conoce. No me conozco. No soy yo. Nadie. Y eso es lo que me mantiene despierto en mitad de la noche. Hay un hambre latiendo en el interior de la oscuridad, bombeando como un corazón. Y jamás puede saciarse. En mis sueños sé que esa mujer matará, pero jamás podrá encontrarme. Ese es el rencor que apila montañas de cadáveres anónimos. La sangre heredando el relato de la sangre. Como una divina palabra sin significado.

Pienso en lo que pasó, cada día. En esas sombras que detuve en la oscuridad. Pero cuando me miro en el espejo no veo a un asesino.

Mi rostro.

Cada línea.

No veo a un asesino. Pero tampoco sé a quién veo.

Salí a comprar el periódico, volví con él a casa. Había otra guerra, o la misma, ardiendo en algún lugar. La verdad, la historia, entre sucesos y economía. Pasé la página.

Luego lo cerré.

Volví a sentarme. Lo abrí por la sección de empleo. Un trabajo inocuo, que no dañara nada ni a nadie de ninguna manera, eso quería, mi único requisito.

Podía haberme vuelto loco. Era muy posible. Quién podría reprochármelo. Aunque un loco jamás duda de su locura. Es la única manera de mantenerse cuerdo. De todas formas necesitaba una segunda opinión, así que dejé el periódico abierto por la sección de empleo y esperé a que llegara Harvey. Cuando se hubo sentado le conté cuál era mi único requisito.

- Ni uno solo, haz la prueba. Venga, lee, prueba, señálame uno, uno solo. Un solo trabajo que no dañe a nadie de ninguna manera.

- ¿Pero qué te pasa, qué es lo que tienes en esa cabeza?

- Vamos, ahí tienes el periódico, señálame uno solo.

- Muchacho, realmente necesitas un psiquiatra. Lo digo en serio. Te daré un teléfono. Dile que vas de mi parte, ¿Irás?

El director del colegio hizo ademán de levantarse, tendiendo una mano desde arriba que me costó doblegar, apretándola hasta distorsionar la condescendencia de su sonrisa. Tenía el pelo largo, entrecano, recogido en una coleta y llevaba sandalias, bajo la mesa veía sus dedos, replegándose y estirándose sobre las suelas. Fuera, en el patio, los niños corrían. En fila, vestidos con uniformes de fútbol, el nombre del colegio en las espaldas. Ondeaban al sol como banderas. La forma del vaso.

- El orgullo de nuestro centro. Es necesario que aprendan a ser competitivos.

Al chirrido del silbato saltaban y se agachaban antes de seguir corriendo.

- Ahí fuera les espera un mundo duro, lo sabemos. Vivimos en una sociedad extraña. Producir, vender, comprar, podríamos decir que en eso se resume todo. Quizá sea culpa nuestra. Desearíamos que fuera distinto ¿Verdad, señor Katz? Al menos usted y yo lo desearíamos. Pero es como es. No podemos cambiarlo.

Formaron dos líneas. Una línea se lanzó contra la otra con un grito acompasado y hueco, chocando, empujando. Quizá por eso era tan fácil cuando llegaba el momento. Formar dos líneas de cuerpos y lanzar una contra otra.

- Y porque no podemos cambiarlo promovemos una actitud luchadora. Pretendemos que los alumnos que formamos sean triunfadores. El futuro. Son el mañana. Nosotros ya hemos hecho cuanto podíamos. Y bien, señor Katz, ¿a qué se ha dedicado en estos últimos años? ¿en qué otros centros ha trabajado? En resumen, qué experiencia puede aportarnos.

Pensé en lo que llevo dentro, en si podía ser contado, entendido, aprovechado. Esas aristas y oquedades más allá de he vivido y matado, ambas cosas la misma, pero lo importante eran los ángulos que había más allá, en su fondo, y no podían entregarse en filas, rezos, allanado; mostrar que al otro lado había algo, otra lógica o algo parecido a una lógica, un torrente sin cauce que simplemente discurre, capaz también de romperlo todo. Basura. Toda la basura que crece bajo esa frase, producir vender comprar.

- Ya he hecho cuanto podía - dije - y de qué sirve la experiencia.

Arrastrándola de una pierna lo que parece una pierna pero no puedo meterla en ese agujero, la boca abierta de una tierra podrida licuándose dulce pastosa como un vómito deslizándose por la traquea. Voy por gasolina al todoterreno, hay dos latas donde están encharcados los trozos y dedos y pedazos, en una cruz ardiendo mientras alrededor los cuerpos, el fontanero chilla con una mano de rana levantada, no es grandioso, tú no dice Jim, tú no dice Carl a mi espalda, tú no eres como yo como ellos, la violaste dice la violaste con los brazos tras la cabeza sonriendo sumergido en el torrente del arroyo,

sobre su cabeza se resquebraja el cielo amarillento como un impacto en el cristal, una enorme tela de araña que ocupa el cielo.

Trago dos pastillas y salgo vistiéndome masticándolas escaleras abajo, atardece o anochece y voy caminando en esa claridad que se sostiene ocre, opaca, derramándose como una excrecencia de algo.

Un billete, digo en la ventanilla, para el siguiente tren que salga, ¿Dónde quiere ir?, una voz neutra, sin cuerpo. A cualquier parte, cualquiera. La mano al otro lado barre las monedas y tiende un pedazo de papel a través de ese agujero como la puerta de una caseta para perros y yo me inclino tratando de ver su cara pero no lo consigo y guardo el papel en un bolsillo; de pie en el andén compruebo que sigue en el bolsillo como si no pudiera creer, tan fácil.

Al otro lado de la ventanilla esa luz se diluye licuándose rauda, una sensación de huida desde la inmovilidad. Sencillamente sobre esa velocidad sin llegar a ninguna parte, como si no fuera verdad que al cruzar la verja.

Se abren las puertas. Un roce en la yema del dedo. Como la quietud de su mano en mi espalda. La mano de una niña. Que se queda de pie, agarrada a una barra. Junto a mi asiento. Bajo mi mirada.

Blanca aplastada sobre la arcilla como los cuervos se abatirían sobre los ojos.

El revisor pide billetes. Le pregunta por su billete a la niña y ella le habla en un idioma que no entendemos. El revisor grita, tensando el cuello en el cuello del uniforme, llenándolo, mi deber, documentación, el derecho a permanecer en este lado del cristal. Dice negra, también, con las venas hinchadas, como si fuera necesario. Como una puerta que se cierra. Verla encogida desde la distancia, en el frío, y cerrar la puerta y saberla muerta sin tener que enfrentar su cadáver, entrañas. No hace falta un disparo para matar y volver al calor, la peor inocencia.

Digo cuánto es, levantándome, su billete, cuánto, el ridículo de monedas tintinea en el cuenco de la mano mientras alrededor, ascendiendo desde la quietud con la densidad viscosa de una niebla, penetra esa luz retorciéndose, pesada, añeja; enroscándose como lo haría una comadreja.

“Los desempleados y las deudas. Sobre eso se sostiene la civilización occidental, qué te parece. Me di cuenta el otro día, puedes creerlo, hasta el otro día no me di cuenta. ¿Sabes lo que debo al banco? Veinte años de trabajo. El sueldo de veinte años para tener un techo sobre la cabeza.”

Harvey parecía crispado. Un poco asustado, también. Un paso más allá de la hartura. Ese tono de los que empiezan a llegar al final de algo, ese punto donde se apoya el pie como en un estribo, justo antes de que tome la forma de una decisión.

“Envidia a esos negros que construyen una choza en cualquier lugar, en un día, y esa choza es suya, les pertenece. Yo ni siquiera poseo el lugar en el que vivo. Vivo de prestado. Qué clase de mundo es éste, dime.”

Además de las cervezas había traído una bolsa con filetes, huevos, pan, mantequilla, café. La había dejado sobre la mesa, junto a las cervezas, he traído también esto, soltándola como si le aliviara librarse del peso, sin darle importancia.

“El otro día estaba en la cama, resfriado, no exactamente enfermo, ya me entiendes, pero con malestar, y pensé, me dije, hoy no voy a trabajar. No tenía por qué ir, Bram, realmente me encontraba mal. Por cierto, ¿no te han llamado de ese colegio todavía? A eso me refiero. Hay veinte desgraciados por cada puesto. Estaba en la cama y lo vi claro, Bram. Hay veinte, treinta esperando, la menor debilidad, un indicio de debilidad y esos veinte desgraciados caen sobre tu puesto. Así es como empieza. Luego el tiempo pasa y no consigues desplazar a otro pobre idiota como tú y no puedes afrontar los pagos y el banco te embarga, acabas pidiendo en la puñetera calle, así de fácil, una palmada, joder, y antes de que te des cuenta estás pidiendo en la calle.”

Voy guardando uno por uno los huevos, cada uno en su óvalo de plástico, alineados, almas, no sé cómo alguien puede asemejar los huevos a las almas, qué tienen en común; quizá que puedes comerlo, y pienso en la mía, redonda, blanca, encajada en su óvalo, pero no, yo no tengo alma, tengo filetes de cerdo.

“Crees que estás seguro, que lo que tienes es real, que tú nunca serás como esos dementes que ves en harapos por la calle, pero no lo es, no es real, ninguna seguridad. Una mañana tu jefe decide largarte, cualquier motivo, porque sí, y ahí acaba todo. Desempleados y deudas, a eso se reduce, no es espantoso. Espantoso. Miedo y esclavitud, Bram.”

Se levanta, saca la cartera del bolsillo, extrae un par de billetes, los deja sobre la mesa. Luego palmea mi espalda.

- Un préstamo. Ya me lo devolverás cuando consigas trabajo.

Mi padre está en el sofá, callado, mirándome con desconfianza, como si supiera. La casa de la abuela era muy bonita, le digo a mi madre, de piedra, con balcones. El sofá parece pequeño y viejo y mi silla también, la madera se clava en los muslos y cruje. Qué había dentro, cada detalle, cuéntame cada uno de los detalles. Había un cuadro en el salón, un prado verde con un río, el cuadro tenía un aspecto antiguo, lo demás no. Y quién vive allí ahora. Un matrimonio, digo, con dos niños. Cómo se llamaban. Él se llama Harvey; Harvey, caramba, eran americanos, sí, y qué hacía allí un matrimonio de americanos, no lo sé, mamá, estaban allí, simplemente. Él repara máquinas de confección, viajan mucho. Máquinas de confección, pero allí hay una guerra, y por qué te cuesta creerlo, mamá, nunca te ha costado creer, por qué dudas ahora. Qué quieres decir. Que te lo estoy poniendo fácil, mamá, es una cuestión de fe, eres experta en eso.

- Déjale - dice mi padre - está cansado del viaje.

- Tengo derecho, si hay alguien que tiene derecho a preguntar, quién tiene más que yo, hablamos de mi madre.

El techo parece muy bajo y tiene manchas amarillentas como restos de orín en unos calzoncillos. Ese tono sucio, rancio, de pergamino, también impregna las paredes, el aire, tengo las manos apretadas, cerrándose una contra otra y no puedo dejar de olerlo. Ella no existe, voy a decir, ni un rastro, o existe del mismo modo que lo demás, tu Moisés, la ley, khoser, lo que crees ser y pensar, enfréntate a eso de una vez, estoy a punto de decir. Pero no lo hago. Una especie de piedad. También porque en cierta forma ya lo sabe, en lo más hondo, de donde sale esa avidez, esa necesidad.

- Mujer, estás agobiando al chico, a saber qué habrá tenido que ver allí.

También podría decir, he matado, he violado, descargar eso sobre ellos, sobre alguien. Qué harían entonces. Irían corriendo a casa del rabino y lo levantarían de la cama, por lo más sagrado, tiene que venir, ahora mismo, ridículo, no es ridículo. Acudiría enseguida con el perdón bajo el brazo y me postraría de rodillas y derramaría esa santidad sobre mi cabeza, como si sirviera. Como si su perdón sirviera, como si alguien pudiera perdonarme, y clamarían pobre, pobre hijo, qué hemos hecho, dónde nos equivocamos para que te conviertas en qué clase de monstruo.

- Tienes mala cara - dice mi madre - por qué no te quedas aquí con nosotros una temporada, te vendría bien. ¿Sabes quién ha preguntado por ti? Sara. ¿Te acuerdas de Sara?

Ahí está. Tan sencillo. Quedarme, comer Sara en lugar de cerdo, decir sí y saber dónde está todo, el bien, el mal, la sal, y ¿no es una manera de ganarse la vida como cualquier otra?

- Me voy mañana por la mañana. ¿Podéis prestarme un poco de dinero?

En la sala de espera había una mujer madura. La capa de maquillaje, muy espesa, confería a su cara un brillo aceitoso. Bajo el aroma romo y floral de la colonia persistía un olor afilado, a limpiacristales o detergente. Canturreaba, un ritmo monótono. Llevaba minifalda y medias negras. Cruzaba y descruzaba las piernas, gruesas. Sus manos, cortas y duras, parecían más viejas que ella.

Se abrió la puerta y salió un chico trajeado. Parecía aturdido. El traje le colgaba en bolsas. Prestado. "Que pase el siguiente" dijo la secretaria desde detrás del mostrador. La mujer frunció los labios, cerró los puños. El esmalte de sus uñas estaba descascarillado. Suerte, dije. Me miró como si acabara de aparecer a su lado.

- Tengo dos niños y limpio la mierda de otros. No puedo tener suerte.

Se levantó, estiró la falda, fue hacia la puerta, atusándose el pelo. Permaneció un momento con el picaporte en la mano, mordiéndose los labios, mirándose las piernas. Se subió un poco la falda, hasta mostrar el inicio de las nalgas.

La secretaria mascaba chicle, ojeaba una revista. A su espalda había un cuadro de tonos azulados y verdosos que combinaban con el mobiliario. Producir, vender, comprar. Quizá pudiera salvarnos lo que no cabe en esa frase. Pero el único arte que queda es el que combina con el mobiliario.

Sonó el teléfono. Una, dos veces. Se inclinó para cogerlo y sus pechos se agolparon en el escote. Sí, dime, qué tal. Sonreía mucho mientras hablaba. También ella combinaba con el mobiliario. De eso se trataba.

La mujer salió, cerrando la puerta muy despacio. Su cara era más pesada, flácida. La falda, muy alzada, enseñaba el pico de claridad de las bragas, transparentado bajo las medias negras. Parecía a punto de tropezar sobre los tacones. Se quedó de pie junto a mi asiento.

- Elija la pala.

-¿Qué?

- Elija la pala. Hágame caso. Elíjala.

- Que pase el siguiente - dijo la secretaria, cubriendo el auricular con una mano.

La mesa era muy grande y mi silla muy baja. Los fluorescentes se reflejaban en la madera pulida. Había un tomo de hojas bajo un pisapapeles de vidrio coloreado. El entrevistador dijo; siéntese. Un hombre muy joven con una camisa de seda y el pelo engominado, un aspecto aséptico. ¿Qué había dicho el director? el futuro, son el mañana. Cogió el primer papel del mazo, mi dirección, mi nombre, señor Katz, soltero, pone aquí, sí, bien, eso está bien, un resumen de mí mismo que no era yo. Historiador, murmuró, un poco sorprendido. Bien, bien, y sabía qué pensaba; uno de los míos, un buen chico que ha caído, hay que echarle una mano. Luego me observó largamente, una mirada de juez, y también podía adivinar qué pasaba por su mente. Por qué ha caído, qué oculta, qué; repitió historiador, así que es usted historiador y yo dije,

psicólogo, así que es usted psicólogo. Carraspeó. Se echó hacia atrás en su gran sillón, distanciándose. Abrió un cajón, extrajo otro papel, lo sostuvo con dos dedos, delicadamente.

- Bien. Señor Katz, si estuviera en una isla desierta ¿Qué tres objetos de esta lista llevaría consigo?

Me tendió ese papel lleno de palabras: una pala, un bidón de agua, un libro, una máscara, una manta, una batidora, un hacha, un paraguas, examinándome como si cada uno de mis gestos fuera crucial. Iba a escoger esa palabra que significa pala y llevármela a esa palabra que significa isla, una palabra sobre otra pero me acuerdo de la mujer, de sus piernas, hinchadas, gruesas (informes dobladas como si no hubiera huesos) ese olor a limpiabaños, la dureza de sus manos.

- ¿Por qué iba a ir a una isla desierta? - dije de repente - aunque la imagen me agrada, una isla desierta, yo, sólo.

- No importa, usted va a una isla desierta, ¿Qué se llevaría?

- Qué isla, dónde.

- Da igual.

- No da igual, no es usted quien va a ir a esa isla.

Apuntó algo en el papel.

- Bueno, dejémoslo. Y dígame ¿Qué aficiones tiene, qué le gusta hacer?

- Violar. No me gusta pero lo he hecho. He violado a una mujer que sólo trataba de evitar que matara a su hijo. También he cortado cuellos, y pollas, he cortado una polla, de verdad. Incluso me la comí.

Carraspea otra vez. Se reclina. Afloja la corbata.

- ¿Realmente quiere el trabajo?

- ¿Por qué está usted aquí?

- ¿A qué se refiere?

- ¿Realmente quiere el trabajo?

Desanuda la corbata. Mira por encima de mi hombro hacia la puerta cerrada. Apoya las manos en los brazos del sillón como si fuera a levantarse, mirando fijamente el espacio que separa su asiento de la puerta. Vuelve a recostarse. Pasa una mano por la cara.

- ¿Está usted siguiendo un tratamiento médico? - pregunta. Por primera vez el tono de su voz es cálido, incluso su interés parece auténtico.

Pero no importa lo que parezca.

- ¿Sabe el daño que está haciendo, el daño que ha hecho a esa mujer?

Cojo el pisapapeles que aplasta ese tomo de hojas como cabezas de hombres, lo muevo de una mano a otra, sopesándolo. Pasa otra vez la mano por la cara, tensa, arrugada, tan arrugada que parece a punto de gritar.

- Por favor ¿Qué quiere de mí? ¿Se trata de algo personal?

- Ésta es la sección de personal, así que tiene que tratarse de algo personal.

Sus manos tiemblan. Las entrecruza sobre la mesa, apretándolas hasta que los nudillos palidecen.

- Por favor, qué quiere de mí.

Sus pupilas siguen tan fijamente el movimiento del bloque de vidrio entre mis manos que parece hipnotizado, a un lado, al otro, como en un partido de tenis, ¿no es gracioso?

- ¿Y usted, qué quiere usted de mí? ¿Y la isla, ya no le importa la isla?

Enrojece, parece a punto de estallar.

- ¡Por dios, qué isla!

- Eso es, qué isla. Ahora lo comprende.

Dejo el pisapapeles sobre la mesa, suavemente.

- Nunca ha existido ninguna isla. Ninguna isla, repito, también para mí.

Ese peso como tomos de arcilla lastrando las botas, como un falso suelo hundiéndose cediendo, apenas me permite caminar, empujándome junto a la velocidad de los coches como un vértigo. Hay un chirrido de frenos muy cercano y algo pasa botando bajo la masa de hierro hasta llegar al otro lado y se queda allí, quieto sangrando con la cabeza tronchada colgando, y mientras la gente sale al césped de sus casas y el conductor baja con las manos en la cabeza, rapada calva tirante, tiene un uniforme napoleónico y galones de comandante, mientras el comandante baja gritando me alejo evitando mirar el cadáver, de quién se trata, entre ella y la muerte, grita el comandante, entre ella y la muerte, y entonces veo que mi camiseta está manchada, esa suciedad ahora también fuera, y cuando despierto sudando ese sudor tiene una tibieza de sangre.

“Los indios, cuando eran demasiado viejos y resultaban una carga para la tribu, se iban a morir a la montaña. Subían a la primera montaña que encontraban y se dejaban morir, de hambre, de sed. Hay que tener mucho valor, una voluntad de hierro para dejarse morir así, ¿No crees?”

Eso había dicho Harvey en una ocasión. Pensaba en ello mientras me restregaba con la esponja, apretándola, raspando la piel enrojecida, esa tibieza.

“Y tiene su lógica, si te lo planteas, cuando hay escasez, cuando no hay comida para todos, para los niños, para continuar el ciclo. Esa gente comprendía la trama del mundo en que vivían, ese hilo que une todas las cosas. Pero, ¿Sabes qué hacen ahora los viejos? Me refiero a los viejos pobres, auténticamente pobres. Se colocan junto a la carretera, esperan a que pase un coche lujoso y se tiran bajo las ruedas. De esa manera su familia cobra el seguro. Un futuro para los que vienen detrás.”

Una suciedad tan incrustada que nunca podría arrancarla.

“Pero, y esto es lo peor, hay suficiente, de sobra para todos. Mira en tu basura cualquier día, cuántos podrían sobrevivir con lo que desperdiciamos. Entonces, ¿qué es lo que no funciona? Podríamos ser tú o yo, puede que algún día tengamos que tirarnos bajo las ruedas”

Eva. Una isla. Solo, solos, una paz en eso, la única posible. Pero nunca ha existido ninguna isla, no es eso lo que yo mismo he dicho, nunca, para nadie, quién creo que soy, otro hilo en una trama, quién querría, quién debería ser.

Una gota resbala de la curva acerada del grifo y choca contra la superficie del agua. La onda va creciendo hacia los bordes. Deformando el reflejo de mi cara. En el muslo. De mí queda la cicatriz de su cuchillo.

“Me refiero, vas al supermercado, estás allí con tu carro rodeado de esa cantidad de cosas que son las que comes, lo que vas a comer.”

Vi a Harvey probándose las bragas de la mujer con la que vive. A través de la ventana. La ventana de mi salón cae frente a la de su dormitorio. Había cerrado las cortinas, pero la ventana estaba abierta y un golpe de viento las alzó en faldones.

“Quiero decir, somos lo que comemos, ¿No es cierto? En cierto modo es así. Pues bien, vas con tu carrito entre esa cantidad de cosas y no sabes qué contienen. De dónde vienen, quién las ha tocado, ¿entiendes? cómo ha vivido ese animal, cómo lo han matado, quién. Comes cosas que en vez de ingredientes tienen números. No sabemos qué comemos, cómo vamos a saber quiénes somos.”

Aquel día Harvey estaba de pie junto al espejo del armario, posando. Pude entrever sus piernas peludas enfundadas en lo que parecían medias rojas, el tamaño de los testículos apretado en las bragas de encaje. Miedo y esclavitud.

“O con quién vivimos. Me refiero, crees que puedes llegar a conocer a alguien, pero realmente, ¿De verdad conocemos a alguien? de los que nos rodean, así de cercanos. Estoy aquí sentado contigo y podrías ser uno de esos dementes que cortan en trocitos a sus víctimas, sí, no te rías, podría abrir tu congelador y encontrarme una cabeza, quién me asegura que alguna vez no has matado a alguien, o has violado a alguien y ahora estás ahí sentado tranquilamente, mirándome con esa cara, como si no pasara nada.

- Corté el cuello a un amigo. He violado a una mujer.

Se echa a reír, coge otra lata de cerveza.

- Lo hice.

Parece asustado. Dura un momento. Luego sigue riendo, estruendosamente, mientras abre la cerveza. Un cacareo forzado. Pobre Harvey.

Tenía una lata de carne entre las manos. La giraba buscando los ingredientes mientras alrededor la gente se movía llenando sus carros. Carne pagada con ese dinero, pero no es cierto que él sólo anota números, que nunca toca las armas. Había un individuo a mi lado cogiendo un envase, tenía un aspecto gris, de oficinista, esa normalidad, no somos todos grises, normales, un poco oficinistas. Un buen día, ¿no le parece? dijo. Es una carne deliciosa, esa que ha cogido, llévesela, a mis hijos les encanta. Pasó una quinceañera pecosa con coletas, los pezones resaltaban en la camiseta corta sobre la suave redondez del vientre, el tipo la miraba. Era ese modo de mirar, mucho antes de que moviera los labios, la lengua, chasqueándola, esa fijeza húmeda y pegajosa,

saliva; pequeña furcia, dijo entre dientes, no le ponen cachondo esas pequeñas viciosas furcias (vi cosas que no me gustaron en el otro lado, ese tipo de miserias, la guerra, en qué otro sitio puedes). Algo se removió en mi interior como un caimán en el lodo.

Jodido hipócrita, dijo el tipo, sonriendo, una simpatía sincera.

“Y lo peor, no puedes saber qué desastre estás causando en alguna parte del planeta al echar una caja de cualquier cosa en el carro. Puede resultar que para fabricar un jersey, de eso entiendo, lo sé, que al comprarlo contribuyas a que millones de personas, millones, en cada uno de los eslabones de la cadena, desde el que siembra hasta el que manufactura, millones de personas, ¿Me sigues? trabajen explotados de sol a sol, cayéndose de hambre. ¿No es horrible? Y qué puedes hacer al respecto. Algún día eso caerá sobre nosotros. Te lo digo muy en serio.”

Cogí una de sus latas de cerveza, la abrí.

- Adónde quieres llegar, Harvey.

- No sé. Cómo voy a saberlo. Si lo supiera ya lo habría dicho. Puede que pensar tanto no lleve a parte alguna. Tantas cosas dando vueltas en la cabeza, para qué. Las cosas son como son, supongo. ¿Tú que crees?

- Yo no creo. Yo sé.

- ¿Y qué crees saber? Cómo puedes creer que sabes algo, en semejante mundo.

- El mundo también lo formamos nosotros. Quizá habría que empezar por nosotros mismos.

- Qué pretendes decir con eso.

El lunes por la mañana recibí la orden de incorporación. Por correo certificado. Acudí a la oficina de correos que indicaba la carta. Allí me entregaron un uniforme con gorra, la saca, un listado de normas. Me presenté ante el jefe de zona dentro del uniforme. Mi piel parecía rechazar aquella tela y a lo largo del día, sudando de buzón en buzón, comenzaron a hincharse ronchas moradas por todo el cuerpo. Solicité permiso para presentarme sin uniforme. El jefe me tendió otra vez el listado de normas por encima de la mesa.

Al día siguiente recogí el correo que debía entregar y me dirigí a casa. Antes de subir compré mantequilla en la tienda de la esquina. Me quité el uniforme y miré las cartas a trasluz, una por una. Abrí las que contenían billetes. Las demás las tiré a la basura. Luego preparé unas tostadas y las unté de mantequilla. Llené la bañera.

Fui masticándolas despacio.

Mecido en el agua tibia.

Una tarde salí a pasear. Deseé tener perro, pasearlo como una coartada, pero no lo tenía. Tampoco había por dónde pasear. Algo más que ir y venir por la acera, entre gente que subía o bajaba, comprando, vendiendo, ridículos intercambiando miserias. Avanzando hacia lugares donde creían que les aguardaba algo o alejándose de ellos. Entre tanta gente en movimiento había un vagabundo, quieto en una esquina, escribiendo sobre un trozo de papel. Me detuve a su lado. Solté una moneda que no pedía y a la que no miró. Dibujaba círculos. Un círculo sobre otro sobre otro sobre otro llenando el papel. Cuando el papel estuvo completamente negro de círculos cogió otro pedazo.

Luego pasé ante alguien que hablaba desde un teléfono público. Reía, parecía feliz. No había ningún número en pantalla.

En la escalera encontré a la mujer que vivía con Harvey. Subía cargada con bolsas del supermercado. Hace mucho que Harvey no viene por casa, dile que se pase, se lo dirás.

- Ese cabrón se ha largado.

- ¿Adónde?

- Yo que sé. Sólo ha dejado una nota. Disculpándose. Se llevó sus cosas. Y varias bragas también. Bragas, ¿No es increíble?

- No, no es increíble.

Arrastraba las bolsas escaleras arriba. Esperé que me pidiera ayuda.

- El grandísimo cabrón. Mis mejores bragas.

No la pidió.

Miré el cubo de basura. No había entregado el correo desde hacía un mes y nadie había protestado por ello. Saqué las cartas. Abrí los sobres, uno por uno. Buscando palabras. No las había.

Había números. Facturas, notificaciones bancarias, publicidad, ofertas de compra, de venta; números. Ni una sola palabra. Ni un solo sentimiento.

Llené la bañera de agua.

Cada bala es dinero.

Me expuse a los ronchones dentro del uniforme para recorrer mi distrito. No atendía qué carta caía en qué buzón. Sólo miraba alrededor. Viviendas iguales con un pedazo de jardín. Cercadas de verjas. Un espacio que defender. Dentro, en bonitas casetas rojas, había perros de aspecto furioso, mandíbulas como armas. Los vecinos se saludaban, sonrientes, cordiales (un lugar donde el sol trinando en las ramas). Oí, muy buenos días, una mañana espléndida, sí, magnífica, y luego, como un disparo, puta, y al mirar atrás no había rastro de ese odio en las caras que se alejaban.

Algunos se apresuraban a recoger la correspondencia, como si todavía esperaran algo de alguien. Cuando leían la dirección y el nombre parecían a punto de quejarse, pero callaban. Volvían dentro con las cartas de otro, dándolas vueltas entre las manos con ansiedad.

Pero ninguna de ellas contenía palabras.

Asépticas como un bisturí.

Como una cifra.

Como una bala.

Recibí por correo certificado la invitación para asistir a aquel concierto. Las cuatro estaciones. De manos de un cartero sin escrúpulos. Me entregó la carga sin saber qué contenía, con la devoción con que un ángel anunciaría una plaga divina. Ni la menor ética.

Deseé que esa invitación hubiera acabado en su basura. Ahora tenía que decidir. Y ninguna decisión parecía correcta.

Subí a un taxi. Le di la dirección. Un par de ojos en el retrovisor. La velocidad diluía los contornos. Pero ni siquiera cuando el auto aminoró la marcha parecía más palpable el mundo que se movía fuera.

El taxi se detuvo en un semáforo. Junto a una estación de autobuses. Toda esa gente con cantidad de bultos y maletas. Esperanzada. Como asistir a una película en la que otro fuera el protagonista. Cualquiera otra parte. Ser cualquier otro. Cualquiera.

- ¿Dónde cree usted que va toda esa gente? - le dije al taxista.

Los ojos me buscaron desde el retrovisor. Esa mirada inquisitiva me recordó a Jim. Se inclinó un poco hacia la ventanilla, como si jamás hubiera visto. En su camisa había una línea de sudor.

- Y qué importa. Por ahí. Cada uno a un sitio distinto, supongo.

- Pero para hacer qué.

- Ya veo por dónde va.

Arrancó.

- Y tiene razón. Puedes irte de vacaciones donde quieras, estás en una playa creyéndote el rey con otros que se creen reyes, pero ¿qué haces en realidad? Sacar fotos. Te levantas por la mañana, comes, cenas, te acuestas, es la misma puta vida de mierda pero al borde del agua, y si te ocurre algo especial, sólo un poco especial, ya estás con la cámara.

No, puedes estar aquí, esta es una ciudad bonita, mire qué edificios, aquí puedes hacer lo que quieras, es un sitio tan bueno como cualquier otro, pero si tienes que estar sentado en el taxi, de qué te sirve, dígame, de qué.

El dinero es lo que cuenta. Con dinero puedes hacer lo que quieras, lo que te pase por la cabeza. Comer carne humana. Tú vas a cualquier restaurante y con el suficiente dinero comes carne humana. El puto dinero. Hemos llegado.

- Cuánto es.

Cerca del auditorio había una cafetería. La gravedad de los violines, descendiendo en rasgueos hacia una especie de profundidad ondeante me había traído su espalda, el sabor, a Eva, vibraban todavía en mi cabeza mientras la camarera depositaba las tazas con un envaramiento de esfinge.

Cornelius Colani dejó el bastón sobre la mesa. De madera negra, con una empuñadura en forma de animal dentado. Dijo:

- Suelo venir aquí después de los conciertos, si la compañía lo merece. Un lugar tranquilo.

Llevaba guantes, comenzó a quitárselos, tironeando meticulosamente de cada una de las puntas.

- De modo que por fin visitó la casa de su abuela. Pero eso sólo era una parte del trato. Tardé muy poco en conseguir su readmisión en el servicio de correos, y podría haberse reincorporado mucho antes. Pero no me avisó a su vuelta.

- No volví.

La camarera, inclinada en un ángulo casi recto, vertía el café. Un chorro se derramó fuera de mi taza, encharcándose en la redondez del platillo. Lo siento, dijo, le traeré otro servicio. Una mujer madura con un cabello rojizo, teñido, recogido en un moño deshilachado. Probablemente había sido hermosa.

- Así que se trataba de eso - dije - curiosidad. Para eso quería verme.

Cornelius tomó el bastón, lo dejó a un lado, junto a los guantes, sobre una de las sillas, como si pretendiera ocultarlo.

- Ahora sabe lo que es una guerra, señor Katz - dijo, como un preludio de algo.

- ¿Van a tomar algo más?

La camarera seguía de pie a nuestro lado, rígida. Parecía cansada, como si su rostro fuera a languidecer, derramándose en arrugas. Cornelius agitó una mano y la camarera se alejó pesadamente, arrastrando las piernas, hinchadas, veteadas de varices.

- No es muy distinto de esto, ¿No le parece? Tendría que leer los informes de mis empresas. Pérdidas. Campaña. Conquista.

- Esa es la guerra desde arriba. La que yo he vivido estaba a ras de suelo. Hecha de entrañas. Personas que aprecias y mueren, personas que aprecias y matan.

- Encontró su tigre.

- Más o menos. Pero frente al tigre siempre hay otro tigre.

- El tigre siempre son los demás. Si quiere sobrevivir ese es el pensamiento.

- No siempre se quiere sobrevivir.

- Pero usted está vivo. Morir es muy fácil, en cualquier parte, en cualquier momento.

- Sabe qué veo cuando le miro.

Alzó una mano.

- Ha sido un buen concierto. Quedémonos con eso. Al final es lo único que queda. Una caricia, un sonido. Un instante. Corremos detrás de otras cosas, pero esas son las importantes. Balances, pérdidas, ganancias - cerró el puño, sonrió - abstracciones. ¿Recuerda? Palabras, señor Katz.

- No me llame así. El señor Katz es mi padre, no yo.

- ¿Reniega ahora de sus raíces? Pero fue hasta allí para ver la casa de su abuela.

- Los fantasmas tienen algo contagioso. Ni siquiera deberían existir. Somos nosotros quienes les obligamos a permanecer. Para volcar sobre ellos nuestra carga. Pero no pueden sostenerla. Por eso siguen ahí. Esperando. Para devolvérsela.

- Le entiendo. Tampoco yo soy como mi padre, nunca quise serlo. Alguna vez me he planteado si lo que hacía era bueno. Sobre todo al principio. Cuando era joven. Le contaré algo. Los Colani apenas tenemos historia. Se dice que descendemos de un pirata genovés contemporáneo de Marco Polo. Mentira. Es un bulo que difundió mi padre, precisamente porque no había en él ninguna antigüedad. Pudo haber inventado una genealogía repleta de títulos nobiliarios, podría incluso haberla comprado, pero no le interesaba la nobleza, en ningún sentido. Al final de su vida lo único que aborrecía era haber sido el primero, quizá el único. Cuando mi padre era niño todavía quedaban zonas inexploradas. En los mapas de la época esas zonas eran enormes manchas blancas. Mi padre miraba aquellos espacios sin nombre y pensaba, yo llegaré. Serán mis ojos los primeros que recorran ese lugar y daré mi nombre a lo que haya en ellos. Cuando creció esos territorios ya habían sido nombrados, y cuanto hubiera de excepcional en ellos había dejado de serlo. Pero supongo que ese deseo fue su motor. Lo que le empujó el resto de su vida. Hasta llegar a odiarlo. En cambio, yo. Aquella enormidad ante mí y ningún fin. Yo sólo heredé lo que él había construido. Una enorme maquinaria.

Sonrió, desdeñoso.

- El bien. Aparentemente sencillo ¿Verdad? Usted mismo, qué posibilidad de elección tenía. Una o treinta, ¿Recuerda? Al final qué queda. Uno mismo. Tú o el adversario. Ni siquiera el enemigo. Sólo dos que desean lo mismo. No hace falta odio para eso. El odio llega después. Pero ni siquiera es necesario. Tú o los otros. Qué hizo allí, todo ese tiempo.

- Matar. Qué otra cosa se puede hacer en una guerra.

Cogió la cucharilla, removió el café, risueño. No, cómo voy a saber cuánto tiempo. La camarera hablaba por teléfono, tras la barra. Se giró, dándonos la espalda, cubriendo el auricular.

- Eso es. Ahora lo sabe. Qué otra cosa se puede hacer.

La camarera vino hacia nosotros con la cafetera en la mano. Tomen otro, por favor, invita la casa. Rellenó las tazas. Cornelius sacó un billete del bolsillo, lo dejó sobre la mesa. Quédese el cambio. La camarera lo dobló sin mirarlo, guardándolo en el bolsillo de la blusa.

- El adversario - dijo Cornelius - alguien con menos escrúpulos, o ni siquiera eso,

alguien que no eres tú. Así que, qué otra cosa puedes hacer.

La camarera me observaba desde la barra, por encima de los hombros de Cornelius.

- Mi hijo tiene prisa. Creo que llegaría a asesinarme. Creo que llegaría a eso. Está convencido de que podrá hacer algo distinto. No lo entiende.

Cuando se dio cuenta de que la miraba cogió una bayeta y comenzó a refregar la madera del mostrador.

- Esa niña. Hay determinadas cosas, las que de verdad importan, que no pueden contarse. Es necesario vivirlas. Experimentarlas, para acceder a ellas.

- Como llegar el primero a esa zona en blanco y mirar alrededor.

- Efectivamente. Y qué hay ahí, Abraham.

Alargó una mano sobre la mesa, deslizándola hacia la mía como si fuera a tocarme. La aparté.

- Usted ha estado, y lo sabe. Qué se puede hacer en una guerra. Eso es lo que está por encima de nosotros, de mí, también. La guerra. De qué podemos culparnos.

Una cara sucia se aplastó contra el cristal como el desertor se había pegado a aquella ventana. La camarera pareció sobresaltarse. Luego siguió restregando con fuerza el mismo rincón de barra.

- Creías ser mejor que yo, Abraham. Pero no puede haber nadie mejor que otro cuando lo que está por encima es la guerra.

Entrelazó los dedos sobre la mesa.

- Aquél día pretendías contarme una historia. Dijiste, ahora no, cuando puedas comprenderla.

- No creo que le sirva.

El dueño de aquella cara sucia, de desertor, entró. Fue hasta la barra, opaco, examinándonos.

- Hablaba de alguien poderoso. Los que le rodeaban acabaron estrangulándolo. Por miedo, por deseo de ese poder. Solo en una habitación vacía, estrangulado lentamente.

Tras la espalda de Cornelius vi cómo el desertor hablaba con la camarera. En susurros. Sus caras estaban muy juntas y también sus manos, quietas sobre la barra. Sus dedos parecían a punto de tocarse.

- El único que trató de ayudarlo fue un niño. Un esclavo. Se encargaba de encender las velas de palacio. Esa vela encendida es lo único que importa. No sé qué es esa luz, dónde está. En lo más pequeño.

El desertor avanzaba hacia nosotros. Deslizó una mano en el bolsillo del guardapolvos. Me palpé, buscando en los bolsillos alguna moneda.

- La compra del supermercado, lo que comemos, el billete de un tren, una carta. Un sentimiento. Cada sentimiento. Una pequeña llama por cada uno de nosotros.

- Dejen las carteras sobre la mesa.

El desertor movió la mano dentro del guardapolvos, sacudiéndola como si algo se atascara allí dentro. Sacó una pistola. Parecía un trozo de hierro oxidado, una pieza de museo, el desecho de una guerra muy antigua. Levanté las manos. Cornelius se giró, mirándolo con una lenta sorpresa.

- He dicho que saquen sus carteras.

Cornelius metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, extrajo un billetero, grueso, de piel, repleto. Lo alargó hacia el desertor, pero ni siquiera trató de cogerlo. Disparó. Los gritos de la camarera se elevaban, desproporcionados, rebosando el petardeo de las balas, una de las piezas del arma saltó por los aires mientras Cornelius caía hacia delante. El desertor palmoteaba los resortes, mirándome aterrado como si fuera a abalanzarme sobre él para devorarlo, un monstruo, a mí, al cuerpo caído, otra vez a mí, estupefacto, luego escapó por la puerta hacia la calle.

La camarera salió de la barra, chillando todavía de un modo entrecortado, casi rítmico, las arrugas habían caído y ahora parecía mucho más vieja. Un ladrón, dijo, arrojándose sobre el cuerpo, colocando dos dedos en su cuello, un ladrón, repitió, oh dios mío dios mío, está muerto.

- Ha tenido mucha suerte de salir con vida - me dijo - mucha suerte. ¿Llegó a verle la cara? ¿Podría identificarle? Parecía anhelante.

- No, no podría identificarle. Podría ser cualquiera de nosotros.

La camarera me miró por un instante como si no entendiera. Luego dijo:

- Voy a avisar a la policía.

Volvió a la barra. Marcaba números, observándome de reojo con el auricular apoyado en el hombro.

Traté de recordar si se había producido un gesto entre ellos, uno solo, un roce melódico, delator, si sus dedos realmente habían llegado a tocarse.

Intenté componer aquella relación. Calcular los móviles. La camarera y el asesino. Qué había en medio, entre ellos. Entre esos dedos. Qué hay siempre, entre dos manos. Cuánto es. Dinero. Una palma barriendo monedas desde una caseta de perro.

Cómo lo había llamado. Prisa. Alguien con menos escrúpulos. Así que el pequeño Colani estaba detrás. Él es el futuro, el mañana. El amo de los perros. Imaginé la vida de esa mujer, la lentitud de la vejez en el espejo, acudiendo cada día a aquél callejón como una jaula, un día tras otro, aplastada bajo esa luz polvorienta, empapándose de ella, y entonces una chispa.

Miré el cadáver. El bastón, los guantes. La sangre. Fluyendo. Cuánta sangre cabe en un cuerpo. Contuve el deseo de darle la vuelta para ver su expresión. Ninguna, probablemente. Solo, estrangulado en una habitación vacía.

Terminé mi café. Sorbo a sorbo. Mientras la sangre se extendía. Esa luz. Una pequeña llama. Por cada uno de nosotros.

Era lo único que me quedaba.

Al final de todo esto he llegado a aprender algo acerca de las gallinas. Si uno examina su modo de vida resulta más fácil comprenderlas.

Las crías crecen hacinadas bajo el calor de bombillas. Ni siquiera es un calor real. Cuando han crecido lo suficiente se las introduce en jaulas. Es un espacio tan reducido que no pueden variar de postura o girarse. Tienen que producir huevos. Es lo único que importa de ellas. Así que se las mantiene despiertas bajo la luz de los fluorescentes. Comen día y noche. Una cinta transportadora recoge los huevos. Ruedan con restos de fluidos y sangre y las plumas blancuzcas van adhiriéndose a la cáscara.

Enloquecen poco a poco dentro de su jaula. Se picotean unas a otras y frotan las heridas contra los filos de hojalata. Algunas se arrancan del pecho jirones de plumas y músculo hasta rasgar su propio corazón. Los cadáveres se emplean, triturados, en la fabricación de piensos. Pero sólo se retiran cuando están bien podridos. Hasta entonces permanecen en la jaula, con el cuello colgando, sostenidas por los cuerpos de las demás, que se alimentan de su carne.

Recientemente se ha descubierto que la música puede aplacarlas.

Soy el Colani de las gallinas. Dos días después de la muerte de Cornelius me despidieron de correos. Hemos recibido quejas, mírese, es usted la vergüenza del cuerpo. Cuando llegué a casa abrí el periódico por la sección de empleo y escogí uno cualquiera. Sin requisitos ni criterio. Me rechazaron varias veces, hasta que encontré un trabajo que nadie quería.

Cuando llegan son blancas, gruesas, con el culo respingón y un andar ampuloso, casi elegante, no sé si podría denominarse orgullo. Tienen una mirada vacía y serena. Entonces tengo que introducirlas en su jaula.

Poco a poco ese orgullo va doblegándose. Adelgazan hasta una languidez sudorosa, enfermiza y su mirada, errática, enloquecida, sigue mis pasos y el tintinear de las llaves con una especie de hipnosis. Apestan.

Al atardecer conecto los fluorescentes. Se remueven, desquiciadas, emitiendo ese sonido ensordecedor, delirante. Luego, cuando paseo lentamente con las manos en la espalda, van silenciándose. Una vez partí el cuello a una de ellas. Ese cacareo me estaba volviendo loco y agarré por el cuello a la más cercana, doblándolo hasta que crujió. Siguió agitándose con el cuello tronchado. Cuando la saqué de la jaula salió corriendo con el cuello bamboleándose y las alas extendidas, una imagen de pesadilla. Desde entonces ese estruendo mengua a mi paso para crecer a mi espalda. Me pregunto si eso podría llamarse miedo.

Un movimiento en el borde de la visión, y cuando la mirada llegaba.

Caminando entre ellos con las manos en la espalda.

Después voy a la oficina y pongo en marcha la música. Las cuatro estaciones. Eso parece apaciguarlas. Y pienso si también eso calmaría a Cornelius. Como un tigre en su jaula.

Luego ceno. Una especie de nostalgia. Recuerdo mi trabajo de cartero, no el último, sino antes, cuando pedaleaba bajo el sol, esos días, lo más cercano a la nostalgia.

Cuando he terminado de cenar salgo a recoger cadáveres. Manojos de plumas. Están picoteados, algunos medio devorados, caníbales, bien, locas caníbales, hay algo de verdad en eso. Voy introduciéndolos en una bolsa de basura. Llevo guantes pero no puedo evitar que ese hedor impregne la ropa, mis manos. No hay nada horrible en mí. No soy yo. No está en mí.

Cuando la bolsa está llena me siento a ver cómo ruedan los huevos en la cinta transportadora. Así que de aquí vienen los huevos. Blancos como almas. El único móvil del horror, y me pregunto si también lo hacía Cornelius. Sentarse con una bolsa de cadáveres a ver rodar los huevos. Cuando ya se había rendido. El beneficio como un número de almas.

Pero yo no soy como él. Esa luz. Una pequeña llama. Yo he visto. Y trato de mantener una vela encendida para que otros también vean.